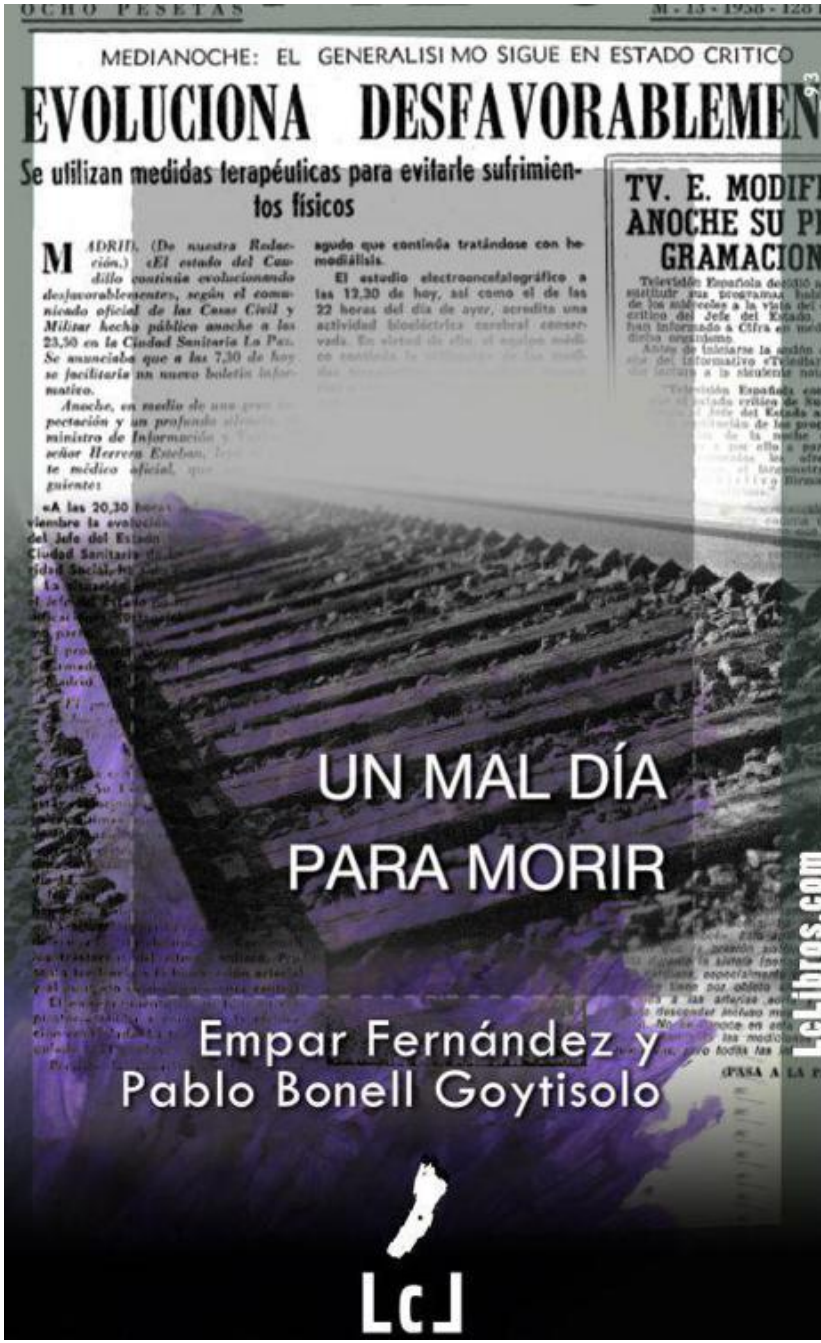
OCHO PESETAS
M. 13 - 1956 - 128 P
MEDIANOCHE: EL GENERALISIMO SIGUE EN ESTADO CRITICO
EVOLUCIONA DESFAVORABLEMENT
Se utilizan medidas terapéuticas para evitarle sufrimientos físicos
TV. E. MODIFIC
ANOCHE SU PR
GRAMACION
UN MAL DÍA
PARA MORIR
Empar Fernández y
Pablo Bonell Goytisolo
LcLibros.com
LcL


OCHO PESETAS
MEDIANOCHE: EL GENERALISIMO SIGUE EN ESTADO CRITICO
EVOLUCIONA DESFAVORABLEMENT
Se utilizan medidas terapéuticas para evitarle sufrimientos físicos
TV. E. MODIFIC
ANOCHE SU PR
GRAMACION
UN MAL DÍA
PARA MORIR
Empar Fernández y
Pablo Bonell Goytisolo
LcLibros.com
LcL

Un mal día para morir
Pablo Bonell Goytisolo y Empar Fernández
1ª Edición Digital
2013

Smashwords edition
© 2009 Empar Fernández, Pablo Bonell Goytisolo
© de esta edición:
Literaturas Com Libros
Literaturas Comunicación, S.L.
Parador del Sol 9. 28019 Madrid.
http://lclibros.com
http://twitter.com/lclibros

ISBN: 978-84-15414-72-8
Diseño de la cubierta: Benjamín Escalonilla

Smashwords Edition, License Notes
This ebook is licensed for your personal enjoyment only. This ebook may not be re—sold or given away to other people. If you would like to share this book with another person, please purchase an additional copy for each person. If you're rea- ding this book and did not purchase it, or it was not purchased for your use only, then please return to Smashwords.com and purchase your own copy. Thank you for respecting the hard work of this author.

Índice

Copyright

Jueves, 11 de enero

Viernes, 12 de enero

Sábado, 13 de enero

Domingo, 14 de enero

Lunes, 15 de enero

Martes, 16 de enero

Miércoles, 17 de enero

Jueves, 18 de enero

Viernes, 19 de enero

Sábado, 20 de enero

Domingo, 21 de enero

Lunes, 22 de enero

Martes, 23 de enero

Miércoles, 24 de enero

Jueves, 25 de enero

Viernes, 26 de enero

Sobre los autores

Nadie es un héroe para su ayuda de cámara
Montaigne. Ensayos

1
Jueves, 11 de enero

Para poder entrar en comisaría, Escalona ha de sortear a un grupo de turistas franceses que intenta organizarse para presentar una denuncia, eso al menos es lo que el subinspector entiende al pasar junto a ellos. Eso y unos cuantos términos poco elogiosos de difícil traducción y exquisita sonoridad. Escalona tiene prisa por entrar en el edificio, mucha prisa. En la calle, a pocos pasos de la entrada principal, acaba de ver cómo Helena Moon aparcaba la moto, se quitaba el casco y aireaba con determinación su larga melena cobriza. La cabeza de medusa, el mismo poder urticante. No ha podido ver sus ojos del color del agua encharcada y apenas ha prestado atención a su figura, pero no le cabe duda, es Helena Moon. Si pudiera, si estuviera en su mano, pediría con carácter de urgencia una orden de aleja- miento. Antes de perderla completamente de vista Escalona comprueba que la periodista, experta en confidencias, trapicheos y manipulaciones, inmoviliza la moto, sujeta el casco con una cadena, guarda las llaves en el bolsillo de sus panta- lones y con la audacia de un húsar cruza la calle Nou de la Rambla alejándose así de la comisaría.

Santiago Escalona supera con alivio al último francés indignado y pasa junto al mostrador de la entrada. Ya no encuentra a Teresa, destinada recientemente a otra comisaría, ni a Sáez, el veterano policía que se jubiló hace meses. Con el tiempo Escalona se había malacostumbrado a las sonrisas de bienvenida, las que te

arropan al entrar y te elevan el ánimo unos grados, pocos, los suficientes para ir tirando. El mosso que atiende a la airada ciudadanía encuentra un instante, entre una información y la siguiente, para saludarlo como corresponde:

—Buenos días, subinspector.

—Buenos días.

Escalona no recuerda su nombre, por eso se limita al saludo de rigor y a un fugaz levantamiento de cejas de deferencia. Con la asimilación al cuerpo de mossos d'esquadra y las correspondientes y lógicas diferencias en el escalafón, ha dejado de ser inspector y ha pasado a ser subinspector. No es que el nombre de las cosas le preocupe excesivamente, pero no deja de sorprenderle que cuando todo el mundo, por razones de edad, le llamaba espontáneamente comisario, la realidad haya rectificado y mediante un quiebro casi ceremonial lo haya rebajado a subinspector. La vida, como la muerte, tiene sus cosas.

Teresa no deja de repetirle que debería alegrarse. Ella es así, acostumbra a mirar el lado bueno. Es una virtud, una de las mejores y más raras en una agente de policía acostumbrada a revolver en el lado oscuro; por eso quizás sea la suya una condición doblemente valiosa. A menudo piensa Escalona que ya no sabría vivir sin ella, que no encontraría las fuerzas para poner el pie en la calle ni para dar por estrenados los días y por agotadas las noches.

—Subinspector... Subinspector Escalona... Yo, Santiago, la verdad es que encuentro que te rejuvenece. Como si en lugar de estar a punto de cumplir los cincuenta acabaras de celebrar la cuarentena. Piénsalo bien, te quita años de encima. Y si te llaman mosso... Si te llaman mosso, ya es para ir y darle un abrazo directamente.

Escalona no se siente rejuvenecido, ni mejor. En la comisaría de Nou de la Rambla incluso el intendente, la máxima autoridad, es algo más joven que él. Su edad es una excepción. Solo algunos policías, sobre todo los más jóvenes, han pedido la asimilación; los inspectores del cuerpo nacional de policía que Escalona conoce y que han solicitado integrarse en el cuerpo de la policía autonómica se pueden contar con los dedos de una mano. Por fortuna Evaristo y Guerao permanecen en Nou de la Rambla y, si se para a pensar y no hace otra cosa, excepto el uniforme y las formas, las cosas no

han cambiado tanto. La ciudad es la misma, el barrio el de siempre y la gente que circula por comisaría, la habitual.

Antes de internarse en el primer corredor el subinspector oye voces que llegan desde la calle y se une a un par de mossos que echan a correr en dirección a la entrada. Pocos segundos después asiste a una escena que hubiera preferido no con- templar. Helena Moon se abalanza sobre un chico muy joven, varado junto a su moto, que sostiene el bolso de la mujer entre las manos, un bolso grande y verde, como un gran lagarto, mejor aún como un caimán en reposo.

—¡Ladrón! ¡Hijo de puta! What are you doing?

Le espeta a voz en grito Helena Moon mientras con una mano se apodera del gran reptil y con la otra inmoviliza al muchacho, al que previamente ha paralizado con sus gritos.

—Yo... Estaba aquí, yo solo iba a... Estaba aquí, iba a...

—What? Ibas a llevártelo, cabrón.

El chico, aterrorizado por la mujer que le sobrepasa ampliamente en estatura, en edad y en iracundia, solo acierta a balbucear un par de excusas. Del susto parece haberse petrificado junto a la moto. No hace el menor movimiento para escapar de la mujer, tiene las neuronas en su sitio y el corazón en la boca y sabe que no puede conseguirlo. Mientras tanto, Helena Moon continúa gritando y pidiendo ayuda, como si le hiciera alguna falta.

Un par de mossos se acercan a la mujer y la invitan a entrar en comisaría, otro se aproxima al chico y apoyando una mano en su hombro le indica que debe seguirle.

—Yo solo iba a devolvérselo, se lo había dejado sobre la moto. Se lo juro, yo solo… —alega en su defensa mientras echa a andar.

Los franceses, en un movimiento bien orquestado, se organizan entre murmullos como un solo hombre y franquean el paso a la mujer furibunda, al presunto ladrón y a los agentes de policía. Por este orden.

Escalona tuerce el gesto. No es la mejor manera de empezar la

mañana pero no puede sustraerse al hecho de que es testigo presencial, tal y cómo acostumbran a llamarlos algunos reporteros en la extraña convicción de que debe de haber testigos ausenciales. Con un gesto indica al mosso que encabeza la extraña comitiva que haga pasar a todo el mundo a una de las salitas de la entrada. Espera poder resolver el asunto sin que medie denuncia, puesto que finalmente no ha habido robo y serviría de bien poco, pero tratándose de Helena Moon uno puede esperar cualquier cosa.

La mujer muestra cierta sorpresa cuando advierte la presencia del subinspector. En una maniobra digna de los más selectos cuerpos policiales, y consistente en acercar una silla a patadas y en tirar de los brazos de la mujer en dirección al centro de la tierra, Helena Moon es invitada amablemente a tomar asiento.

—Inspector Escalona, usted por aquí —comenta Helena Moon mientras se revuelve enérgicamente para liberarse de las manos de los agentes.

—Trabajo aquí.

—Sí, lo sé, lo recuerdo perfectamente —responde Helena Moon con una sonrisa de complicidad.

Un escalofrío recorre la espalda del subinspector y a punto está de detenérsele la sangre en las venas.

—A ver, si puede usted explicar lo que...

Antes de que consiga acabar la frase Helena Moon está profiriendo acusaciones que harían creer a un profano que el chico en cuestión es un asesino en serie. Sus ojos tienen, a la luz blanquecina del neón, el mismo verde que el bolso que sujeta entre las manos.

Cuando por fin parece más calmada, y aprovechando que el silencio se alarga un par de segundos, Escalona pregunta al chico. El muchacho, que parece haber menguado en pocos minutos, responde entre dientes que él solo ha cogido un bolso que alguien había olvidado sobre la moto y que tenía la intención de devolverlo.

—Yo no he robado nada, iba a dejarlo en comisaría por si alguien preguntaba por él. Lo juro, señor comisario, yo no he robado nada. Tengo un trabajo, no pensaba quedarme con el bolso. Ella se me echó encima, no me dejó hablar. Yo solo...

—Sí, hombre... Un ladrón, un puñetero y un mentiroso, eso es lo que eres, un chorizo —su acento de país frío se apareja mal, como a contrapelo, con las recias palabras que acaba de pronunciar.

Y, aunque Escalona no pondría la mano en el fuego, prefiere pensar que todo ha sido un malentendido. Por otra parte, Helena Moon tiene su bolso y el chico un susto que no se sacará de encima en un par de días. Un susto y la ira eterna de Helena Moon, que no es poca cosa. Si en verdad pretendía robar su bolso, como penitencia no está nada mal. Así intenta hacérselo entender a la colérica mujer que entorna a los ojos como si fuera a disparar ráfagas.

—A ver, tu nombre y tu DNI.

El chico se lleva la mano al bolsillo interior de la cazadora y saca una cartera de piel falsa. De uno de los muchos compartimentos extrae una funda y de su interior el DNI y un bono de transporte. Alarga el DNI al subinspector Escalona y de nuevo se guarda la cartera en el bolsillo. Por la precisión y el orden de sus movimientos, Eloy Silva parece un chico extremadamente cuidadoso, metódico.

—Usted, también —le indica a Helena Moon.

Escalona piensa que no estará de más tener los datos de la mujer, su domicilio, su filiación. La información es poder y, enfrentado a Helena Moon, toda información es poca.

—¿Es necesario? —pregunta la mujer con reticencia.

—Sí —miente el subinspector.

De las tripas del caimán Helena Moon extrae su DNI tras varios intentos consistentes en remover el interior con ambas manos entre imprecaciones de diversa índole, como si esperara que de un momento a otro el documento se materializara así entre sus dedos.

—Aquí está.

Después de examinarlo, Escalona ordena a uno de los mossos que haga las comprobaciones oportunas y que anote los datos.

—Bien, usted dirá.

—¿Yo? Yo no tengo nada más que decir. Ustedes lo han visto todo. Es un ladrón, eso es lo que es.

—Quizás, pero no creo que una denuncia llegue a prosperar, es difícil saber si su intención era...

—Difícil, ustedes todo lo ven difícil. Si uno coge algo que no es suyo, es un ladrón. Así ha sido toda la vida.

—Pero si tiene usted en cuenta que olvidó el bolso y que desconocemos, puesto que no hubo oportunidad de saberlo, qué es lo que este chico pensaba hacer con él...

La mujer es aterradoramente bella y pavorosamente astuta, entiende que no queda mucho por hacer y que no ganará nada con llevar más lejos el asunto.

—Buenos días, inspector. Tengo prisa, yo trabajo para ganarme la vida. Si hace usted el favor de ordenar que me devuelvan mi DNI.

Helena Moon ha recuperado el carnet, se ha levantado y, a zancadas, se dirige hacia la puerta. Escalona ni pestañea por si cambia de opinión y decide volver.

—Hasta pronto —se despide Escalona de la periodista que le devuelve el silencio y una mirada capaz de invertir el cambio climático.

Recuperando el aplomo y poniendo proa a su despacho ordena a uno de los mossos que todavía suspira aliviado:

—Pregúntale al chico dónde trabaja y comprueba que sea cierto. Después le dices que se vaya y que, a poder ser, no vuelva por aquí.

Ya no queda en comisaría ni rastro de Helena Moon y todavía le parece oír sus gritos atronando en mitad del vestíbulo y distinguir las llamas bailar en torno a su amenazadora cabeza de mujer omnipotente.

—Jefe, ha llamado Garrido. Bueno, Garrido no, su mujer. Dice que necesita hablar con usted, que es urgente.

Es Guerao el que ha salido a su encuentro y el que le notifica que acaba de recibir una llamada.

—¿Hablar conmigo? ¿Te ha dicho qué es lo que quería?

—No, solo que necesita hablar con usted pronto, que es urgente. Le he dejado el número de la habitación y el teléfono sobre su mesa. Está en el Hospital del Mar, el de la Barceloneta. Por la voz de su mujer la cosa no va a mejor. Era de esperar.

Escalona asiente con el rostro grave, el estado de Garrido no permite conservar esperanzas.

—Gracias, Guerao. ¿Hay algo más?

—Por el momento, no.

Guerao se aleja en dirección a la calle. Del bolsillo de sus tejanos cuelgan los cables de un Ipod, así lo llama él, así o algo parecido. Escalona no ha conseguido entender todavía cómo funciona.

Santiago Escalona se alegra de haber decidido caminar hasta el Hospital del Mar. No siempre puede hacerlo, pero en la ciudad el mes de enero está resultando relativamente tranquilo y puede dedicar un par de horas a visitar a Garrido. Un mes de enero tranquilo y desesperantemente suave, casi primaveral. Quizás Teresa tiene razón cuando, medio en serio medio en broma, le diagnostica insatisfacción climática crónica. Y es que Escalona ha crecido en el convencimiento heredado de sus ancestros de que en invierno es lógico esperar que el termómetro descienda perceptiblemente y que, de tarde en tarde, la lluvia se cierna sobre la ciudad reseca. Cualquier desviación de la norma le resulta irritante, casi inaceptable, como si el clima faltara a sus principios. Y eso, así se lo enseñaron, no tiene perdón.

La mañana es luminosa y tibia y el abrigo empieza ya a estorbarle. Al subinspector le gusta caminar sin prisas y atravesar la ciudad de un extremo a otro si se tercia. Sabe que en Nou de la Rambla nadie va a echarlo en falta. Tiene los informes al día, que no es poco. En la comisaría, como en todas partes, cada uno anda a lo suyo y el subinspector puede ausentarse sin que el edificio policial se tambalee. Además ha recordado meterse el móvil en el bolsillo. No deja de preguntarse a qué obedece el inesperado requerimiento de Garrido. Nada bueno, piensa, pero decide no darle más vueltas.

—Lo que sea, llegará —decía su abuela cuando, muchos años atrás, observaba que el pequeño Santiago era mucho más reflexivo de lo que correspondía a un crío de su edad. Es decir, cuando llevaba varias horas caviloso, sin abrir la boca y con el ceño fruncido propio del que no da reposo a sus meninges—. No le des más vueltas a las cosas, Santiago. Lo que sea, sonará. Un crío ha de jugar, como todos. Y no ser tan reconcentrado, que parece que no sepas hacer otra cosa —remataba la mujer con una palmada en el pescuezo que le animaba a cambiar de aires, o de postura.

Detesta los hospitales. No es nada nuevo. Los aborrece con toda el alma. Tras- pasar el umbral de un centro hospitalario y sentir la urgencia de salir de allí lo antes posible, es todo uno. Quizás por eso ha decidido acercarse a pie, para demorar el momento. ¡Maldita introspección! Es como un vicio. Fumar es peligroso, beber nocivo, pero pensar sin descanso tampoco deja de tener riesgos para la salud, para la salud mental. Escalona ha oído decir, no sin cierta altanería, que hay quien se va lejos para desconectar, que hay quien pesca, se refugia en un balneario o practica deportes de riesgo. Escalona, que no conoce forma humana de dejar de pensar, está convencido que para «desconectar» no le servirían los manguerazos en la espalda, ni masajes exóticos ni tan siquiera una caída libre; a él tendrían que arrancarle la cabeza y tirarla bien lejos.

Simón Garrido fue el inspector que le instruyó para moverse en la calle, una especie de adiestramiento, de toma de contacto. De eso hace muchos años, una eternidad. Durante meses Escalona se convirtió en su sombra y Garrido, un buen hombre y mejor inspector, empleó en aleccionar al principiante toda la paciencia de este mundo. Quizás, incluso le deba la vida. Un experto en sentido común, eso es lo que ha sido siempre el policía. Cuando se conocieron, nada o bien poco recordaba ya Simón Garrido de los manuales ni de las normativas de aplicación específica. Tampoco le hizo nunca mucha falta. Quizás por eso a Escalona tan a menudo le estorba el procedimiento y le oprime la normativa hasta la asfixia. Garrido se dejaba guiar por una especie de instinto. Eso al menos es lo que decía él, un instinto que permite sobrevivir a los polis en la calle.

—En mi caso el instinto viene de fábrica, como los amortiguadores o las llantas cromadas, lo llevo en la sangre—decía Garrido orgulloso, poli hijo de poli, con el cigarrillo bailando entre los labios cuando había culminado con éxito una misión.

El Hospital del Mar, en el que no ponía los pies desde hace años, ha cambiado mucho, y para bien. Una gran antesala acristalada y completamente vacía conduce al visitante hasta el edificio original. Por sus dimensiones y por la luz que lo inunda todo, se diría que se trata del vestíbulo de una universidad o de un palacio de congresos, pero el visitante, es decir Escalona, no se deja engañar, la aprensión le sube hasta el estómago y un peso muy leve le oprime de inmediato el corazón.

Dado que es un buen observador en todos los planos, incluso en el que pasa des- apercibido a la vista, sabe que desde que ha cruzado la puerta principal respira más deprisa y que evita hacerlo profundamente para no inhalar los miles de miasmas que supone flotan en la atmósfera de un hospital.

Son muchos los que transitan en una dirección o en otra y los que se agrupan formando corros a lo largo del enorme pasillo. Algunos intercambian malas impresiones, otros caminan despacio para aligerar las horas y algunos se dirigen a buen paso hacia la salida para encender un pitillo mientras el enfermo al que asisten echa una cabezada. Hay quien se ha detenido y plantado frente al cristal y deja correr el tiempo contemplando el mar o el enorme pez dorado que la ciudad erigió con motivo de las olimpiadas. Antes de acceder al ascensor Escalona busca en el bolsillo el papel que Guerao le entregó en comisaría.

Planta 7, habitación 27.

Comprueba en el panel informativo que la séptima planta es la especializada en Neumología. Recuerda haber oído a Garrido afirmar que tras haber fumado dos paquetes diarios durante muchos años sus pulmones estaban ya medio asfaltados de tanto alquitrán. El tiempo y el humo han acabado por darle la razón y por quitarle la vida.

Desde la planta séptima la vista sobre el mar merece una demora. Por unos momentos Escalona consigue olvidar la condición hospitalaria del edificio y contempla la porción de ciudad que se levanta junto a la playa. Podría recordar el nombre de cada calle y el aspecto de cada acera. Piensa durante unos instantes que si algún día necesita ingresar en un hospital, si no hay otro remedio, preferiría poder ver el mar desde la cama. La habitación 27 se encuentra en un extremo de un largo pasillo flanqueado por habitaciones dobles. Comprueba con una media sonrisa que junto a una puerta alguien ha dejado unas flores y que hacia la mitad del

corredor, en el espacio en el que se mueven las enfermeras, se oye una conversación animada seguida de un estallido de risas apagadas, risas de mujeres acostumbradas a bregar a diario con la enfermedad y sus peores manifestaciones.

En el umbral de la habitación número 27 Escalona se ve obligado a detenerse y a esperar. Un par de camilleros se llevan a un enfermo. No es Garrido. Con el rostro macilento del que goza de muy poca salud y una mascarilla sobre la nariz y la boca, el paciente en tránsito levanta la mano de la que cuelga el suero y se despide así de su compañero de habitación.

—Hola, inspector —saluda Escalona a Garrido cuando los camilleros le indican que puede pasar—. ¿Cómo anda?

La pregunta es puramente retórica, casi frívola. Garrido, con la parte superior de la cama ligeramente levantada y los brazos tendidos a ambos lados del cuerpo, parece fatigado, casi exhausto. Apenas le queda color y ha adelgazado tanto que la piel de su rostro parece como desmayada. No es necesario ser un buen observador, ni tan siquiera es preciso mirarlo dos veces o recordar cómo era Garrido unos meses antes. Pero en algo ha tenido suerte, su cama, la más cercana al ventanal, es casi un mirador sobre la playa, aunque desde su posición yaciente apenas conseguirá Garrido vislumbrar los grandes barcos que pasan a algunas millas de la costa.

—Jodido, Santiago. Jodido y sin remedio. Ya ves, es lo que hay. No sé qué es lo que me ha hecho más daño, si el tabaco o la comisaría.

Garrido levanta una mano para subrayar sus palabras y la vuelve a bajar inmediatamente, como si le pesara, como si se le cayera. También le supone un esfuerzo mantener los ojos abiertos y los cierra durante unos instantes, los mismos que tarda Escalona en hacerse cargo de la penosa situación.

—No voy a salir de aquí, Santiago. Creen que no lo sé. Ángela repite que no es grave, que un par de semanas aquí y luego... Yo hago ver que me lo creo y que dentro de un par de semanas me estaré comiendo una paella en un chiringuito de esos... Pero de esta cama derecho al cementerio del sudoeste. Aquí todos mienten, como en la calle, todos, del primero al último. Una puta farsa. Lo peor son las enfermeras, algunas no solo me tratan como a un enfermo, se dirigen a mí como si fuera un crío y no tuviera ojos en la cara. Y mi mujer, la pobre, ella también miente, pero no creas que no la entiendo. Yo haría lo mismo por ella, o por mí... Esas cosas nunca sabe uno por qué las hace. Pero luego, qué me van a decir a mí, luego ya sé yo lo que hay. De esta no salgo, Santiago.

Escalona no sabe qué decir y calla. Nunca ha sabido mentir, ni

por piedad, ni por compasión, ni por pura conveniencia y se limita a tomar asiento y a mantener la boca cerrada. No esperaba encontrar a Garrido tan desmejorado, también él quería creer que el viejo inspector conseguiría recuperarse, pero la posibilidad acaba de desvanecerse a la vista de la fatiga extrema que Garrido experimenta al hablar. La opresión que lo ha acompañado desde que ha puesto el pie en el hospital es ahora como una losa que descansa sobre su esternón.

—Por eso te he hecho venir, porque no me queda mucho —prosigue el policía en voz baja como si quisiera minimizar el esfuerzo que le supone hilvanar las frase—. Mira, Santiago... lo que quiero decirte es importante, es importante para mí y quiero que lo entiendas. No quiero irme de este mundo sin... Pasó hace años, ya sé lo que vas a decirme, que ha prescrito, que tengo que olvidar, que... Pero no puedo, te juro que lo he intentado y no puedo. Con esa doctora entrando y salien- do... me mira como si... Pensaba que lo había olvidado, que no iba conmigo y que no volvería a recordar, pero con ella aquí, haciéndome preguntas, acercándose... No puedo, no puedo dejar de pensar. Se me podía haber podrido la memoria y no los pulmones. Yo, así como estoy, no puedo hacer nada, por eso he querido que vinieras, necesito que me ayudes. Júrame que lo harás, Santiago.

Agitando una mano en el aire le indica que se acerque. Escalona, que apenas acierta a entender, aproxima su silla hasta el lecho.

—Usted dirá, inspector.

—Después de tantos años deberías tutearme, Santiago —observa el enfermo con una sonrisa.

—Debería.

De nuevo el inspector Garrido cierra los ojos, como para recuperar fuerzas. Nunca antes Escalona había visto unos ojos naufragar en sus cuencas.

—Verás, lo que te voy a explicar pasó en 1975, hace ya muchos años, tú no eras policía y yo tenía unos 37 ó 38, no llegaba a cuarenta, pero eso no importa, es lo de menos. Iba ya para inspector de segunda, no vayas a creer. Llevaba unos años en el cuerpo y tenía un buen expediente. Yo quería hacer carrera, siempre quise hacer carrera en la policía. Toda la vida, desde que tengo memoria.

El sarcasmo que Garrido pone en sus últimas palabras le recuerda a Escalona que el viejo policía nunca aceptó la jubilación. Le fue impuesta, una maldita obligación como hay tantas. Primero fue apartado de las calles y pocos años después forzado a dejar el Cuerpo. El retiro, que otros esperan como agua en mayo, fue para Garrido como una patada en el culo. Así lo había llamado más de una vez, la gran patada en el culo. No lo perdonó nunca. No superó la inactividad y se hundió, como sus ojos en lo más profundo de sus cuencas, en un sillón frente a un aparato de televisión. Desde entonces se había dedicado en cuerpo y alma a amargarle la vida a su mujer acostumbrada desde siempre a andar a su aire. Había pasado los últimos años acumulando resentimiento como otros acumulan ilusiones, o cansancio. O ambas cosas.

Antes de que Garrido pueda proseguir se abre la puerta de la habitación y entra Ángela con una botella de agua en una mano y el monedero en la otra. Tiene el aire ausente y parece algo sorprendida al ver a Escalona. Antes de acercarse se atusa el pelo con un gesto fugaz de coquetería. El subinspector se levanta y la invita a sentarse junto al enfermo. Ángela entiende que prefieren estar solos. Adivinó que algo le rondaba a su marido por la cabeza cuando horas antes le pidió que llamara a comisaría y preguntara por Santiago Escalona. No hubo más aclaraciones.

—Necesito hablar con él. Que venga cuanto antes. Llama a Nou de la Rambla y díselo.

Y así lo había hecho ella.

Tras saludar al subinspector con un abrazo y dejar la botella de agua sobre una mesita, Ángela asegura que aprovechará para tomar un café y hacer unas llamadas, quizás hasta pase por casa, añade. Escalona sabe que no lo hará. Volverá dentro de un rato, quizás ni baje hasta la cafetería. Es posible que se siente en la entrada y espere allí a que Escalona se marche. Observa que también ella ha envejecido mucho, que ha descuidado su aspecto, que calza las mismas zapatillas de fieltro que usa para andar por casa, como si llevara tantos días en el hospital que hubiera dejado de pensar en la calle, en el aire libre. Le sorprende comprobar cómo han envejecido sus gestos que ahora son lentos y pesados y cómo ha palidecido su sonrisa. Las noches medio en vela en un sillón reclinable no han dejado de pasarle factura. Tiene unas ojeras pronunciadas y tampoco a ella le sobra el color. También ha

percibido un temblor en sus manos que no existía semanas atrás y una voz sin matices que no recordaba.

—Saluda a Teresa de mi parte—se despide la mujer antes de abandonar la habitación.

—Como te iba diciendo, tenía treinta y muchos, casi los cuarenta, era un hombre casado y mi sueldo nos alcanzaba justo. Nos habíamos casado algo mayores, yo no era ningún crío. Ángela acababa de cumplir los treinta. Queríamos tener hijos. Ángela y yo siempre quisimos tener un par de hijos, quizás tres. En el 75 todavía pensábamos que acabarían por llegar. Fue más tarde cuando entendimos que... Bueno, a lo que iba, era el mes de noviembre. Corrían otros tiempos, peores, eso sí. El que diga que eran mejores no tiene perdón de Dios. Que yo ahora esté jodido no quiere decir nada. Yo aquellos tiempos no se los deseo a nadie.

Escalona asiente. También él recuerda perfectamente aquellos años. En octubre de 1975 Santiago Escalona había empezado a asistir a las clases en la Facultad de Derecho, todavía soñaba con ser abogado. Los estudiantes con más experiencia organizaban asambleas que se alargaban toda una tarde, muchos militaban en alguna de las múltiples facciones de inspiración marxista y la actividad no académica, en las aulas y fuera de ellas, era frenética. A Santiago Escalona todo aquello le pilló algo joven, diecisiete años; sus escasas habilidades sociales y un carácter marcadamente reservado lo mantuvieron al margen de la clandestinidad, fuera del círculo. Así estuvo siempre, así se siente a menudo todavía hoy, fuera del círculo. Había asistido a algunas reuniones, incluso hubiera deseado intervenir en alguna ocasión, aportar alguna idea, discrepar... pero no llegó a hacerlo. Por unos instantes el subinspector experimenta un ronroneo en el estómago parecido a la nostalgia. Pero, nostalgia ¿de qué?

Garrido le indica el pulsador que permite incorporar todavía más la parte superior del lecho. Espera encontrar así cierto alivio al penoso esfuerzo que comporta inhalar el aire suficiente, ese mismo aire que se precisa trece veces por minuto y que tanto le cuesta llevar puntualmente hasta sus pulmones.

—O hablo o respiro —dice señalándose el pecho.

Escalona advierte una especie de silbido, como un estertor, que parece salir de la garganta del enfermo.

—Tengo los pulmones pinchados, Santiago. Como un balón viejo.

Escalona calla y oprime el botón. El enfermo levanta la mano para indicar que debe parar. Pasados unos instantes, prosigue.

—Me encargaron detener a un sospechoso, uno de los líderes de una organización comunista. Una de tantas. Había tantas y se parecían tanto que uno ya no sabía de qué estaba hablando. Y todas ilegales, eso sí. Después las llamaron ale- gales, creo, pero era el mismo perro con otro collar. Algunas eran consideradas peligrosas, con otras se hacía la vista gorda, algunas no parecían importarle a nadie. Tampoco es que hubiera unas reglas fijas, andábamos tanteando. A mí me iban más otro tipo de casos, casos civiles, ya me entiendes. Pero, una misión es una misión.

Escalona lo entiende perfectamente, y lo entendería todavía mejor si el enfermo pudiera levantar un poco la voz y esta no estuviera acompañada, en todo momento, del angustioso silbido que emerge de sus entrañas. Es tanto el esfuerzo que le supone hablar y cuesta tanto comprender sus palabras que el subinspector ha arrimado la silla y está ya sentado junto a la cabecera, a poca distancia del enfermo que se interrumpe de nuevo para dedicarse exclusivamente a respirar.

—El chico se llamaba Alberto Boisgontier y tenía una orden de busca y captura. No he podido olvidar nunca ese nombre, Boisgontier. Si llega a llamarse López, o Sánchez..., pero tenía que llamarse Boisgontier. Alguien pilló un chivatazo, pero nunca llegué a saber más. Todo andaba así, ni transparencia, ni nada. El caso es que alguien supo dónde estaría. Se sabía que cada noche cambiaba de sitio, que te- nían una pequeña red de locales, de amigos, casi cada noche estaba en un sitio diferente. No paraba. Por eso era tan difícil echarles el guante, llevaban años organizándose. Boisgontier escribía panfletos subversivos, octavillas contrarias al régimen que lo llevarían derecho a los calabozos de la Via Laietana. Él mismo los imprimía, los ciclostilaba con uno de aquellos trastos, una máquina vietnamita, las había por todas partes. Creo que también se encargaba de distribuirlos. Yo me lo guiso y yo me lo como.

Escalona no alcanza ni a sospechar por qué Garrido considera que debe explicarle una historia pasada, una historia que no difiere en mucho de tantas otras.

Espera pacientemente a que el ex policía recupere el resuello y

el hilo de voz. Por el momento y durante unos instantes solo resulta audible el maldito silbido.

—Ocurrió la noche del 14 de noviembre, era viernes, Nos plantamos a pocos metros. Yo dirigía la operación. Me acompañaban dos agentes que me asignaron aquella misma noche, pero no era la primera vez que trabajaba con ellos. Nos conocíamos todos. Uno de ellos era Federico Carrión, de la Político Social. Carrión era muy conocido en comisaría, uno de los mejores a la hora de hacer hablar a un sospechoso. O uno de los peores, según se mire. Por aquel entonces las cosas iban así. Algunos interrogatorios eran duros, tan duros como puedas imaginar. Hay quien salió de la Vía Laietana camino del depósito, pero eso ya lo sabes, lo sabe todo el mundo. Él mismo, Carrión, decía que era capaz de hacer cantar a las piedras. Le gustaba alardear de no tener escrúpulos. Y no los tenía, te lo aseguro. Bien... verás, aquella noche vimos llegar al chico tal y como nos habían anunciado. Esperamos, le dimos su tiempo, casi una hora. La detención fue fácil, lo pillamos in fraganti, dándole a la manivela. No pudo ni resistirse. Ni lo intentó. Pero la cosa se complicó, a veces las cosas se tuercen y casi no sabes decir ni cómo ha sido ni en qué momento.

Garrido hace una pausa y se lleva una mano hasta el pecho, como para calzar las costillas y evitar que se desprendan dado el esfuerzo que hace para hablar.

—Cuando ya estaba esposado, Boisgontier, tiene narices el nombre, se enzarzó en una discusión y se la buscó. Creo que en algún momento insultó a Carrión. No sé cómo pasó, pero hubo algo así. Imagínate, insultar a Carrión que llevaba dados más palos que pelos tenía en la cabeza. No sé exactamente lo que dijo, solo sé que de una cosa pasaron a otra y... No sé ni cómo fue, pero el caso es que si no los separamos... ¡Hay que tener huevos para algo así! ¡Con las manos esposadas, sin posibilidad de defenderse y va y se enfrenta con él! Como si quisiera que le rompiera la cara. Una de dos, o era un valiente o no tenía dos dedos de frente.

Garrido, que ha elevado la voz y ha intentado acercar su mano hasta la cabeza en un gesto explícito, paga el esfuerzo con una tos persistente que no parece aliviarle.

—Perdona, Santiago. Esto es así. Ya no sé hablar sin efectos especiales —dice con media sonrisa refiriéndose a la tos y al silbido pertinaz—. Pasó lo que tenía que pasar, a Carrión se le calentó la

sangre y le arreó un par de guantazos in situ. Y no le rompió la cabeza porque el otro agente y yo lo sujetamos como pudimos.

Estaba fuera de sí. Si lo dejamos lo mata allí mismo. Acabó jurando que volverían a verse, que lo mataría y que echaría su corazón a los perros. Su corazón y sus huevos. De eso sí que me acuerdo. Su corazón y sus huevos.

Garrido cierra los ojos de nuevo, parece muy fatigado. Cuando los abre dirige la mirada hacia el ventanal.

—Tú has conocido otra cosa, Santiago, pero entonces hombres como él los había a puñados en las comisarías. Carrión no era un buen enemigo. Boisgontier parecía un chico listo, pero era un echao palante, un chulo, de esos que necesitan demostrar cosas. Decía que era un revolucionario y que la revolución pasaría cuentas con los mercenarios como nosotros, que la revolución no perdonaría ni la traición ni el servilismo. Le gustaba desafiar a la autoridad y no le tenía mucho aprecio a la vida, eso saltaba a la vista. No recuerdo haber visto en su cara ni rastro del miedo que tienen otros. Carrión era una mala persona, no debió desafiarle, no debió...

Tras golpear la puerta un par de veces por pura cortesía, una enfermera muy joven que empuja un carrito entra en la habitación

—Se ha quedado usted solo, señor Garrido —observa en un tono de voz más propio de un parvulario al contemplar la cama vacía.

Garrido, enfurruñado por la intromisión, no contesta. La enfermera le indica a Escalona que debe apartarse, parece súbitamente irritada por su presencia.

—¿Va a ayudarlo usted?—pregunta por incordiar.

—No, puedo hacerlo solo, todavía puedo comer solo —responde de inmediato el inspector Garrido.

La enfermera deposita la bandeja sobre una mesa con ruedas y la aproxima hasta la cama. La habitación entera huele a comida de hospital. El subinspector en- tiende que el enfermo debe comer y no podrá hacerlo si continúa hablando. Escalona se levanta y se acerca a la puerta.

—Mañana vuelvo, inspector —promete antes de salir.

Mientras la enfermera destapa la bandeja de metal en una de cuyas cavidades flota un puñado de fideos huérfanos Garrido arruga la nariz en un gesto de desagrado. Antes de que Escalona llegue a salir de la habitación el ex policía añade:

—Aquella noche dejamos al chico en comisaría.

2
Viernes, 12 de enero

La mañana entera en los juzgados para prestar declaración durante unos tres minutos. Todo estaba dicho cuando se ha sentado para testimoniar y las preguntas han sido pocas y rutinarias. Ha pasado más de tres horas sentado en un banco, sin poder moverse ni salir a respirar porque, según un ayudante del fiscal de turno, «en cualquier momento pueden llamarlo». Así ha sido, en cualquier momento después de las primeras tres horas de espera. Un doble homicidio, el asesinato de una prostituta y el de un juez apartado de la profesión, llegaba hoy a juicio después de muchos meses. Un caso difícil que Escalona hubiera preferido no revivir.

Cuando pone el pie en la calle experimenta un desconsuelo en el estómago que le recuerda que anda en ayunas. «Un café solo no es desayuno para un hombre como tú», decía su madre cuando Escalona salía por la puerta apresurado y con el último sorbo en la boca. Solo y alquitranado, así es el café en el bar de Paco. Esta mañana todavía no habían llegado las pastas del día y el dueño andaba de un humor de perros y la cara de los días malos. El subinspector emprendió el camino del juzgado con el estómago

vacío y así sobrellevó la mañana, quizás por eso se le ha antojado larga como día entero sin pan.

Decide detenerse en una cafetería a medio camino del hospital. Quizás si se demora un buen rato llegará cuando Garrido haya comido ya, es sabido que en los hospitales la comida es como el ángelus, y se ahorrará la mirada inquisidora de la enfermera. El local está medio vacío, demasiado pronto para comer y demasiado tarde para los cafés de media mañana. Mejor así. El camarero tiene la vista clavada en la pantalla del televisor en el que una concursante con un escote abismal y una sonrisa encantadora intenta adivinar una frase de la que solo conoce algunas le- tras. La frase no es difícil, Escalona la resuelve sin esfuerzo, el camarero también. Y como si la joven participante pudiera oírlo a través del espacio y del tiempo, el programa se emite en diferido, le apunta la respuesta varias veces para ver si acaba por pillarla.

—Hay gente que parece tonta —comenta el muchacho cuando se acerca hasta la mesa con una carta de platos combinados y bocadillos sin apartar la vista de la pantalla.

Escalona asiente, no podría estar más de acuerdo.

Una cerveza muy fría y en copa grande redime a un lomo reseco y a unas hojas de lechuga que saben a la nada más absoluta. Un café y una ojeada a un diario acaban por poner las cosas en su sitio. No es que el resto del día prometa grandes cosas, pero siempre es mejor si uno anda preparado.

Al entrar en el Hospital del Mar el despejado vestíbulo que conduce a los ascensores le recuerda hoy a un gigantesco hangar. Es su mirada la que ha cambiado, bien lo sabe Escalona, hoy es como si fueran otros los pasos que lo atraviesan, otros los ojos que miran. Nunca nos bañamos en el mismo río, aseguró el filósofo, tampoco vemos nunca las mismas cosas ni de la misma manera. Cuando, llegado a la planta séptima el ascensor se detiene, tres chiquillos gitanos de parecida edad y estatura entorpecen su salida; les acompañan tres hombres adultos con el semblante sombrío y una mujer que acarrea una criatura en los brazos. La mujer les grita y los niños se apartan empujándose unos a otros sin dejar de reír.

En la habitación de Garrido la cama vecina ya ha sido ocupada. Junto al recién llegado se agolpan cuatro personas más, posiblemente parientes de las que acaba de cruzarse en el ascensor. Una enfermera intenta convencerles, sin demasiado éxito, de que al

enfermo no le convienen sus voces. El subinspector saluda y se sienta junto a la ventana, muy cerca de la cabecera de Garrido, que le indica que se aproxime. El policía tiene la mirada escarchada y habla en voz muy baja, el subinspector juraría que ha empeorado en unas horas. Escalona apenas le comprende.

—Ya ves, son sus hijos. Todos ellos. Los hay con suerte. Y tiene tres o cuatro más que no han podido venir. Una de sus hijas está pariendo en otra planta. Unos, tanto, y otros, tan poco —se lamenta en clara alusión a su propia situación de enfermo grave y sin más compañía que la de su esposa—.Yo, la verdad, hubiera preferido algo de tranquilidad, pero... Le he dicho a Ángela que podía marcharse, le conviene descansar un poco. No sale de aquí y acabará por caer enferma. Estaba seguro de que vendrías.

Garrido le indica que se acerque todavía más, teme que puedan oírle.

—De lo que te conté ayer no he recordado mucho más. Me he pasado la noche intentándolo, pero... Yo no lo vi todo, lo único que sé es que el chico le llamó cabrón. Y no sé si lo oí o si me lo explicó Martínez. Yo lo que sí recuerdo como si lo estuviera viendo es que Carrión le golpeaba y él seguía hablando, como si hubiera perdido la cabeza.

El enfermo hace una pausa, sabe que debe dosificar sus fuerzas.

—Bueno, si te parece continúo donde me quedé. A Boisgontier lo dejamos en la comisaría, solo teníamos las octavillas, no era mucho. Pensé que le darían una tunda y que al cabo de unas horas estaría en la calle, y así fue. Lo soltaron el domingo por la noche. Le habían dado, y bien, pero salió por su propio pie. No era raro, cuando no había algo más consistente dejaban que algún agente de la Bri- gada Social se desfogara. Era como un aviso, un aviso ejemplarizante, oí decir a alguien. Alguna vez a los detenidos por casos menores se les amenazaba con llevarlos al tribunal de Orden Público. En las comisarías había una especie de impunidad para todos, nada trascendía.

Garrido se incorpora levemente, se ha fatigado y descansa unos instantes. En la habitación, de la que ha salido una persona para aplacar así a la enfermera, hay voces, risas y reconvenciones. El enfermo, pálido y enflaquecido, sonríe a su descendencia

mostrando una boca en la que apenas quedan dientes. Uno de los niños del ascensor está ahora en la habitación y le coge la mano, juega con una figurita de plástico que encierra entre los dedos de su abuelo y que descubre instantes después con exagerado alborozo.

—Tres días más tarde el chico apareció muerto. Aparentemente se había caído al metro, un mareo, vértigo, algo así... Un accidente. No fui yo el que acudió cuan- do se retiró el cadáver, fue un inspector de la zona. A mí lo del accidente no me sonó bien. No es que fuera imposible, pero era mucha casualidad. Detenido tres días antes y lo arrolla un metro en la estación de Gràcia en hora punta. No sé si la recuerdas, no era una estación de metro, era de los ferrocarriles de Sarriá, pero para el caso es lo mismo. Pasan a menudo y a veces van que no cabe una aguja. A las 6 o las 7 de la tarde pasan centenares de personas por la estación. No es que yo me sintiera responsable, no es eso, pero... Siempre creí que hubiera debido... Aquella tarde me habían asignado otra vez a Carrión, pero no le vi el pelo, nadie supo decirme. No se presentó y tampoco me dio ninguna explicación. Ni él ni nadie. No supe qué hacer, podía haber investigado, podía haber indagado extraoficialmente, desde luego. Hubiera debido averiguar qué es lo que pasó allí después de detenerlo. Quizás alguien iba a por él, por eso nos dieron el chivatazo. No sé, siempre pensé que hubiera podido...

Nueva pausa para recobrar aliento y ánimo. El niño y el abuelo siguen jugando con la figurita roja, un indio con penacho de plumas y un arco con una flecha. El pequeño ha subido a la cama y la esconde bajo las sábanas. Resulta difícil saber cuál de los dos parece más feliz.

—Pero no me decidí, no me atreví, además pasó lo que pasó. Algo así lo cambia todo. Ya te he dicho que el chico murió el 19, la tarde del 19 de noviembre, y esa misma madrugada murió Franco. Por lo menos eso es lo que dijeron.

La figurita roja cae al suelo y rueda bajo la cama de Garrido, el crío se arrodilla y la recoge. Escalona solo se arrodilla. Garrido calla y respira dolorosamente.

—En este país nadie daba pie con bola. Te lo puedes imaginar. Nadie sabía lo que iba a pasar, podías esperar cualquier cosa y era mejor no estar a mal con nadie. No sé si me entiendes. Además, el chico murió al anochecer y la noticia ya no entró en los

rotativos. No había periodista que no estuviese pendiente de lo que podía pasar en este país.

Escalona lo entiende. También él recuerda los días que siguieron a la muerte del dictador.

—Nunca me quité de la cabeza la idea de que a Boisgontier lo habían matado. Llegué a pensar que lo habían hecho detener por algo más que lo de los pasquines, pero no llegué a saber nada. Por aquel entonces se había puesto en marcha la operación Lucero, se intentaba controlarlo todo, no dejar nada en el aire. Pero aquel chico no era nadie, uno de tantos. Quizás alguien lo tenía en su lista negra, alguien en la Brigada Social... Quizás el mismo Carrión en un arrebato...Me pasa- ron tantas cosas por la cabeza... No sé qué es lo que pasó, lo que sí sé es que murió, y un chico como él no es de los que tropiezan y se caen a las vías. Bien, el caso es que ahora, después de tantos años, tengo que saber qué es lo que ocurrió. ¿Por qué íbamos detrás de ese chico? ¿A quién le interesaba darle un buen susto? ¿Cómo coño murió? Quiero que investigues, que preguntes, que hagas lo que puedas, tengo que saber, no puedo marcharme sin... Sé que no puede ser algo oficial y que no será fácil, pero querría que hicieras lo que pudieras, Santiago. No me queda mucho, y querría... Necesito....

Escalona asiente, no puede hacer otra cosa.

—Ayer hablaste de una doctora. Una doctora en este hospital. ¿Qué tiene que ver una doctora con todo esto?

—No lo sé, eso también has de averiguarlo. Es la doctora Boisgontier.

Escalona sale de la habitación sin que nadie se dé cuenta y en el pasillo se cruza con un par de jóvenes gitanos que pretenden visitar a su pariente. El subinspector reconoce inmediatamente a uno de ellos. El hombre también identifica a Escalona, pero baja la cabeza. No se saludan. Escalona recuerda que en comisaría lo conocen como El Rancio, dicen de él que tiene la boca al bies y que no se ríe por nada del mundo. Ha colaborado varias veces con la policía en operaciones de poca monta. Algún que otro soplo, una información dejada caer, pero nunca ha delatado a uno de los suyos, eso sí que no. La mirada de complicidad es rápida, apenas perceptible.

Otro día hablarán.

Ya en la calle casi es atropellado por tres patinadores de riesgo que prefieren contemplar el mar desde el otro lado del paseo, por eso no lo han visto. Con el corazón encabritado por el susto Escalona busca el móvil.

—Teresa,...sí, sí, soy yo... todo bien, sí. Tienes que hacerme un favor. Necesito echar una ojeada a unos informes que deben de estar todavía en la Via Laietana. Es de algo que pasó hace mucho, en el 75, pero han de estar allí. Toma nota, el nombre es Alberto Boisgontier, sí, Boisgontier. B, o, i, s, g, o, n, t, i, e, r. Sí, está bien. Si tienes suerte de que estén hoy Olivares o Casajús les dices que es para mí, no te pondrán pegas, me deben más de un favor y moverán lo que haga falta. Haz lo que puedas. Si no los encuentran en la Via Laietana, insiste en que los localicen. A ver si hay suerte y dan con ellos. ¡Ah!, recuerda, no es oficial.

—Ya me explicarás de qué va.

—Prometido.

El subinspector decide ir a comisaría y hacerlo caminando con la vista fija en el agua mansa que lame la orilla y el recuerdo anclado en el 20 de noviembre del 75. No ha olvidado cómo y cuándo se enteró de la noticia del fallecimiento de Franco, que llevaba días agonizando en el hospital de La Paz, que no en paz. Fue en la radio, a primera hora de la mañana, cuando la luz crecía sobre los tejados y la ciudad se ponía nuevamente en marcha. Antes de poner el pie en la calle, mientras aguardaba para afeitarse en el lavabo familiar que tenía las dimensiones de un foto- matón.

—Santiago, hijo, escucha, lo acaban de decir. Se ha muerto. Franco ha muerto de madrugada.

Y Santiago escucha, se acerca al aparato de radio y no se pierde una palabra.

—Sería mejor que... Escucha, Santiago, hijo, tu padre piensa como yo.

—¿Qué es lo que piensa mi padre? —inquiere, barruntando por dónde van a ir los tiros mientras se encierra en el cuartucho para afeitarse.

—En un día como hoy es mejor quedarse en casa. Quién sabe qué es lo que va a pasar y no vendrá de un día. Además, clase seguro que no habrá. Y la universidad... Puedes encontrarte con problemas. Sin comerlo ni beberlo puedes encontrarte en un lío y...

Santiago Escalona, con dieciocho años recién cumplidos, se plantó en la calle pocos minutos después acompañado de cerca por el ruego de su madre proferido desde el rellano de la escalera:

—Santiago, hijo, vigila. No me hagas sufrir. Y si no hay clase, te vuelves. Y piensa, hijo, que en las noticias uno se entera de todo.

Recuerda, no ha podido olvidarlas, las palabras de Arias Navarro en el comunicado oficial emitido por televisión, una televisión en blanco y negro que a la mínima se llenaba de rayas y exigía un respiro. Lo emitieron tantas veces que resulta difícil olvidar no solo los términos empleados, sino el tono en el que fueron pronunciados.

«Españoles, Franco ha muerto. El hombre de excepción que ante Dios y ante la historia asumió la inmensa responsabilidad del más exigente y sacrificado servicio a España ha entregado su vida quemada día a día, hora a hora en el cumplimiento de una misión trascendental.»

También le viene a la memoria, una memoria excepcional donde las haya, su mejor baza, el testamento del dictador.

«Españoles: Al llegar para mí la hora de rendir la vida ante el Altísimo y comparecer ante su inapelable juicio, pido a Dios que me acoja benigno en su presencia, pues quise vivir y morir como católico.

»Quiero agradecer a cuantos han colaborado con entusiasmo, entrega y abnegación, en la gran empresa de hacer una España unida, grande y libre. Por el amor que siento por nuestra patria os pido que perseveréis en la unidad y en la paz y que rodeéis al futuro rey de España, Don Juan Carlos de Borbón, del mismo afecto y lealtad que a mí me habéis brindado y le prestéis, en todo momento, el mismo apoyo y colaboración que de vosotros he tenido. No olvidéis que los enemigos de España y de la civilización

critiana están alerta.»

Repetidas treinta años después y a la luz de los hechos, suenan a broma macabra. Escalona, como tantos otros, creyó que de alguna manera iba a cambiar la vida. La suya, la de todos.

3

Sábado, 13 de enero

El día ha amanecido gris, algo más gris que su estado de ánimo. Teresa se ha despertado ya y, a juzgar por el aroma que llega desde la cocina, ha preparado café. Acostumbrado a vestirse, bajar a la calle, comprar un par de diarios e instalarse en el bar de Paco a esperar el brebaje bien amargo que el propietario le planta ante los ojos sin necesidad de abrir la boca, el subinspector corrige sobre la marcha su propia rutina. En lugar de vestirse y calzarse de inmediato para salir de un piso que durante años parecía escupirlo, se dispone a tomar la primera taza tras un primer beso de buenos días. La compañía de Teresa lo ha alterado todo, sus costumbres de hombre solo y solitario, su piso siempre desangelado y su semblante generalmente sombrío que en la intimidad parece otro.

A veces Escalona, consciente de que junto a Teresa estrena sus mejores días en este mundo, siente una especie de culpabilidad, un algo de desasosiego al que no ha conseguido todavía ponerle nombre. Cree que se alimenta de su buen temperamento, que se aprovecha de su buen humor, de su energía, de su optimismo, que,

en cierto modo, casi la vampiriza. La necesita para vivir mucho más de lo que ella se imagina e infinitamente más de lo que sabrá transmitirle nunca. Si fuera creyente, si pensara que algo o alguien nos esperan más allá de nuestra vida terrenal, le agradecería a diario la presencia de Teresa, su existencia a pocos pasos, su sonrisa. Superada, por fin, la muerte de una madre que lo había perdido todo al perder la memoria de lo vivido, y a la que Escalona no llegó a conocer en sus cabales, Teresa hace meses que vuelve a sonreír.

Ella es su tesoro y está en su isla. Por primera vez en mucho tiempo Escalona se considera un hombre con suerte, pero no lo reconocería públicamente ni bajo tortura. Sabe, porque así lo aprendió cuando era un crío, que hay cosas que es mejor no mentarlas.

—¿Puedo? —pregunta el subinspector mientras retira las tazas de café y los restos de magdalena.

Ambos saben de qué está hablando. Teresa consiguió los informes de Alberto Boisgontier que obran en manos de la policía. No fue fácil localizarlos y hubo de comprometer su palabra y la de Escalona para conseguir una copia. Para evitar que el subinspector se abalanzase sobre ellos, Teresa guardó el sobre entre sus cosas y le hizo prometer que esperaría hasta la mañana siguiente. Escalona acaba de encontrar el sobre junto a su primer café.

—Está bien, pero me explicarás de qué va todo esto —advierte.

Y, aunque Escalona preferiría no hacerlo, le cuenta en pocas frases el feo asunto Boisgontier. Teresa, pensativa, solo asiente. Sabe de casos parecidos y de prácticas terribles. No hay disculpa para los procedimientos policiales empleados durante la dictadura. No la hay y no la busca.

—Pobre Garrido. Hay mejores maneras de morir.

Las fotocopias que Escalona lee varias veces no añaden gran cosa. Las diligencias redactadas por Garrido vienen a decirle lo poco que ya sabe. En el registro de su detención aparecen los datos personales del incriminado, el domicilio familiar, el nombre de su padre, ya fallecido, y el de su madre, Rosa Simó.

«...al detenido, Alberto Boisgontier, se le han ocupado tres

máquinas multicopistas, todas ellas eléctricas; una máquina de escribir, una guillotina; tinta y clichés; abundante propaganda; paquetes de la revista confeccionada por el propio sujeto, según declara, y a punto para ser distribuida; 3.000 pesetas ocupadas en el momento de la detención que pudieran pertenecer a la Organización, aunque el detenido afirma que no es así y copiosa documentación que los expertos están examinando».

Barcelona, 14 de noviembre de 1975

Encuentra un par de anotaciones que proceden de fuentes confidenciales y que aportan algunos datos sobre la organización clandestina a la que pertenecía el joven, así como un par de nombres de sus presuntos miembros. Bien poca cosa. Y, lo que es más sorprendente, nada sobre el interrogatorio.

Si no ha cambiado de domicilio quizás pueda empezar por hacer una visita a Rosa Simó, la viuda de Philippe Boisgontier y madre de Alberto, pero será mejor dejarlo para mañana, Teresa tiene planes para la tarde del sábado. Sostiene que a Santiago Escalona le conviene distraerse y por eso le obliga, quieras o no, a abandonar la madriguera y poner proa a un cine, a un teatro o a una tienda en la que pretende en vano renovar su vestuario.

—Santiago, es que así vestido siempre vas de incógnito —le ha dicho en más de una ocasión antes de empujarle hacia la puerta.

Lo que el subinspector prefiere es caminar sin rumbo por la ciudad en compañía de Teresa, le gusta detenerse en una plaza, en un café, admirar una delicada tribuna a la calle, el arco apuntado de una iglesia, o el remate modernista de un balcón y cenar con ella en algún restaurante sin demasiadas ambiciones. No necesita más. Nada más. Un buen paseo, una cena discreta y una buena película policíaca a poder ser en un cine en el que las rodillas le quepan sin necesidad de aplastar el menisco contra la butaca de la fila precedente.

—Si en lugar de llamarse Boisgontier, se hubiera llamado Martínez, o López, o Fernández, el nombre de la doctora no le habría recordado nada y Garrido no estaría ahora dándole vueltas a la cabeza —añade Teresa mientras apura el último sorbo.

Y no le falta razón.

4

Domingo, 14 de enero

La calle de la Font Florida está muy cerca de la fragorosa plaza de España, justo en el arranque de la montaña de Montjuïc. La plaza de España es uno de los lugares más inhóspitos de Barcelona, una especie de gran cruce de calles a modo de rotonda que, a juicio de Escalona, nunca debería haberse llamado plaza. No lo me- rece, y así lo ha dicho en un par de ocasiones, antes y después de que Teresa, al volante, haya necesitado Dios y ayuda, para cambiar de sentido en la Gran Vía.

—Y en domingo. Hay que joderse —añade mientras ella intenta encontrar la mejor manera de emprender el sentido contrario.

La Font Florida es de esas calles a las que es difícil llegar, una

calle que parece haberse equivocado de lugar o de momento. No muy grande y como trasplantada desde otra ciudad más pequeña, más tranquila y probablemente más humana, quizás desde otro tiempo. Son calles que huelen mejor, que alegran la vista y el oído y que no deberían desaparecer nunca. Casas bajas, planta y primer piso, modestas, construidas a principios del siglo pasado con el esmero que por entonces se empleaba en los detalles.

El exterior de la casa de los Boisgontier Simó no ha sido pintado en mucho tiempo y, aunque su estado no es malo, contrasta con algunas de las viviendas vecinas rehabilitadas recientemente. Escalona pulsa el timbre esperando encontrar a alguien de la familia que se preste a recibirlos en domingo. La mujer, que abre la puerta un par de minutos más tarde y los mira por encima de sus gafas de lectura, debe de rondar los ochenta años, quizás alguno menos. Tiene esos ojos que con el tiempo han ido perdiendo el color y que probablemente fueron de un azul intenso, el cabello largo y casi completamente blanco peinado hacia atrás, y los labios de un rosa desvaído. Como si el tiempo le hubiera robado vigor, como si el color se hubiera apagado levemente con la edad. Viste falda gris y jersey del mismo color muy grueso y tejido a mano. Calza zapatillas de paño sobre calcetines blancos, calcetines de colegiala. No luce adornos ni rastro de maquillaje. Al abrir la puerta, Rosa Simó siente frío y se lleva una mano hasta el hombro opuesto para darse calor. Hay cierta contrariedad en su cara, a la vista está que no esperaba a nadie.

—¿Señora Simó?

La mujer asiente. Se limita a recibir una explicación de labios de Escalona, una explicación a medias que no la conmueve en absoluto. Por la falta de expresión de su rostro quedan pocas cosas en este mundo capaces de sorprenderla.

—Pasen. No se queden ahí —dice y les indica que pueden entrar—. Cierren la puerta, por favor. Hace frío.

La mujer camina con dificultad y busca apoyo en las paredes del pasillo, en las sillas, en la mesa. Se sienta con un suspiro.

En el interior de la casa nada parece haberse alterado en varias décadas. Excepto la televisión en color que permanece encendida, el resto de cuanto pueden ver no ha cambiado desde

finales de los años sesenta o principios de los setenta. Buffet de madera barnizada con tiradores dorados, vitrina a juego, sofá bajo de incomodidad manifiesta y sillas de respaldo alto con barrotes, todo ello sobre un fondo de papel pintado y deslucido en el que predomina un dorado amarillento. Con ligeras variaciones en el color y las texturas, el comedor familiar de Escalona era exactamente igual al que tiene ante sus ojos. A excepción de una Última Cena repujada en hojalata, que fue acarreada hasta la ciudad por una abuela testaruda como una mula desde el remoto pueblo de procedencia y que presidió cada una de las comidas familiares, el resto está todo allí, ante sus ojos.

La mujer toma asiento en una de las sillas y les indica que pueden acomodarse en el sofá adamascado pensado para personas de piernas ridículamente cortas. No les ha ofrecido nada, mejor así. No se siente obligada a mostrarse amable, está en su casa; ellos no.

—¿Puedo? —pregunta Escalona apoyando una mano en el respaldo de una de las sillas.

La mujer se encoge de hombros, puede sentarse en una silla o tirarse a la vía del tren. No importa.

Teresa, que estaba a punto de dejarse caer en el sofá, rectifica, se acerca a la mesa que preside la estancia y retira una de las sillas. Ambos se han sentado en el mismo lado, ha sido de forma inconsciente pero parecen enfrentados a la mujer, que continúa sin abrir la boca. Como durante un interrogatorio. Escalona repite con otras palabras lo que ha dicho en el umbral, un caso sin resolver, un asunto que querría revisar...

—¿No les parece un poco tarde? A buenas horas salen ustedes con que...

El subinspector calla y asiente.

—¿Y qué querrían ustedes saber? —inquiere clavando los ojos en los del subinspector.

—Háblenos de su familia, de su hijo, de sus costumbres... Con quién andaba, si tenía enemigos... Lo que crea que puede interesarnos.

Rosa Simó descansa las manos sobre la mesa cubierta por un

cristal helado, Teresa se estremece sin poder evitarlo. En el comedor, sin calefacción a la vista, hace frío, más frío que en la calle.

—Ustedes sabrán. Si quieren oír mi historia yo no tengo nada que ocultar, pero les agradecería que si esto acaba alguna vez, me lo hagan saber. Que tuvieran uste- des la decencia de...

En su voz hay tanto resentimiento que Escalona se apresura a asegurarle que así será, aunque no tenga al respecto la más mínima certeza.

—Está bien. Si eso es lo que quieren. Yo me crié en Francia. Mi familia se marchó en el 39, cuando yo tenía 8 años. Salimos como pudimos, los franquistas estaban a las puertas de Barcelona y mi padre tenía que huir, le iba la vida. Vivimos unos años en Francia, en Toulouse. Había muchos catalanes, muchos. En Toulouse conocí a Philippe Boisgontier, mi marido, trabajaba con mi padre, llegó a ser de la familia.

La mujer se detiene unos instantes, como si recapitulara. Involuntariamente di- rige la mirada a una de las fotografías que han visto sobre el aparador, una fotografía de boda en blanco y negro en la que una Rosa muy joven, y en traje chaqueta ceñido a la cintura, sonríe del brazo de un hombre de bigote fino y frente muy ancha. La muchacha luce una diadema en el pelo y en las manos un ramillete de flores blancas. Poco más puede distinguir el subinspector, que se propone fijarse algo mejor cuando se levanten para marcharse.

—Él era algo mayor —prosigue Rosa Simó—, nos llevábamos más de diez años, era miembro del Partido Comunista y había formado parte de la resistencia. Contra los nazis, ya me entienden.

Escalona asiente, Teresa también.

—Un buen hombre, valiente, listo. En la resistencia eran pocos y se jugaban el cuello. Ustedes son jóvenes, pero algo habrán oído explicar.

Escalona se apresura a asentir.

—Philippe era como mi padre, un hombre de ideas, quizás por eso... Bueno, no creo que les interesen los detalles. Nos

casamos en el 54, yo acababa de cumplir los veintitrés y él tenía ya los treinta y muchos, pero no importaba. Nos que- damos allí mismo, en Toulouse, y allí mismo, al cabo de unos meses, nació Alberto, en el 55. Cuatro años más tarde tuvimos una hija.

Escalona no pregunta, Teresa, helada de frío y con las manos entre las rodillas para mantenerlas calientes, se remueve en la silla. La mujer, el rostro estragado, mantiene la vista clavada en sus manos entrelazadas. Continúa hablando sin dedicarles ni un vistazo, como si no estuvieran al otro lado de la mesa.

—Mi marido murió poco después, no pudimos hacer nada. Mi hija todavía no andaba, eso sí que lo recuerdo. En Francia no nos quedaba nadie, mi padre tam- bién había muerto y Philippe tenía a los suyos en Normandía. Solo los habíamos visto una vez, poco después de casarnos, no podíamos esperar que... Además, siempre he detestado pedir ayuda. En Toulouse cuatro conocidos y pare usted de contar. No tenía sentido quedarse allí, por eso decidí que debíamos regresar, cogí a los niños y a mi madre y vinimos aquí, a la Font Florida. Acabábamos de heredar esta casa de un hermano de mi padre, un farmacéutico que había muerto sin mujer ni hijos y que repartió su herencia entre sus sobrinos. Tuvimos suerte, nos tocó está casa. Busqué trabajo y aquí estoy desde entonces. Aquí los crié y aquí estaba cuando...

—¿Puede hablarnos de Alberto? —sugiere Escalona con un hilo de voz.

—Puedo, claro que puedo, era mi hijo. Era un chico listo, muy listo, de esos que destacan porque muy pronto parecen saberlo todo. Como si supieran más que tú misma. Uno de esos chicos que te pregunta continuamente respecto a las cosas, a todo tipo de cosas. Yo le explicaba lo que podía, pero él siempre iba mucho más allá de lo que yo decía y de cómo lo decía. Era incansable, no se rendía nunca. Un luchador, como su padre, lo vi enseguida. Casi no lo conoció, hubo poco tiempo para que Philippe pudiera enseñarle, pudiera decirle... No pudo in- fluirle, no hasta el punto de... Poco tiempo, ya les he dicho, no llegó a cinco años, poco tiempo para poder... Y sin embargo Alberto era como él, su calco, una copia casi exacta. Algo más imprudente, eso sí. No tenía miedo, como si estuviera por encima del miedo. Yo siempre intenté mantenerle al margen de esas cosas, incluso le mentí, le mentí muchas veces, le decía que todo estaba bien, que todo se arreglaba poco a poco, que a veces los demás exageraban, que todo requería un tiempo... No

quería que se metiera en líos, yo ya había tenido bastante desde que era una cría. No quería que mi hijo... Sin embargo así es la vida, no pude evitar que... Ya saben cómo son estas cosas. Empezó a andar con esa gente, eran como él, quizás algo más mayores... Todos chicos como él. No pude impedirlo o no supe. Lo vi venir, no crean que no lo vi venir, pero... Quizás se lleve en la sangre. Yo no lo sé, pobre de mí, pero algo debe haber para que...

La mujer no continúa, levanta la cabeza y mira a Escalona a los ojos.

—Pero ustedes no han venido hasta esta casa para saber lo que pienso, ¿verdad?

Escalona calla. No sabe demasiado bien por qué ha venido, pero no le cabe ninguna duda sobre lo que desearía; estar a kilómetros de allí y no escuchar las palabras amargas de una mujer arrollada por la vida.

—Mi hijo era un chico guapo, muy guapo. Entonces les llamaban apuestos. Él era un chico apuesto. Andaba con una chica de familia bien, eso se notaba, la trajo un par de veces. Rubia, educada, correcta, quizás una buena persona... Ella también quería cambiar el mundo. Se llamaba Natalia, Natalia.... No recuerdo el apellido, no sé si llegué a saberlo. Alberto siempre dijo que la chica venía de una familia franquista, pero que Natalia no era así, que era diferente. Era hija de alguien muy importante, pero yo no llegué a saber... No quise preguntar, a él no le gustaban las preguntas. Siempre pensé que una chica como aquella no era la mujer que necesitaba mi hijo, que le traería problemas, que... Sin embargo, ya ven, los problemas vinieron y no se supo cómo, pero la chica no tuvo nada que ver. Vino a verme cuando encontraron a Alberto, estuvo aquí un rato, donde están ustedes, lloraba, qué iba a hacer. Después se fue y no volví a verla. No tenía por qué venir, no tenía ninguna obligación.

—¿Y de la muerte de Alberto?

—La muerte de Alberto, dice usted. Sé lo que se dijo entonces. Nada. No sé nada —la mujer ha elevado la voz de pura ira y se interrumpe durante unos instantes, el tiempo que tarda en recuperar la calma—. Lo encontraron muerto en las vías del metro, arrollado en una estación en la que mi hijo no tenía por qué estar. Fueron sus amigos los que se presentaron aquí y me lo dijeron. Me dijeron que había caído a las vías, hablaron de un posible accidente, pero no se lo acababan de creer. Lo vi en sus caras, no dijeron nada en claro, pero se miraban, se lo decían los unos a los otros con los ojos. Ninguno de ellos volvió por aquí, nadie me

aclaró lo que querían decir, quizás supieran, pero... Y de la policía... De la policía todavía estoy esperando alguna explicación. Vino un inspector, me preguntó cuatro cosas que ya sabía, y si te he visto no me acuerdo. Pensé que quizás ustedes podrían decirme alguna cosa. Tiempo ha tenido la policía para encontrar algunas respuestas.

Escalona baja la vista, Teresa también. Ambos callan y esperan. La voz de la mujer se eleva con una autoridad meridiana.

—Murió, eso es lo que sé. La única seguridad que tengo es que descansa aquí al lado, en Montjuïc. Que está detrás de una losa y que tenía veinte años recién cumplidos. Si ustedes saben algo más y tienen la amabilidad...

—¿Sabía que lo habían detenido pocos días antes?

—¿Detenido? No, no lo sabía, nadie me explicó nada, pero no me extraña. Alberto no siempre venía a dormir, pasaba muchas noches fuera de casa. Explicaba lo que quería. Yo sabía que se callaba todo lo que pudiera preocuparme. Siempre lo hizo así. Prefería que yo no supiera en qué andaba metido. Yo tenía tanto miedo que él casi no hablaba. Me explicaba lo mínimo. Lo hacía por mí. No quería verme sufrir, no lo soportaba, por eso me mentía o se callaba, por no verme sufrir. Una nunca está libre de culpa, nunca. Con el tiempo lo he pensado muchas veces, hasta qué punto... Quizás si yo hubiera sabido... Si cuando era un crío le hubiera impedido... Si le hubiera preguntado, si le hubiera prohibido... Es posible que me faltara carácter, que me pasara las horas trabajando y no viera lo que pasaba bajo mi techo.

Sobre sus últimas palabras gravita una sombra de culpa. La anciana calla unos instantes y recompone su expresión.

—Pero quizás podrían ustedes decirme por qué lo detuvieron.

—Por imprimir pasquines contra el régimen. Pasaba todos los días. Lo pusieron en la calle al cabo de unas horas con unos cuantos golpes en las costillas.

—Contra el régimen, dice usted. ¡Qué bien hablan ahora los polis! Mi hijo, a los franquistas que mandaban en este país, les llamaba hijos de puta. Eso sí lo sé. Y que tenía razón, de eso también estoy segura. Toda la razón, eso es lo que eran, unos hijos

de puta.

Hay tanto rencor acumulado en su voz y es tan legítimo que Escalona apenas acierta a continuar preguntando.

—¿Recuerda el nombre de algún amigo de su hijo, alguien con quien se llevara bien? Alguno de los que vinieron por aquí aquel día.

—Utilizaban nombres falsos, apodos. En eso no puedo ayudarle, no aparecían por aquí. No eran del barrio.

El subinspector anota los pocos datos que la mujer le facilita y se levanta para marcharse seguido a muy poca distancia por Teresa, que casi tiembla de frío. Se despiden torpemente de la mujer sin atreverse a prometerle nada. Ni tan siquiera se comprometen a tenerla informada.

—Perdón —añade Escalona antes de que la mujer desaparezca tras la puerta de su casa—. ¿Cree que podríamos hablar con su hija?

—¿Con Cecilia? Si solo era una cría, tenía quince o dieciséis años —se extraña la mujer—. Pueden ustedes intentarlo, pero... Es doctora en el Hospital del Mar.

—El chico no tuvo suerte. No había peor día para morir —dice Teresa mientras conduce de regreso a casa.

El subinspector, ensimismado, asiente. Recuerda, como si pudiera verla, la capilla ardiente del dictador. Una capilla ardiente que le viene a la memoria, como casi todo, en blanco y negro, un blanco y negro triste como día sin pan. El cuerpo del fallecido, no muy grande, que descansa en un ataúd forrado de blanco y escoltado por enormes velones en el Palacio de El Pardo. En la cabecera una cruz enorme y un cristo doliente y dolido. A lo largo de muchas horas se forman largas colas para rendir homenaje al dictador bajo el cielo encapotado de Madrid. Mujeres afligidas con el rostro ajado, rosario en mano y mantilla en testa, lloran y se santiguan cuando llegan ante el cadáver. Algunas, cercanas al desmayo, son ayudadas a caminar por sus acompañantes. Varios hombres, con bigote o sin él, algunos vistiendo la camisa azul, ponen rodilla en tierra ante el féretro o saludan por última vez con la mano alzada, a la manera fascista. Escalona recuerda a alguno

que se abalanza sobre el ataúd con los brazos en cruz y el gesto roto y que es retirado por un par de vigilantes que lo encaminan por la fuerza en dirección a la salida. La viuda, con el rostro velado, y la hija del dictador caminan muy erguidas junto al féretro seguidas de cerca por los altos mandos militares. Desfilan ante el cuerpo vestidas de negro de la cabeza a los pies.

Las imágenes se repiten durante unos días. Los telediarios no hablan de otra cosa. Las escuelas cierran sus puertas, también algunos comercios, la programación televisiva se altera y en las radios se alterna la música sacra y la militar.

Son días de vértigo. El país entero parece paralizado

Tres mujeres lloran a Alberto Boisgontier al pie de un nicho en el cementerio de Montjuïc.

5

Lunes, 15 de enero

La mañana no promete mucho. Excepto los comentarios entusiastas de Guerao sobre el partido del domingo, el resto, pura rutina. Informes, diligencias, atestados ininteligibles...

—Menos mal que se han acabado las fiestas. Otro domingo sin fútbol y... Con lo que ganan ya podrían jugar estos días. No digo yo los días señalados, pero.... A ver, ¿cuántos días tiene de fiesta un currito? Pues los justos, los que le tocan, ni uno más. Como usted o como yo. El resto, a sudar la camiseta que para eso les pagan. Y no es que la jornada haya sido nada del otro jueves, pero...

Escalona asiente sin separar la vista del informe que intenta proseguir. No es aficionado a las largas peroratas, raramente abre

la boca para hablar de fútbol, pero también se resiente de las semanas de abstinencia. Y no es que, como bien dice Guerao, la jornada haya deparado grandes sorpresas. Pocos goles, fútbol de patio de colegio, pero...

—Un domingo sin fútbol no es domingo. Mi padre, que en paz descanse, se pasaba la tarde del domingo con el transistor pegado a la oreja. Un transistor a pilas que casi ni se oía, un trasto, pero él no perdonaba el carrusel deportivo; antes se quedaba sin comer. Íbamos de paseo, y el transistor. De visita, y el transistor.

Yo recuerdo que una vez mi madre pilló un cabreo de los de no te menees porque nos llevó al cine y no se quitó el transistor de la oreja. Y el domingo que se acababan las pilas... ese día se liaba.

Guerao sigue hablando, pero Escalona ha dejado de escuchar, intenta enfrascarse en las pocas líneas que ha sacado adelante. Preferiría salir en busca de Cecilia Boisgontier, avanzar en el triste caso de su hermano Alberto, pero no puede dedicarle más tiempo durante su horario de trabajo. Tendrá que esperar. Por eso, a falta de algo mejor que hacer, intenta librarse del papeleo pendiente.

—¡Ah, jefe! ¿Ya ha visto lo que pasó ayer? —inquiere el agente con malicia manifiesta.

El subinspector asiente con una mueca de contrariedad. Un jugador del Zara- goza, el equipo del que es seguidor desde que era un crío por eso que algunos han dado en considerar determinismo genético y que no es más que la pura y dura imitación del padre, se enzarzó en una pelea espectacular. A falta de jugadas vistosas y de pases acertados, las televisiones han repetido hasta el hastío las vergonzosas imágenes de los dos futbolistas liados a mamporros. Deplorable.

—Guerao, ¿sabes qué? Vete a dar una vuelta. Patéate el barrio. Si ves algo que no te gusta, lo de siempre, el nombre y el DNI. Y si quieres te lo traes y abrimos una ficha que hoy andamos mano sobre mano. Que parezca que estamos en todas partes. Mira a ver si le echas el guante al Imram, el del locutorio. No creo que tu- viera nada que ver, pero que te explique lo del miércoles, que no me ha quedado claro.

Lo que acaba de decir y la forma en que lo ha hecho le trae a la memoria las maneras de Perelló, el comisario de policía que hasta hace pocos meses era la máxima autoridad en la comisaría.

Siempre pensó que su lenguaje resultaba demasiado cercano, casi impropio, y que sus modos y maneras merecían un cursillo acelerado de educación para la modernidad. Le recriminó interiormente, nunca se lo dijo a la cara, el haberse quedado varado en un pasado en el que el cuerpo policial era casi un mundo aparte, pero tan acanallado como el que se respiraba en el Barrio Chino hace un par de décadas. El mundo de la calle Conde Asalto, ahora Nou de la Rambla.

Se propone corregirse en el futuro, nada más lejos de su intención que tratar a sus hombres como Perelló trataba a los suyos.

—Entendido, jefe.

El agente se introduce uno de los auriculares del artefacto que hace las veces de transistor y que guarda en el bolsillo del pantalón y se aleja con el andar de controlar las calles. Un buen agente, honesto, de fiar, un buen tipo demasiado parecido a su padre.

Durante un par de horas, en el despacho de Escalona el silencio se puede palpar.

—Subinspector, acaban de llamar. Han encontrado muerta a una señora mayor a dos pasos de aquí, en Sant Ramon. El juez y el forense van para allá. Nada hace pensar que no sea muerte natural.

—Está bien, Evaristo, dame la dirección. Ya iré yo. Tú sigue con esto, es el in- forme del robo en el kebab, ya sabes de qué va. Lo acabas y lo imprimes. Cuando vuelva me lo miro.

Evaristo esboza una sonrisa, no es hombre de grandes efusiones, por eso su gesto es apenas una sombra. Tiene los ojos azules y solemnes y una nariz prominente en un rostro en el que predomina el puro hueso. Nariz de judío las llamaba la abuela del subinspector que, probablemente, no había visto a un judío en toda su vida y que de habérselo cruzado no lo habría reconocido. Evaristo es un joven bien formado y de complexión delgada cuyo cabello apunta ya al gris en las sienes y en el nacimiento de las cejas. Ha sobrepasado la treintena sin perder el gesto amable ni las buenas maneras y es un gran devorador de libros.

—No los lee, se los come —dice de él Guerao, que a veces insiste en que Evaristo es un vicioso cuando este se ofrece para rematar unas diligencias o revisar un archivo—. No es normal, jefe, eso no es normal. ¿A quién le gusta tener el culo enganchado a la silla todo el puto día? —pregunta el agente para provocar.

Pero Evaristo no entra al trapo, nunca lo ha hecho. No es ese

tipo de personas. Escalona sabe que no hay mejor policía para redactar un atestado, buscar una información que se diría que no existe o tirar de hemeroteca. También sabe que de- testa las calles desde que se las tuvo con un camello al que la refriega a punto estuvo de costarle la vida. No perdona a los que trafican. En su adolescencia vio morir a más de uno en mitad de la calle, a pocos metros de sus casas. Buenos amigos, compañeros del instituto e incluso algún familiar no muy lejano, otros cayeron más tarde o más pronto enganchados a una sustancia demasiado pura o criminalmente adulterada por asesinos potenciales.

—Quédate aquí mismo, en este despacho —le indica el subinspector, señalándole la pantalla del ordenador en la que Evaristo observa el informe a medias.

—De acuerdo, subinspector. Si me necesita...

El agente se sienta al teclado con el rostro casi iluminado por la perspectiva de pasar la mayor parte de la jornada intentando decidir si lo más conveniente es una frase explicativa o una especificativa.

Escalona abandona el despacho sin disimular el alivio y con la desasosegante sensación de que la muerte de una mujer le sirve de excusa para salir de allí y poner el pie en la calle. Si se detiene a pensar, y no consigue dejar de hacerlo, una muerte es su buena noticia de la mañana. Quizás Guerao no ande desencaminado y los cuerpos policiales estén plagados de viciosos, de depravados y de pervertidos de diferente pelaje y condición. De seguir así, acabaré encendiendo velas a la memoria de los asesinos en serie, piensa con disgusto mientras echa una ojeada a la dirección que Evaristo le ha apuntado en un post-it.

Pero, pudiendo gastar las suelas, ¿a quién le gusta tener el culo enganchado a la silla todo el puto día?

En el rellano, demasiado oscuro y pequeño como un dedal —así llamaban en su casa a las cosas pequeñas, dedales—, Escalona casi tropieza con una bombona de butano. El agente de los mossos, que ha llegado tras ser recibida en comisaría la llamada de una vecina, identifica de nuevo a la fallecida y le indica la puerta del piso.

En el comedor, el forense ya está examinando a la mujer cuyo cuerpo sin vida descansa en una butaca con la cabeza ladeada, la boca entreabierta y una mano rozando el suelo. La mujer viste tres o cuatro prendas de abrigo con las que el forense forcejea entre imprecaciones. Su cuerpo se adivina muy pequeño bajo sus muchas ropas.

—¿Usted por aquí, Escalona?

—Ya ve, Dalmau, destinados a encontrarnos.

—Es usted un tipo listo, Escalona. Destinados a encontrarnos, que no a entendernos ¿verdad?

El subinspector no abre la boca. Dalmau es un personaje único, proverbialmente malcarado y permanentemente agraviado. La dialéctica de Dalmau pasa de la mordacidad a la ofensa en cuestión de un cerrar de ojos. Escalona no tiene ganas de brega. La calle, sí, Dalmau, no.

—Yo diría que lleva muerta un par de horas. Con el frío que hace en esta casa tal vez alguna más. Igual la palmó el mes pasado.

El patólogo habla mientras se mueve continuamente. Se dirige a Escalona, pero no lo parece. Agita una pierna como para calentar la planta de sus pies mientras comprueba la ausencia de rigor mortis en el brazo que pende del sillón y con la mano libre busca una libreta en el bolsillo de su abrigo. Escalona advierte que en la casa no hay ni la más pequeña estufa encendida. Por el frío reinante se diría que las paredes no han conocido calefacción desde la última glaciación. El mosso se acerca con las manos en las axilas y le informa de que la única vecina del rellano fue quien dio aviso. La mujer decidió telefonear a comisaría cuando, tras llamar al timbre un par de veces para entrar la bombona de butano, la señora Eulalia no abrió la puerta ni dio otras señales de vida.

—Forcé la puerta, subinspector. Pensamos que era mejor no esperar... La vecina dijo que la señora Eulalia estaba enferma. Quizás todavía podía hacerse algo. Mi compañero y yo creímos que... Cuando entramos la encontramos así, tal como usted la ve. Sentada frente a la televisión, muerta.

—Hicisteis bien, Roger. En estos casos es mejor actuar con rapidez —remata Escalona.

No sabe a qué casos se refiere, pero no se le ocurre nada mejor.

—Puedo equivocarme, pero parece un paro cardiaco. El corazón, que dijo amén —dice el forense en clara alusión a la cruz de madera del tamaño de un paquete de cigarrillos que la muerta

lleva todavía colgada del cuello.

—¿Algo más que deba saber? —inquiere Escalona.

—Por el momento, no. Pero probablemente la señora ya había tenido más de un susto —añade señalando un bote con pastillas junto al pie derecho del cadáver en el que puede leerse «Cafinitrina»— y sabía que cualquier día...

Dalmau se quita los guantes de látex, guarda el instrumental sin demasiado rigor y hace ademán de retirarse con un resoplido atribuible por igual al frío y a la mala leche.

—Toda suya, Escalona. Por el momento.

—Dalmau, haga que me envíen el informe de la autopsia en cuanto lo tenga.

—A sus órdenes, subinspector. ¿O debería decir señor mosso? Pero no se emocione, Escalona, no se emocione. Juraría que no hay caso. Esto me huele a muerte natural.

Lo dicho, quizás Dalmau también haya advertido que el subinspector se alimenta de crímenes, como los vampiros.

—Puedes marcharte, Roger, yo esperaré al juez. Pregúntale a la vecina si tenía familiares cercanos y ocúpate de localizarlos. Haz que los avisen antes de que se enteren por la prensa. ¡Ah! Y dile a la vecina que quiero hablar con ella.

—Sí, señor.

Escalona echa un vistazo al piso de la mujer. Comprueba lo que le ha llamado la atención al entrar, que en la vivienda no hay nada más que lo justo para ir tirando. En el comedor una mesa, dos sillas, una butaca y un mueble con tres cajones sobre el que descansa un televisor pequeño y un teléfono rojo de los de marcado a dedo. En el dormitorio poco más, una cama individual presidida por una gran cruz sobre el cabezal y una cómoda oscura en la que la fallecida guardaba sus escasas pertenencias. Sobre la cómoda y bajo un pulverizador de perfume vacío, una libreta del banco en la que el último movimiento fue registrado a principios de mes. Eulalia Bermúdez retiró íntegra la pensión a principios de mes dejando el saldo restante en 90 euros. No hay otros ingresos en

los meses anteriores. Por lo que Escalona puede ver ojeando la libreta de ahorros esa era su forma de proceder habitual, sacar de una sola vez todo el dinero de que podía disponer y dejar lo justo para la luz y el agua.

Antes de continuar con el registro, el subinspector descuelga el auricular y el aparato permanece mudo. No hay línea. En los cajones superiores encuentra lo que es de esperar, múltiples radiografías acumuladas a lo largo de una vida razonablemente larga, un rosario de latón, peines, cajas con restos de medicinas, cuatro baratijas, pañuelos con las iniciales E.B. bordadas en un esquina, alguna postal, fotos de un par de críos y algunos papeles que no se detiene a leer. En el resto, la ropa que la muerta no llevaba puesta y un par de zapatillas de recambio exacta- mente iguales a las que calza todavía el cadáver. La celda de un convento resultaría lujosa comparada con el dormitorio de la mujer que acaba de morir.

En la habitación contigua no hay nada. Ni un mueble, ni un trasto viejo de los que uno no sabe dónde guardar, nada, ni un colgador, ni una silla. Nada. Está completamente vacía. En la cocina lo justo, una sartén pequeña y otra algo mayor, una cafetera, un par de cazos de aluminio y una olla en el armario. Tres o cuatro platos y tazas descansan en un escurridor junto al fregadero y un calendario del 2007, regalo de la entidad bancaria, pende de un clavo. Muy poco más. Una nevera pequeña y muy vieja, sin congelador, en la que Eulalia Bermúdez conservaba un par de manzanas, un bote de vidrio con un líquido amarillento y ligeramente espumoso que Escalona deduce que es caldo, un trozo de pollo, un vaso de leche y un envoltorio con dos lonchas de jamón de York. Sobre el mármol un salero grande, de los de cerámica y tapa de madera y un azucarero de acero inoxidable. Entre ambos, un rastro de azúcar o de sal que Escalona se detiene a comprobar por pura rutina policial llevándose un dedo a la boca. Con un gesto de disgusto verifica que es sal derramada, sal común.

Junto al fregadero un par de bolsas del supermercado que Escalona recuerda haber visto en la esquina. La mujer no ha tenido tiempo de colocar las cosas en su sitio. Escalona examina el contenido de las bolsas. ¡Hay en el piso desierto tan pocas cosas que examinar! En la primera, un cartón de leche, una pastilla de jabón y una botella de lejía. En la otra, una botella de aceite de girasol, cuatro patatas y en el fondo tres tomates, una pera y un kiwi. Quizás el peso excesivo de la compra haya provocado la

crisis. Ochenta y tantos, una dolencia cardiaca y tres pisos de altura... Probablemente...

El subinspector deja la compra sobre el mármol y echa un último vistazo a la cocina pequeña y lóbrega que comunica por un ventanuco con el patio de luces y con un tendedero completamente vacío. No hay lavadora ni pileta. Anota cuatro cosas en una libreta. No sabe ni por qué, quizás sea el procedimiento policial que acaba por crear sus propios hábitos y lo carga a uno de manías. Y es que ser policía no es un oficio, es una forma de vida. Todo hace pensar que no hay caso, sin embargo hay algo que... Tiene la sensación de haber observado algún detalle que no acaba de encajar, una nimiedad, probablemente.

Y no solo es la austeridad de la vivienda, eso ya lo ha visto otras veces. Es...

—Me alegro de verle, Escalona. Me gusta ver alguna cara conocida. Hace semanas que no trato con un veterano.

Es el juez Alcoberro el que se acerca al subinspector y le tiende la mano.

—Y yo a usted, juez. Dalmau ha estado aquí, a simple vista parece muerte natural, pero...

—No lo ve usted claro ¿verdad? —indaga el juez mientras se apoya sobre la mesa para rellenar un impreso que autorice a levantar el cadáver.

—No es eso, no.

—Si le parece, Escalona, esperamos a la autopsia. Dalmau es un borde, yo, personalmente, no puedo con él, no lo trago, pero hace las cosas bien. Lo sabe usted mejor que yo.

En el rellano Roger le presenta a la vecina.

—Esta es la señora que llamó, la señora Matilde Casado. Dice que la fallecida tiene dos hijos en alguna parte, pero no puede ayudarnos en su localización. El hijo mayor es abogado y quizás esté colegiado, en ese caso no nos costará dar con él. La hija se dedica a la decoración pero la señora Matilde no sabe exactamente a qué. Tengo los nombres. Si le parece me marcho y...

El subinspector asiente con la cabeza. El agente no necesita más indicaciones, tiene la cabeza en su sitio.

Roger se despide de la señora que se inclina levemente con cierta ceremonia, como en las películas. El mosso tiene buen trato y un porte inmejorable, la mujer le corresponde con una sonrisa merecedora de mejor causa.

—Ya sé que se lo ha explicado todo al agente y que no debe de tener usted ganas, pero si tiene usted un momento, ¿podría usted repetir cómo han ido las cosas?

—Sí, claro, no hay problema. Hasta dentro de una media hora, que se me presentan todos a comer...Yo soy peluquera, ¿sabe?, pero solo voy de tardes, el resto del día ando por aquí, a mis cosas —Matilde agita las manos en el aire con las palmas abiertas—. Verá, señor comisario, yo la llamé a media mañana, a eso de las diez y pico. El piso de la señora Eulalia no da a la calle y cuando ella me lo dice yo le pido el butano. Me avisó ayer de que necesitaba una bombona para la cocina y hoy, cuando el camión ha pasado, le he dicho al chico que subiera una y la he llamado para que pudiera entrarla y llevarse la bombona vacía. Ella no puede hacerlo, no está para esos trotes. Bueno, quiero decir que no podía, que no tenía fuerzas para...

La vecina acaba de recordar que Eulalia Bermúdez no podrá en el futuro ni llevarse una taza a los labios.

—No se preocupe, siga, por favor.

—Mire, señor comisario, es que si no les das la bombona vacía se la vuelven a llevar y con lo que cuesta que suban hasta aquí... Pero no me ha contestado y he pensado que igual había bajado a la calle. Cuando el chico ha llegado al rellano he vuelto a llamar, pero nada. Le he tenido que dar una de las mías, siempre tengo dos, una llena y una vacía, porque a veces tardan días en venir y en invierno no te puedes arriesgar. Y así ha quedado la cosa hasta que he vuelto a llamar al cabo de un rato porque no estaba tranquila. Y tampoco me ha abierto. La he llamado por teléfono por si estaba mal y no podía llegar hasta la puerta, pero debe de tenerlo estropeado porque... Bueno, señor comisario, que no me contestó. Y ¿qué va una a pensar? Pues, lo peor. Una mujer que no se mueve de su casa y que cuando sale está de vuelta enseguida...

La vecina se interrumpe para tomar aire antes de volver a sumergirse en la acelerada explicación de los hechos.

—A eso de las doce, he vuelto a insistir. Piense que cuando baja a comprar, con lo mala que está y lo poco que come, acaba en diez minutos. A veces iba a misa los sábados por la tarde, ella era muy de misa, pero últimamente había dejado de ir, se cansaba demasiado. Por eso me preocupé y pensé que era mejor llamarles a ustedes. Yo no podía hacer mucho más. Y como están ustedes a dos pasos...

—Hizo usted bien, no se preocupe. ¿Sabe si la señora Eulalia había empeorado recientemente?

—Siempre estaba mal, se cansaba mucho, no podía con su alma. Empeorar, empeorar... No sé si había empeorado. Bajar la escalera era un suplicio y subirla ya ni le cuento. Además era tozuda como una mula, señor comisario. Una mujer así, con dinero, puede pagar a alguien que le eche una mano. No digo yo todo el día, pero unas horas, sí. La compra, la limpieza, las recetas del ambulatorio... ¿Qué sé yo? ¿Para qué quiere el dinero una mujer que no sale de su casa?

—Dice usted que tenía dinero... —inquiere el subinspector, que ha desistido ya de corregir su tratamiento.

A juzgar por lo que acaba de ver en el piso, la vida de la fallecida, no parecía muy holgada.

—Sí señor, dinero, como lo oye. Además de la pensión de viudedad, que eso si que no era nada del otro jueves, cada hijo le pasaba 500 euros al mes. Piense que la pensión no le llegaba para mucho. Su marido murió hace mucho tiempo, era transportista, un autónomo. Con la pensión que le quedó no hubiera podido ni vivir. Imagínese lo que cobraba. Pero si una tiene dos hijos bien colocados y le pasan mil euros, eso ya es otra cosa... No sé si me entiende.

Escalona asiente con un gesto, la entiende a la perfección.

—Una mujer que come como un pájaro, que no gasta la ropa, que no sale, que no tiene aficiones, que a la peluquería no iba nunca... Ya me dirá si no podía pa- garle a alguien un par de horas.

—Dice usted que no tiene ni idea de dónde paran sus hijos.

—Esa es otra, señor comisario —contesta Matilde golpeándose el muslo con una mano para añadir—. Eso es lo que ella decía, vamos me lo decía a mí, porque hablar no hablaba con nadie. Piense que en esta escalera solo quedamos nosotras, bueno, yo, ahora solo quedo yo y mi familia de los que vivimos aquí desde hace años. Ahora hay chinos en el primer piso y en la puerta de enfrente un taller de tatuajes. Y en el segundo primera diez o doce personas que no sé ni de donde son, entenderlas no las entiendo, aunque no se meten con nadie, eso sí que no, por el momento. Bien, a lo que iba, solo hablaba conmigo y me explicaba que sus hijos venían a principios de mes y que le traían los quinientos euros. Yo, la verdad sea dicha, no los vi nunca. Nunca.

La mujer es taxativa en ese aspecto, es un nunca definitivo, sin resquicios.

—Me había enseñado alguna foto de hace muchos años, eso sí. Dos chicos no muy guapos que se llevaban muy poco tiempo. Hijos seguro que tenía, pero yo no por aquí no los he visto. Y piense que, quitados los del segundo, conozco a todo el que entra y sale del edificio. La señora Eulalia decía que estaban bien colocados, que tenían de todo y que se desvivían por ella, pero yo por aquí no los he visto. Yo siempre pensé que de haber sido así los habría visto en algún momento, pero ese no era asunto mío. A mí no me gusta meterme en la vida de los demás.

Y, a pesar de que sus palabras se desmienten a sí mismas, Matilde Casado continúa en parecidos términos.

—El dinero igual no le faltaba, que eso yo no lo sé, pero lo de que se llevaba bien con sus hijos... Eso es harina de otro costal. No la invitaban nunca, ella no iba a comer a sus casas, no se movía de aquí. Digo yo que no la querrían tanto. Piense que ella era muy de misa, muy... No sé, muy estricta con sus cosas, muy reservada, muy suya... No sé cómo decirlo. Fíjese que, en los años que llevamos aquí, nunca he puesto el pie en su casa. No he pasado de la puerta. Es que era muy rara, muy devota, muy... No sé cómo decirlo, era una persona que no daba confianza ninguna, como si no necesitase a nadie. Una de esas mujeres que tiene cara de planchar los calcetines, ¿sabe? No sé si me explico.

Se explica a la perfección y Escalona no pregunta nada más, prefiere no destripar una familia si puede evitarlo. Lo ha hecho tantas veces y con resultados tan terribles que se inclina por no seguir indagando. Rarezas las tenemos todos y las familias mal avenidas son legión. Ya habrá tiempo, si es que hay caso.

—¿Se sabe cómo ha sido? —pregunta la vecina con cierta inquietud en sus gestos.

—Por el momento no puedo decirle nada. Ahora vendrán a recoger el cadáver y dentro de unos días sabremos algo más.

—Pobre mujer —añade Matilde después de que el subinspector le haya estrechado la mano y le haya agradecido de nuevo su colaboración—. Pobre mujer, morir así, tan sola.

Mientras baja la escalera, Escalona oye la puerta de la vecina cerrarse a sus espaldas. En el primero primera comprueba, por un cartón enganchado a la puerta, la existencia de un taller de tatuajes llamado Fashion Tatoo y, con toda probabilidad, ilegal. En la calle sopla un aire frío, por fin el frío que cabía esperar y que no acababa de llegar. Un frío en serio, con pies y cabeza. El policía se cruza el abrigo con cierta sensación de alivio. Frente al portal, en una furgoneta pequeña de color rojo algo desastrada y con muchos kilómetros en sus ejes, alguien ha enganchado un aviso que el subinspector no acierta a interpretar:

Este vehículo no tiene varilla del aceite, ya la han robado

¿Para qué querrá alguien una varilla del aceite?

Todavía le da vueltas al asunto cuando, con las manos en los bolsillos, entra en el súper en el que la muerta realizó su última compra.

—Hola, ¿tienen personal de reparto?

La cajera, una rubia de ficción con un escote en caída libre y una falda mínima, asiente mientras devuelve el cambio a un chico negro de casi dos metros que son- ríe de oreja a oreja, y que tampoco parece sentir frío. El chico tiene los dientes perfectos y blanquísimos, como los pechos a la vista de la empleada.

—Sí, creo que anda por allí, en el fondo, donde la fruta.

¡Eloy...!

—No se preocupe, ya lo busco yo —la desanima Escalona mientras se maravilla todavía de que la aguda voz de la muchacha supere con creces la magnitud de su escote.

Se dirige hacia el lugar que la chica le acaba de indicar. Antes de llegar observa que el muchacho que está llenando una bolsa de plástico con el emblema del local no es otro que el joven que protagonizó el desgraciado incidente con Helena Moon. El chaval no advierte su presencia y continúa con su trabajo, procede con rigor, sin prisas, ordenando las cosas en el interior como si el tiempo no corriera.

—Hola, Eloy.

El chico, azorado, no acierta a contestar, aunque es evidente que ha reconocido a Escalona.

—No te preocupes, no he venido para hablar del bolso. Quiero hacerte una pregunta. ¿Has subido la compra a la señora Eulalia? Vive en aquel portal —le indica, señalando la entrada del edificio que ambos pueden ver a través del ventanal del súper.

—¿La señora Eulalia Bermúdez, dice usted? —inquiere el chico, que ha soltado la bolsa como si se tratara de una prueba incriminatoria, incapaz de seguir con lo que hacía. Por su cara de espanto se diría que espera ver aparecer a Helena Moon de un momento a otro.

—Sí, la misma.

—No, hoy no. A veces le he subido alguna cosa, pero hoy no.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor. Hoy solo he estado en cinco casas y ninguna era la de la señora Eulalia. Si quiere puedo enseñarle los resguardos.

—No, no hará falta. Gracias por tu ayuda. No te molestaré más.

Escalona se dirige ahora a la pimpante cajera que, desaparecido el joven sonriente y mano sobre mano, no le ha quitado ojo.

—¿Recuerdas si ha venido hoy la señora Eulalia?

—Así por el nombre...

—Una señora muy mayor que vive en aquel portal —Escalona señala la portería aludida.

—¿La de la cruz? —pregunta la chica al recordar a la mujer con la satisfacción que hubiera experimentado al recordar el río más largo del mundo o el mamífero más rápido de la creación. —Sí, la de la cruz.

—No, señor, hoy no ha venido.

—¿Estás segura, Lorena?—insiste el subinspector, que acaba de leer el nombre de la cajera sobre una tarjetita que cuelga de su ropa.

—Completamente segura. Tengo mucha memoria, y si le digo que no ha venido es que no ha venido—responde la chica con un mohín de contrariedad.

—Gracias, has sido muy amable.

Lorena responde con un leve quiebro de su escote que Escalona intenta ignorar sin conseguirlo. Es humillante, pero es así, durante unos instantes su mirada ha permanecido prendida de los pechos de la chica que se limita a hacer explotar ruidosamente un globo de chicle.

Cuando sale del súper cree oír la risa de la cajera que llega hasta la calle.

Desde el despacho al que Escalona ha sido conducido no se puede ver el mar. Es lo primero que ha hecho al entrar, comprobar si a través de la ventana se divisaba la playa.

—La doctora Boisgontier no tardará en llegar, a esta hora acostumbra a estar aquí, empieza a visitar a las cuatro treinta —le indica una enfermera que le invita a sentarse en el lugar destinado a los pacientes.

El subinspector hubiera preferido hablar con ella en la cafetería o en una sala cualquiera, pero hay cosas que un policía no puede manejar. De hecho, y a la luz inmisericorde de los hechos, cada vez con más frecuencia Escalona se pregunta si realmente hay algo que un policía pueda controlar. Sobre la mesa un par de bolígrafos, un bloc de notas y un fonendoscopio. No hay fotografías, ni diplomas médicos colgados de la pared, ni una triste planta. Y lo de triste no es un decir, siempre le han provocado cierta compasión las plantas que crecen junto a la pan- talla de un ordenador o bajo el tubo fluorescente de un despacho inhóspito como el de Cecilia

Boisgontier.

—Me han dicho que quiere usted hablar conmigo.

La voz, a sus espaldas, le ha sorprendido. La doctora se acerca a la mesa, deja el bolso en una repisa junto a la ventana y le ofrece la mano, que encaja con una determinación poco frecuente.

—Soy el subinspector Escalona de los mossos d'esquadra.

Después de tan sucinta presentación, Cecilia Boisgontier se acerca a un colgador y coge una bata blanca con su nombre bordado sobre el corazón en letras azules. Por sus movimientos un observador pensaría que está sola, completamente sola. Cuando toma asiento frente a él, la doctora Boisgontier le interpela.

—¿Se encuentra usted mal? ¿Problemas para respirar?

Tiene los mismos ojos azules que Escalona ha visto horas antes en el rostro de su madre, pero los suyos son verdaderamente azules, azules e intensos como la llama del gas. El cabello, que peina muy corto, fue muy oscuro y ahora es veteado, casi gris. Sus pómulos son altos, sus cejas todavía negras y bien arqueadas y sus labios tan finos que casi desaparecen del rostro mientras aguarda la respuesta del subinspector. No hay en su rostro ni la más mínima sombra de maquillaje. Tampoco hay joyas en sus dedos ni en torno a su cuello. No parece necesitar más adornos que sus propios ojos, sus manos de dedos largos y, con toda probabilidad, una inteligencia afilada como hoja de navaja. Tampoco aprecia rastro alguno de simpatía hacia él. En todo ello repara Escalona en cuestión de unas décimas de segundo.

—No, no, no se trata de eso. Es algo diferente, delicado.

Escalona piensa durante unos instantes que ambos tienen la misma edad, que se acercan a la cincuentena y que desearía haber madurado con la dignidad con que lo ha hecho la mujer que tiene delante.

—Usted dirá —responde la doctora con un punto de hostilidad en la voz que avisa al policía de que la conversación no va a ser fácil.

El subinspector le explica cuanto ha podido saber sobre la muerte de su hermano Alberto. En el último momento elude

hablarle de Garrido, considera del todo innecesario complicar más las cosas.

—¿Han reabierto el caso? —pregunta la doctora, que permanece con las manos cruzadas sobre la mesa y el rostro inescrutable de una esfinge.

—No exactamente.

—¿Y qué es lo que han hecho exactamente, si se me permite preguntarlo? —inquiere con sarcasmo—. ¿Y qué es lo que hace usted aquí exactamente? ¿A qué viene un interés tan repentino?

La mujer, de facciones delicadas y mirada láser, no está dispuesta a mostrar una simpatía que no siente.

—Verá, se trata de un interés podríamos llamarlo... particular. Me interesan este tipo de casos y sé por un amigo que el caso no se cerró, que quedaron aspectos que no...

—Su amigo no le ha informado bien, subinspector. No es que quedara abierto, es que no hubo caso.

—Yo quisiera hacerle unas preguntas, indagar algo más. No voy a prometerle nada, no estoy en condiciones de hacerlo, pero si no tiene inconveniente...

La presencia de la mujer, aparentemente serena, a pocos palmos, con los dedos entrelazados y el gesto ligeramente acalambrado que delata una tensión desmedida, le desconcierta, le intimida. Escalona detesta este tipo de situaciones, saberse en falso, ocultar la información, esconder un propósito, jugar a varias bandas... No está hecho para dobles juegos. No sabe mentir. Y mentir es, así se lo enseñaron, no decir cuanto se sabe. La doctora Boisgontier ni por un momento ha apartado la mirada de sus ojos, como si mediante una espada virtual y luminosa pudiera penetrarlos, hundirle el cráneo y buscar entre sus meninges las palabras no pronunciadas. No responde, se limita a esperar y a permanecer completamente inmóvil, casi petrificada.

—Respecto a la muerte de su hermano, ¿recuerda alguna cosa que pueda ayudarnos? —es consciente de que se refiere a él y a Teresa, la única persona en el mundo que sabe de qué va el asunto —. Algo que dijeran sus amigos, algo que no le preguntaran,

cualquier cosa que pudo escuchar...

—Disculpe, subinspector —ataja la doctora Boisgontier—, permítame que le corrija: a mí nadie me preguntó nada, ni entonces ni después, y a mi madre, poco más o menos. Y no, no tengo mucho más que decirle. Los amigos de Alberto no se dirigían a una cría de dieciséis años, ellos eran otra cosa, tenían una misión. Cada cual tenía la suya, la de mi hermano era doble, salvar el mundo y hacerse matar. No necesariamente por ese orden.

—¿Sabe usted que le detuvieron unos días antes de su muerte, el 14 de noviembre? —insiste Escalona a pesar de la escasa predisposición de la doctora. Peor sería retirarse con las manos vacías.

—Lo sé, claro que lo sé. Y ¿sabe usted una cosa? Todavía ignoro por qué lo hicieron. Apenas hubo preguntas. No querían saber nada. Ni sobre la organización, ni sobre lo que hacían o dejaban de hacer. No les importaba.

—Si no le preguntaron no entiendo qué es lo que pasó en comisaría. ¿Alberto le explicó alguna cosa?

—Sí, me lo explicaba casi todo. También me explicó lo que ocurrió durante su detención. Así era él, un héroe a su manera, un héroe nada discreto con ganas de impresionar a una cría que miraba por sus ojos. Alberto era casi un hombre, así lo veía él, yo no estoy tan segura. Un hombre de ideas y dispuesto a todo. De lo que paso aquel día ya tendrá usted una idea... Pero si quiere los detalles...

Escalona asiente.

—Primero lo llevaron a la comisaría de la Via Laietana, le hicieron cuatro prEguntas: edad, domicilio, esas cosas... Más tarde uno de los que le detuvieron se encerró con él en un despacho y, después de pegarle golpes y patadas por todo el cuerpo, le amenazó con tirarlo por la ventana. Otros habían caído antes, ya lo sabrá usted. Pero no lo hizo. Salió y volvió a entrar al cabo de un rato. A empujones lo llevó abajo, a una celda individual, y le ordenó que se desnudase. Era un sitio húmedo y muy frío. Alberto me explicó que no dejó de temblar en ningún momento. Y allí se quedó, completamente desnudo, arrimado a una pared, hasta que lo soltaron dos días más tarde sin que nadie le diera de comer. Pasó

las horas des- nudo y solo, arrimado a una pared. De vez en cuando el policía de la Brigada Social que le había amenazado con tirarlo por la ventana, entraba y volvía a sacudirle. Le pegó por todo el cuerpo, en las piernas, en las costillas, en la cara, en las ingles... O lo sacaba de allí a rastras y le daba una sesión de bañera de las que no se olvidan. Ya habrá oído hablar... Se ensañó con él, se empleó a fondo. Preguntas muy pocas, eso es lo que me dijo Alberto, preguntas, pocas. Insultos, golpes, humillaciones... todas las que usted quiera. No le devolvieron la ropa hasta pasadas casi cuarenta y ocho horas, poco antes de ponerlo en la calle. Alberto pensó que no sal- dría de allí, pero ya ve...

—Si no me han informado mal, su hermano tenía relaciones con una chica, una chica de una familia poderosa, probablemente una familia adicta al régimen. Según he podido saber la chica se llamaba Natalia, pero desconozco su apellido. Quisiera poder hablar con ella.

— Perdone si no he acabado de entender, pero ¿qué gano yo con todo esto? El caso sigue cerrado, no parece estar usted acreditado para...

—Ya le he dicho que no puedo comprometerme a nada, pero si alcanzo alguna conclusión procuraré tenerla informada. Eso es todo lo que puedo decirle.

La doctora continúa evaluando sus palabras, sus gestos, su actitud ciertamente ambigua. Lo hace en silencio, los ojos entornados, los labios invisibles, como si meditase.

—No creo que su apellido pueda decirle mucho, la chica se llamaba Natalia López. Va a necesitar usted mucho empeño para dar con ella, mucho empeño y alguna neurona que otra —las palabras de la doctora suenan a desafío, a guante arrojado al rostro tenso del policía—. Si la localiza hágamelo saber, empezaré a creer que sirven ustedes para algo.

—De acuerdo. Dice usted que se llamaba Natalia López, ¿sabe algo más que me pueda ser útil?

—No, no sé nada más, pero no creo que Natalia pueda ayudarle, era poco más que una cría. Yo, si fuera usted, hablaría con Tarkovski.

—¿Tarkovski? ¿Quién es Tarkovski?

—El policía es usted —responde la doctora y de nuevo sus palabras adquieren la dimensión de un reto—. Si da con ellos y demuestra tener interés y oficio, quizás recupere la memoria...

Sus palabras suenan a reto, a prueba por superar.

—Está bien. Pero si tiene usted algún momento de lucidez que me pueda ser útil, pregunte por mí, me encontrará en Nou de la Rambla.

—Descuide—dice, por decir algo hiriente.

La mujer no se levanta cuando Escalona se pone en pie para marcharse. No pretende ser cortés, no con un policía.

Antes de abandonar el despacho el subinspector oye la voz de Cecilia Boisgontier. Es como una patada en la espalda.

—Suerte. Y vigile a sus amigos, no son de fiar.

Cuando Escalona se acerca a su casa, la noche se apresura ya sobre la ciudad. Casi sin tregua, en unos instantes, las calles oscurecen, los paseantes escasean y se encienden al unísono las luces que iluminan las calles. Es un buen momento, uno de los mejores. Escalona, siempre ha sentido predilección por esa hora de nadie, esa hora entre dos luces, la hora de las sombras largas que discurre a caballo entre el día y la noche. El crepúsculo, de dioses o de mendigos, le incita siempre a mirar al cielo, a comprobar que el firmamento sigue allí, amoratándose y poblándose de sombras. Siempre ha sido así, un hombre de muchas y muy pequeñas pasiones.

Escalona no se da cuenta, pero sonríe mientras busca en el bolsillo y da con la llave que abre su portal. Sonríe como si experimentara una felicidad insólita, particular e íntima, sonríe como si el mundo entero fuera justo y armonioso, le sonríe al vacío como si estuviera completamente loco. Se demora unos instantes junto a los buzones, se resiste a renunciar al momento y se deja encandilar por un cielo repleto ya de cardenales. No se da cuenta de que Teresa, cargada con un par de bolsas de plástico, aporrea la puerta de cristal intentando llamar su atención.

—Perdona, no te he visto —se excusa cuando, de regreso al mundo real, le franquea el paso.

—No hace falta que lo jures, estabas pasmado. ¿Qué mirabas? ¿Has visto un ovni? —en la voz de Teresa siempre merodea el sarcasmo. Es una de las cosas que le gustan de ella, una de las muchas cosas sin las que ya no conseguiría vivir.

—No, nada, cosas mías. Dame —dice mientras coge las bolsas de entre los dedos doloridos de Teresa.

—A sus órdenes, subinspector. ¿O debería llamarle Napoleón?

—Va, Teresa, no te rías de mí —implora.

En el ascensor Teresa le planta un beso en los labios y Escalona, a falta de más sólidas certezas, le agradece íntimamente al crepúsculo la fortuna que le ha sido concedida.

Teresa se pierde inmediatamente en la habitación, es su costumbre. Quizás tarde en salir, le gusta estar a solas. Escalona se encamina a la cocina, pretende dejar las bolsas y guardar su contenido. Vacía una de ellas y guarda, un poco al azar, el limpiacristales, la leche y una botella de vino. De la segunda saca unos plátanos, unos tomates en rama y del fondo una red con patatas de piel clara.

Con los plátanos suspendidos en el aire el subinspector duda durante unas décimas de segundo. Recuerda perfectamente que debe colocarlos sobre el frutero que preside la mesa de la cocina, pero acaba de entender algo, algo que quizás sea relevante.

—Los plátanos siempre arriba, como los tomates, o las peras —le indicaba su madre, o su abuela, o ambas, cuando le encomendaban una labor de responsabilidad como era bajar a la frutería del señor Amadeo con una lista en la que estaban precisadas con todo rigor las cantidades, las texturas y los grados de maduración—. Los plátanos siempre arriba, acuérdate, Santiago, que no quiero tener que tirarlos —le repetían antes de confiarle unas monedas con la solemnidad del que envía al primogénito a las Termópilas.

Como si en todo el tiempo que abarca su memoria en su casa familiar alguien se hubiera desprendido alguna vez de algo

comestible. Eran otros tiempos, tiempos de andar siempre demasiado justos y de penar para llegar a fin de mes. Ya lo decía Garrido, eran otros tiempos, y peores.

Los plátanos, como los tomates, las peras o los kiwis, siempre arriba. Es un detalle, una apreciación menor, algo que no advirtió cuando visitó el piso de la mujer muerta, pero algo que la señora Eulalia debía de saber a la perfección. A juzgar por la casa desolada en la que vivía, tampoco ella podía permitirse jugar con la comida.

Mientras coloca los plátanos en el frutero y los tomates en la nevera, Escalona no deja de darle vueltas a la cabeza. Quizás el caso no esté cerrado, quizás deba buscar a la persona, probablemente un hombre, que subió la compra hasta el piso de Eulalia Bermúdez.

6

Martes, 16 de enero

—Jefe, las cosas estaban tal y como usted dijo. Los tomates, la pera y el kiwi maduro en el fondo. Pero no sabe usted lo mejor. No se lo va a creer.

Guerao acaba de entrar en el despacho. Viste tejanos y camisa de manga corta de esas que los jóvenes llevan ni dentro ni fuera del pantalón. Lo de la manga corta es intemporal, Guerao no siente el frío, ni el calor. Tanto le da si llueve, truena o hace un sol que funde las farolas. Tiene un aire casual, como si no tuviera nada mejor que hacer que dejarse caer en el despacho de subinspector, y en los ojos oscuros el brillo especial de los días que tienden a animarse. Por la sombra de barba en su mentón, Escalona se percata de que el agente está intentando dejar crecer una perilla. Trae la cara de satisfacción que se le pone cuando cree haber descubierto algo. La cara que en días tranquilos como el presente bien puede significar habemus caso.

—Inténtalo, Guerao, no pierdes nada —sugiere Escalona, al que la sangre se le acelera en las venas ante la perspectiva de una investigación real y en curso.

Guerao no se sienta, no lo hace nunca si puede evitarlo.

—Mire lo que he encontrado bajo el cartón de leche —el agente sostiene entre sus dedos un papelito que le entrega a Escalona para que le eche un vistazo. Es el ticket de compra—. ¿Adivina lo que compró la vieja?

Y sin esperar respuesta, continúa para bingo.

— Una caja de condones.

—Pero en las bolsas no había ninguna caja de preservativos... —observa el subinspector, que no consigue dar crédito y con el temor de haber pasado por alto algo así.

—Ni rastro, jefe. Y lo que es más raro, ¿para qué iba a querer una mujer de su edad una caja de condones? Por los embarazos no sería.

El subinspector calla. No entiende nada. Una caja de preservativos no es lo que acostumbra a comprar una mujer de casi ochenta años que padece del corazón.

—Igual la señora tenía sus vicios, aunque... ¿Ha visto usted qué casa, jefe? Eso no es una casa, es la celda de un monasterio. Peor, mucho peor, hay celdas más cómodas que aquella casa. Y,

desde luego, más calientes.

Escalona asiente, aunque no ha prestado mucha atención. En el ticket que tiene ante los ojos figura la hora en que se efectuó la compra, las 9'53, y la persona que realizó el cobro, Lorena, la cajera de los pechos imponentes y la voz de soprano sin estudios. Tendrá que volver a verla, a ella y a su escote inconmensurable.

Podría enviar a Guerao, pero hay cosas que prefiere hacer personalmente.

La evidencia de que alguien pudiera haber entrado en el piso, poco antes o poco después de la muerte de la mujer, es razón más que suficiente para urgir al forense. Una charla con Dalmau no es plato de gusto y jamás en la vida molestaría al forense de no ser absolutamente necesario, pero sabe que si no reclama el in- forme el estudio del cadáver puede demorarse varios días y él no puede esperar tanto tiempo. Necesita los resultados de la autopsia a la mayor brevedad. El precio, alguna humillación manifiesta, una ofensa más o menos directa y la odiosa sensación de estar en deuda con un personaje intratable.

—No, Escalona, no, no he empezado todavía con la señora, la tengo aquí mismo, enterita, pero si tiene usted tanta prisa no se prive, yo le dejo cuatro cosas y...

Por el chasquear intermitente que se enreda con su voz, el subinspector entiende que Dalmau está mascando alguna cosa que se rompe entre sus dientes, probablemente un caramelo, quizás la cucharilla de plástico del último café.

—Si lo prefiere acaba usted de cerrar al joven que tengo entre manos y yo me pongo con...

—Dalmau, escúcheme, solo quiero saber cuándo cree usted que podrá... Tenemos nuevos datos y la autopsia puede ser determinante, por eso...

—Ustedes, los polis, son todos iguales, cuándo, cómo, quién... ¿No se cansan nunca? —le interrumpe Dalmau a bocajarro. Parece haber estado esperando el momento de iniciar su filípica—. ¿Qué les dan para que siempre se crean los amos del mundo?

Escalona calla, es la mejor táctica, y si no es la mejor es la única que se le ocurre. Todos tenemos nuestras limitaciones. El

forense le desespera, es capaz de sacarlo de sus casillas, de hacer que abandone un estoicismo que en comisaría empieza ya a ser leyenda. Escalona es solemne, reservado, casi hermético, y nunca pierde la paciencia. Nunca. Esas son sus credenciales. Pero el subinspector sabe, experiencia obliga, que no sirve de nada insistir y que resulta contraproducente interrumpir su perorata. Además, por si lo dicho fuera poco, ha comprobado en muchas ocasiones que hablar no retrasa el trabajo del forense. Dalmau es capaz de sajar, cercenar, coser y cantar si se le pasa por la cabeza mientras con el hombro sostiene el teléfono y con el pie ensaya patadas a un balón imaginario. Puede mantener la atención en diez sitios a la vez y no perder de vista ninguno de ellos.

Teresa afirma, con esa ironía que no aparca nunca, que esa es su mejor parte, la única buena, su parte femenina.

—Escalona, ¿sigue usted ahí?—pregunta el patólogo con un chasquido que, línea telefónica a través, parece un molar roto por mil partes.

—Desde luego.

—Mire, porque es usted y no es de los que acostumbran a tocar los cojones. No sé si me entiende. Intentaré ponerme esta tarde, pero no prometo nada. ¡Ah! Y el informe no lo tendrá usted hasta última hora o mañana por la mañana.

—Gracias, Dalmau. ¿Podrá hacer que me lo envíen por fax?

—Mire, no es por desanimarle, pero será mejor que mande a alguien. Para mi auxiliar el fax es como un acelerador de partículas, se niega a utilizarlo por si emite radiaciones. No me pregunte más, y no me haga hablar que luego digo lo que no quiero decir, pero el día que le hagan la autopsia...

—Gracias, Dalmau.

—No se merecen.

Escalona cuelga el auricular con un suspiro de alivio. Es hombre parco en palabras y hay conversaciones que se le atraviesan. No consigue quitarse de la cabeza el hecho de que alguien estuvo en casa de Eulalia Bermúdez aquella mañana, alguien que subió la compra hasta su piso, alguien que quizás tuvo

algo que ver con su muerte. Alguien que...

Como la cajera está ocupada, Escalona aprovecha para localizar el expositor de los preservativos que está junto a la caja. Solo hay uno de los paquetes que cueste 4'65€, la variedad Tutifrutti, un nombre que al subinspector siempre le ha sonado a helado, o a yogur.

—¿Podrías decirme quien se llevó ayer, a eso de las diez de la mañana una caja de preservativos como esta? Es importante —subraya.

La chica lo mira con el gesto algo torcido, desconfía de él aunque no le molesta ser objeto de su atención. El policía le tiende el comprobante de la compra y la chica da un vistazo mientras continúa trabajándose un chicle que huele a natillas, aroma que a Escalona se le antoja algo anacrónico para un trozo de goma de mascar. El escote nada tiene que envidiar al que Escalona vislumbrara el día anterior. Entre los pechos generosos de la chica baila hoy una cruz de Caravaca, una cruz sin valor a juzgar por el intenso brillo del metal, una de esas cruces en los que algunos depositan la esperanza de vivir días más halagüeños.

—¿Te fijaste en quién los compró?

—Claro que me fijé, eso se recuerda —dice la chica con cierta picardía, está acostumbrada a la esgrima verbal—. ¿O no se acuerda usted de esas cosas? Además, el Tutifrutti no es de los que más salen, la gente prefiere la menta o la fresa ácida.

—¿Lo conoces?

—¿A ese pardillo que se los llevó?

Escalona asiente. Hay preguntas tan obvias que no merecen aclaración.

—Claro que lo conozco, viene muchas veces. Y cada día me mira como si no hubiera visto nunca un par de tetas —responde verificando su propio escote con una mirada al vuelo.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—En eso no voy a poder ayudarlo. No tengo ni idea —responde con un mohín digno de mejor causa—. Ya le he dicho que es un pringao.

Cuando el subinspector llega cinco minutos después a Nou de la Rambla lo primero que hace es buscar a Guerao. Lo encuentra atravesando un pasillo al trote. Escalona sabe que no tiene prisa ninguna, pero eso no importa, Guerao no conjuga el verbo caminar. Quizás no sirva de nada emplear a uno de sus hombres en seguir una pista si por el momento no hay crimen. Sin tener el informe de la autopsia es prematuro iniciar una investigación, pero quién sabe. Además, Guerao no es hombre de calentar sillas.

—Tengo algo para ti. Te vas al supermercado ese y buscas a Lorena, que te haga una descripción. Te plantas allí las horas que haga falta y no te mueves hasta que aparezca el que compró los preservativos. La chica me ha asegurado que lo re- cuerda perfectamente. Si vuelve te indicará quién es.

—Pero, jefe... —rezonga el agente.

Guerao elude los plantones siempre que puede, por la inmovilidad que comportan. Cuando vea las escuetas dimensiones del súper, Escalona supone que se va a subir por las paredes.

—¿Y si no aparece? ¿Hasta cuándo tengo que quedarme? —pregunta Guerao.

—No te quejes, Guerao, ya me lo agradecerás —zanja Escalona cerrando tras de sí la puerta de su despacho y eliminando por la vía del portazo en las narices cualquier conato de protesta.

Ya me lo agradecerá, piensa mientras con una sonrisa evoca el escote de la cajera, orgullosa poseedora de un cuerpo de reverencia. Así los llamaba su padre, cuerpos de reverencia, cuando se giraba discretamente para repasar con la vista unas piernas, unas caderas o la curva de unos labios.

Si el tiempo y los asuntos criminales se lo permiten, Escalona prefiere atravesar la ciudad a pie. No le importa la distancia ni el hecho de que, estando la comisaría en el Raval, a nivel del mar, cualquier trayecto es cuesta arriba, una cuesta suave, sin grandes repechos ni pendientes rigurosas. Hasta la comisaría de la calle Balmes puede tardar casi una hora, o más, pero ha decidido que se

detendrá a medio camino para comer, como aquel que se avitualla a media etapa. Es un buen día para andar, la brisa parece bajar de Collserola y barrer la ciudad en dirección al mar. Viento en la proa, como le ha oído decir alguna vez a Guerín, el relamido abogado cargado de dinero y de contactos con el que todavía conserva algún trato, para referirse al viento en los morros. Viento en la proa, ¡hay que joderse!, piensa y sonríe sin darse cuenta mientras camina Rambla del Raval arriba.

Como no es de natural exigente, el subinspector se detiene frente a un restaurante en el que ha comido alguna vez y cuyo recuerdo no es malo. El local se llama Al Capone, y no se le antoja mal sitio para un poli. Mientras espera un plato de macarrones y una cerveza, ojea el periódico del día. Encuentra una nota breve referida a la muerte de Eulalia Bermúdez a la que se identifica por sus iniciales, E.B. En principio, y por fortuna, no hay más datos, tampoco alusiones a terceros implicados en el fallecimiento. Las previsiones relacionadas con el cambio climático ocupan varias páginas, los vaticinios de los expertos no podrían ser más nefastos. En el televisor las imágenes muestran grandes icebergs errabundos cuyas dimensiones han disminuido perceptiblemente durante los últimos años.

Los macarrones, escasos de queso y de carne, le saben a bien poco. Por fortuna el bistec con guarnición consolida las posiciones de su estómago y le restituye las calorías perdidas. Un café, casi sin azúcar, remata una comida que olvidará en cuanto ponga el pie en la calle. Lo que quizás retenga durante unos días, probablemente tarde en olvidarlo algunos meses, es lo que acaba de leer en la puerta del retrete.

En tinta roja, letra irregular y rotulador muy grueso el vaticinio:

Jesús regresará pronto

Algo más abajo y con toda seguridad a punta de navaja:

Don’t worry. Lo volveremos a matar

Quizás no tenga mucha gracia, probablemente ninguna, pero Escalona todavía sonríe sin querer, como uno de esos personajes medio chiflados que hablan y ríen solos con los que se ha cruzado tantas veces, cuando distingue a Teresa plantada en la esquina de

la comisaría de la calle Balmes. Teresa le sale al encuentro y le planta un beso en la mejilla. Escalona se revuelve ligeramente. No es hombre de grandes efusiones y la calle todavía le incomoda. No es el poco tiempo transcurrido, sino él, su maldita timidez, su condenada asignatura pendiente. Teresa lo sabe y se apodera de la situación y le da la vuelta como a un calcetín, como solo saben hacerlo las mujeres, por lo menos todas aquellas con las que Escalona ha tenido algún trato. Teresa está muy guapa sin el maldito uniforme, pero no lo dice. Le brillan los ojos y a la mínima se le comban los labios en una sonrisa, piensa mientras le acaricia fugazmente la mano y agradece interiormente su compañía a las fuerzas que mueven el universo. Verla feliz le eleva el ánimo y la autoestima y le procura una buena razón para existir.

—Asun nos está esperando. Ha acabado hace media hora, pero no le importa quedarse un rato más. Y no te preocupes por ella, Santiago, es de confianza.

La mujer que les sale al paso tiene unos cincuenta y muchos y es muy bajita, achaparrada y como desarrollada a lo ancho. Viste de rojo de los pies a la cabeza y taconea con decisión comisaría a través. No necesita estrellas, ni galones, y estaría de más cualquier uniforme. También son rojos sus labios y sus uñas muy largas, de un rojo escarlata en el que queda prendida la mirada. Por su andar poderoso, si le dieran capote y montera podría brindar al sol.

La mujer le tiende la mano con desparpajo y le espeta:

—¿Así que es usted el subinspector Escalona?

El aludido asiente. Asun lo mira de arriba abajo apreciativamente, sin pudor, como si fuera a ponerle precio antes de venderlo al mejor postor. El subinspector siente ganas de mostrarle sus dientes sin demasiada tara y sus pantorrillas vigorosas de tanto andar. Teresa ríe con arrebato, está preciosa cuando ríe. Escalona cree que ha aprendido a disfrutar poniéndolo en apuros y a la mínima que se tercia... Se siente tan violento que, tras encajar la mano de la mujer, se desprende de ella como si entre los dedos albergara un aguijón.

—Seguidme —indica Asun que camina sorprendentemente deprisa—. Llevo más de veinte años en esto, así que algo podré hacer. Estoy habilitada para hacer consultas, pero preferiría que esto no salga de aquí. No es mi horario y preferiría no tener que

explicar...

—Desde luego, no te preocupes. No vamos a meterte en ningún lío. La persona a la que buscamos no es sospechosa de nada, no habrá problemas —le ase- gura Teresa con una convicción que el subinspector está bien lejos de sentir.

—¿No hablamos de una reseñada, verdad?, porque en ese caso...

—No. No creo que tenga antecedentes —afirma Escalona, que tampoco sobre ese asunto tiene la menor certeza.

Asun se sienta en un sillón rodante y con un solo impulso se sitúa frente a la pantalla del ordenador y les indica que pueden acercar un par de sillas. Recupera de un cajón unas gafas de montura roja y se las calza sobre la diminuta nariz.

—¿Nombre?

—Natalia López.

—¿Sabe que es el tercer apellido más común?

Escalona la mira confundido. La mujer añade, sin retirar la vista de la pantalla:

—García y Martínez son los primeros.

—No anima mucho —comenta Escalona por añadir algo.

—¿El segundo apellido no lo conocemos?

—No.

—Me lo temía.

Asun introduce el nombre y el primer apellido en la base de datos. Hay 1.174 Natalia López en toda España.

—Bueno, no va a ser fácil. A ver, ¿por dónde empezamos? —inquiere, mirando a Escalona por encima de sus cristales de cerca.

—Natalia debió de nacer entre 1953 y 1958, pondremos un margen de cinco años, creo que bastará.

—¡Ummmm! —Asun teclea con diligencia. Sus más de veinte años en la expedición de DNI no han sido en vano—. 129. Ya está mejor. ¿Y ahora qué?

—Bueno, podemos suponer que sigue viviendo en Barcelona —continúa Escalona.

Teresa mueve la cabeza como si titubeara, quizás sea demasiado suponer, la vida da tantas vueltas...

7

Miércoles, 17 de enero

Escalona no frecuenta los centros comerciales. Los escaparates le marean, la solicitud del personal le abruma y la temperatura controlada por ordenador le pone los pelos de punta. En definitiva, y siendo benevolente, considera que en los modernos emporios no se le ha perdido nada. Pero para todo en esta vida hay una primera, una segunda y una enésima vez. Además le ha costado una caminata encontrar la cafetería en la que ha sido citado. Una buena caminata y un sofoco más que notable al constatar que, como era previsible, la temperatura en el interior supera en unos veinte grados a la que reina en el exterior. Del invierno sin estridencias al paraíso tropical en cuestión de segundos. Tras desprenderse del abrigo con un resoplido, señal ciertamente ambigua de alivio y de disgusto, el subinspector toma asiento junto a una mesa diminuta, demasiado pequeña para casi todo.

Escalona tiene por mala costumbre llegar siempre con antelación y dedica unos instantes a constatar que l'Illa Diagonal guarda un parecido lejano con otros lugares de análoga finalidad. Las diferencias saltan a la vista y no se reducen a un interiorismo de gama alta, tampoco las personas que circulan a media mañana son las habituales en este tipo de sitios.

En una mesa próxima una señora que sobrepasa los setenta paladea un café con leche mientras sostiene sobre su antebrazo un espécimen a medio camino entre el caniche y la rata de alcantarilla, al que ha colocado un lazo rojo a modo de quiquiriquí. La mujer en cuestión, recién peinada y maquillada con destreza,

carga con un valor en complementos que mantendría durante varios meses a una familia exigente.

En la barra algún ejecutivo apresurado engulle un bocadillo con la cartera aparcada junto a los pies y sin dejar de hablar por el móvil. Algo más allá, en un rincón, una joven teclea afanosamente en un portátil moviendo ostensiblemente los labios, como si se dictase a sí misma. Un par de mujeres que se entienden en inglés hacen un descanso en una sesión de compras bien aprovechada, a juzgar por las bolsas que se amontonan sobre una silla estratégicamente colocada entre ambas.

Por encima de sus cabezas se levanta un edificio de oficinas.

La mujer que se le planta delante a la hora en punto es Natalia López. Acaba de llegar y se ha dirigido hacia él sin titubear. No le ha hecho falta ni un vistazo. Rubia de nacimiento, de pelo lacio y algo desmayado, huesos largos y grandes ojos del color de la resina fresca, Natalia López separa una silla y se sienta frente al

—¿Qué clase de relación mantenían exactamente?

—¿Exactamente, dice usted? ¿Quiere saber si nos acostábamos? ¿Es eso lo que me está preguntando, exactamente?

—Bueno, no solo eso.

—Pues hubiera jurado que…

—¿Alberto le explicaba lo que hacía? ¿Estaba usted al corriente de...?

—Desde luego. De hecho nos conocimos en una asamblea, ya sabe, había asambleas cada dos por tres y como raramente se llegaba a algún acuerdo...

—¿Usted sabía que sus actividades eran, digamos, ilegales?

—Claro. Casi todo lo que queríamos hacer era ilegal. La libertad andaba tan escasa que no había espacio para nada, todo era ilegal... Y no es que me gustara que se jugara la vida. No era eso. Yo no tengo el valor que él tenía, pero Alberto no podía remediarlo, era su vida. Él era así. Y a mí me gustaba que fuera así, lo admiraba. No sé si me entiende. Yo tenía dieciocho años. A esa edad era difícil no admirar a alguien como él.

—¿Llegó usted a formar parte de la organización?

—No, dijeron que era demasiado joven. No se fiaban de mí, ni de mi familia.

—¿Pero conocía usted a alguno de ellos?

—Sí, a dos o tres.

—¿Puede darme sus nombres?

—Oiga, esto se parece cada vez más a un interrogatorio.

Escalona entiende que la conversación no será fácil, que la mujer es algo reacia a hablar de su pasado y que necesitará de todo su tacto para llegar a alguna parte.

—No... No... Disculpe si..., pero necesito saber... Sé lo que puede parecer, pero piense que lo que usted me diga puede serme muy útil. Usted es una de las personas que más podría ayudarme.

Natalia López calla, su rostro es aún más grave. Escalona prefiere no añadir nada. No puede obligarla a hablar, de hecho no tiene fuerza ni legitimidad alguna para hacer lo que está haciendo. Natalia López saca un paquete de cigarrillos de su bolso y le alarga uno. Buena señal, piensa el subinspector, y lo acepta. La mujer le acerca la llama de su mechero. Tiene los dedos largos y delgados y sus nudillos casi se transparentan. En el anular un caracol enorme, como el resultado de una mutación, a juego con el colgante. No hay alianza a la vista. Manos de pianista o de cirujano, decían en su casa de manos como aquellas. En su familia las manos no se parecían a las de Natalia López, eran por lo general manos de campesino, o de obrero, manos de uñas cortas que habían fregado suelos y platos, que habían arañado la tierra, trabajado la madera o subido una pared de ladrillos, manos que envejecían pronto y mal.

—Verá, Alberto quería dejar la organización. Decía que con ellos no se llegaría nunca a ninguna parte, que eran unos cobardes y que no se atrevían a nada, que el único que se jugaba el cuello era él. Quería formar parte de un grupo más activo, con más futuro, más poderoso, pero no sabría decirle cuál. A mí todos me sonaban igual.

—¿Sabía que lo detuvieron un par de días antes de su muerte?

—Sí, me llamó cuando lo soltaron. Nos encontramos a la salida de comisaría. Yo misma lo recogí.

—¿Cómo estaba? Creo que le pegaron...

—Cree usted bien. Le pegaron por todas partes, pero no dejaron pruebas, apenas tenía cardenales. Le dolía todo, incluso al respirar, y en algún momento se le nublaba la vista. Sufrió algún desmayo, pero poco más.

—¿Sabe si le vio algún médico?

—Sí. Tenía un amigo en los últimos cursos.

—¿Y qué dijo?

—No recuerdo bien, creo que dijo que tenía que hacer reposo, que no era nada grave y que al cabo de unos días dejaría de marearse y se le pasaría.

—¿Por qué cree que lo detuvieron?

—¡Vaya pregunta! Pues por lo que detenían a todos, porque era un activista, porque quería cambiar el mundo.

—¿Le comentó Alberto si alguien lo había denunciado? ¿Quién podía querer verlo en la cárcel?

—Yo era la más joven, ya se lo he dicho. No sabía mucho, la verdad es que me aceptaban porque estaba con él. A Alberto nadie le llevaba la contraria. Él era la organización.

—Ya, pero lo soltaron poco después, al cabo de un par de días. Es raro. Además no consta que lo interrogaran.

—Según me dijo Alberto, lo que querían era que delatara a otros miembros de su célula. Querían nombres y él no se los dio. Eso es lo que me dijo y yo le creí. Alberto no mentía nunca.

—¿Le explicó Alberto que en el momento de su detención insultó a un policía y que se enzarzaron en un pelea? Tuvieron que separarlos. Parecía saber algo personal, algo...

—No, no me dijo nada. Pero no me extraña, Alberto no le

tenía miedo a nada. Si sabía alguna cosa la decía. Si sabía algo de ese policía se lo escupiría a la cara, era su estilo.

—Ese policía no era un buen enemigo. ¿Sabe usted si tenía otros?

—Los cuerpos represores en general y cada uno de sus miembros en particular, eran sus enemigos. El los llamaba así, cuerpos represores. Eran otros tiempos y las palabras también eran otras. Parece que han pasado siglos. Célula, insurrección, cuerpos represores, grises, manis, yogurteras...

La mujer mira a Escalona y aprecia su pinta de hombre corriente, la falta total de agresividad en sus palabras, en sus gestos, su educación esmerada, su casi sor- prendente bonhomía.

—Bueno, ya sabe, era el lenguaje. Ahora suena a túnel del tiempo, a lenguaje de época, pero entonces hablábamos así. Quizás usted también lo hizo.

Escalona asiente, prefiere no extenderse, sus contactos con la clandestinidad fueron tímidos, fugaces.

—¿Qué sabe usted de su muerte? ¿Qué pensó cuando le notificaron que había muerto sobre las vías del metro?

—Mire, sé que muchos no creyeron lo del accidente, pero yo sí. Lo había visto marearse el día anterior, había visto cómo se le tambaleaba la cabeza durante unos instantes, cómo tenía que apoyarse en mí para no desmayarse. Alberto no hizo ningún caso del médico, siguió como si no hubiera pasado nada. Eso es lo que pensé, parecía lógico creer que había sufrido un mareo y... En fin, que había caído a las vías. Además, la policía siempre habló de un accidente.

—Tengo entendido que su familia era muy tradicional, próxima al régimen.

—¿Próxima al régimen? Tiene gracia —la mujer apunta una sonrisa cuajada de sarcasmo—. ¡Próxima al régimen! Pensé que estaba usted mejor informado. Mi familia, subinspector, mi familia era el régimen.

La respuesta desconcierta a Escalona que aplasta el cigarrillo

antes de proseguir. La mujer se le adelanta.

—Veo que no lo sabe usted todo de mí, pero como alguien acabará por decírselo prefiero hacerlo yo. Mi padre fue ministro de Franco.

Escalona no está preparado para lo que acaba de oír. El asombro se apodera de su cara y se le destensan las quijadas en un mueca de puro pasmo. A Natalia López su sorpresa no le pasa desapercibida.

—Lo fue hasta pocos años antes de la muerte de Alberto, no sabría decirle con exactitud, pero si le interesa... En las hemerotecas lo encontrará todo.

—¿Y él sabía lo de su relación con Alberto Boisgontier?

Natalia López sonríe y tuerce ligeramente la boca mientras apaga su cigarrillo con cierta dosis de rabia. Hay amargura en su gesto. Y decepción. Por la expresión de su rostro se diría que está de vuelta de casi todo.

—No, desde luego que no. Nunca supo nada. Como puede suponer no le habría gustado. Un melenudo, un indeseable... eso es lo primero que habría dicho. Un rojo y un melenudo, con esas palabras y con otras peores. Me habría prohibido poner un pie en la calle, me habría encerrado en casa y habría tirado la llave al mar. Y a él le hubiera prohibido volver a verme. ¿Tan tonta me cree?

—¿Quién sabía lo de su padre?

—Yo en esa época me avergonzaba de mi padre, no hablaba nunca de él, y mucho menos de su cargo, pero algo así se acaba sabiendo, siempre hay algún enterado que va con el chisme. Alberto lo sabía. Con el tiempo las cosas se ven distintas. Estoy segura de que en el fondo mi padre intentó hacer lo correcto. Había aprendido que las cosas eran así, que no había mejor manera. Se equivocó, desde luego, pero no llegó a saberlo. Murió hace diez años creyendo todavía que los equivocados eran los demás.

—¿Qué clase de hombre era?

—Mi padre era un hombre de misa cada domingo, un hombre

estricto, muy tradicional... Él insistía en que era un hombre justo, que era eso, la justicia, lo que más le preocupaba. ¡Un franquista justo! Tiene gracia, ¿verdad? Pero no sea usted simple y no le impute a él todos los crímenes del franquismo. No se ocupaba del orden público. Además, ¿por qué le interesa mi padre? ¿No ha venido para hablar de Alberto?

—Está bien, vamos a olvidarnos de su padre. Me gustaría poder establecer un horario lo más aproximado posible de los dos últimos días de la vida de Alberto. Desde que lo soltaron hasta que murió.

Natalia mira su reloj, lo hace de forma ostensible, como para indicar que tiene más prisa de la que probablemente tiene.

—Mire, se me hace tarde. Lo que usted me pide nos va a llevar un rato, tengo una entrevista con un autor y no quisiera...

—Ya, claro, entiendo, pero es que... —intenta Escalona forzar la situación.

—Ya le he dicho que no puedo; si me da una tarjeta prometo...

—Bueno, me rindo, pero permítame preguntarle una última cosa ¿quién es Tarkovski? —añade Escalona, esperando no ir demasiado lejos ni demasiado deprisa.

Teme que Natalia López, que no espera nada ni de él ni de su interés por el caso, decida no responder. Ahora es la mujer la que no sale de su asombro.

—No se da usted por vencido...Ya le he dicho que no puedo... ¿Me va a llevar a comisaría para interrogarme? —inquiere con cierto aire de desafío clavado en la mirada.

—No, desde luego que no. No quería incomodarla. Le ruego que me disculpe, pero por el momento solo sé lo que dicen las enciclopedias, que era un cineasta ruso.

Para distraer la sorpresa y recuperar el dominio de la situación que no ha cedido en ningún momento, la mujer de ojos ambarinos y manos delicadas enciende otro cigarrillo. Parece ligeramente inquieta, como si la sola mención del nombre la

hubiera impacientado. Escalona esta vez rechaza el ofrecimiento.

—¿Quién le ha hablado de Tarkovski? —pregunta con la voz afilada.

—Cecilia Boisgontier, la hermana de Alberto.

—Cecilia —repite la mujer a media voz—. Ha hablado usted con Cecilia.

—Sí. Apenas me dijo nada, pero sí ese nombre, Tarkovski.

—Cecilia siempre pensó que a Alberto lo habían matado.

—Sí, eso creí entender. No ha olvidado lo que sucedió, era su hermano. No debe de ser fácil olvidar algo así.

—No, no lo fue para nadie. Todos pensaron que yo me olvidaría pronto de Alberto, que una persona como yo, una chica mona y que lo tenía todo no tardaría en... Y quizás le cueste creerme, subinspector, pero todavía hoy pienso en él. Murió cuando yo todavía no había dejado de admirarle, creo que por eso pienso en él. No tuvo tiempo de decepcionarme. ¿Y sabe qué es lo que más me duele? No conseguí saber si él era el hombre con el que podría haber pasado mi vida. Es muy novelesco, como un mal folletín, ¿verdad? Quizás por eso me dedico a los libros, ya sabrá que soy editora...

Escalona asiente.

—Lo que más me duele es que ya no habrá respuesta. Cecilia perdió un hermano, y la comprendo. Yo perdí el futuro.

Escalona no sigue preguntando, Natalia López permanece ensimismada durante unos instantes y prefiere respetar su silencio. Más allá de la mujer, sobre una gran pantalla plana y muda, se suceden las imágenes enviadas por la CNN de un nuevo atentado suicida en las calles de Bagdad. Un cuerpo con las piernas amputadas por la explosión y la boca abierta sobre un suelo de arena, un zapato vacío, una cartera, un libro abierto, manchas oscuras de sangre, un par de coches requemados y humeantes, un corro de mujeres que se llevan las manos a la cabeza y un puñado de heridos que, desorientados, intentan buscar mejor acomodo al dolor y al espanto. Escenas de terror que ya no aterran y que se

suceden a diario en parecidos términos. Siempre los mismos planos, los rostros casi iguales en el grito, el mismo humo que se eleva, un día sí y el siguiente también, hasta un cielo que se oscurece repentinamente. Hospitales en los que no se dejaría uno sacar una muela y en los que médicos operan, cortan y cosen a vida o muerte. Miles de víctimas, una ciudad desolada, rota en mil y un pedazos, el miedo en cada cara, en cada gesto y los puños levantados que proclaman la ira infinita de los hombres.

Momentos después, como recién aterrizada, la mujer prosigue con la conversación allí donde la dejaron. En la voz de Natalia López el recelo ha dejado paso a la nostalgia.

—Tarkovski era el alias que utilizaba uno de los amigos de Alberto. Todos tenían un segundo nombre, ellos creían que así protegían su verdadera identidad. Todos tenían uno, del primero al último. Ya sabrá, subinspector, lenguaje de época, como en las películas, o en las novelas.

—Y su nombre de verdad es...

—Oriol Llompart.

—¿Cree que él puede saber algo más?

—No lo sé, quizás, pero no lo sé. Se dedica al cine, dirige, produce... Él prefiere que le llamen cineasta, tiene sus manías, como todos. Creo que estaba intentando rodar un documental sobre los crímenes del franquismo en los años setenta, algo sobre el franquismo agonizante. Creo que pretendía incluir la muerte de Alberto, él hablaba de Alberto como del último muerto del franquismo. No me pregunte cómo, solo sé que había empezado a entrevistarse con gente, a mover el asunto.

Natalia López echa un vistazo a su reloj y hace ademán de levantarse e irse.

—Lo siento, señor...

—Escalona, subinspector Escalona.

—Lo siento, señor Escalona, pero se me está haciendo tarde. Tengo que volver a mi despacho, es aquí mismo. Trabajo en el tercer piso—añade señalando el techo con el dedo índice—. Por eso

le pedí que viniera hasta aquí. Lo siento, pero tengo una reunión que debería haber empezado ya.

—Sí, claro. Discúlpeme por entretenerla. Aunque es probable que vuelva a molestarla, quizás tenga más preguntas. Necesito saber qué paso exactamente esos días.

—Deme su tarjeta y ya le llamaré. Intentaré recordar lo que pueda —responde Natalia López mientras se ciñe el chaquetón a la cintura—. ¡Ah, subinspector! Le voy a facilitar las cosas: Oriol Llompart, Tarkovski, es mi ex marido, el padre de mis hijos.

En Nou de la Rambla la relativa tranquilidad de los últimos días parece dispersarse a velocidad de crucero, como las borrascas en un mapa animado. Nada más poner el pie en comisaría, Raquel, la agente que atiende el mostrador de información, le sonríe y señala con un gesto la puerta de acceso a las dependencias policiales. Junto a ella Carles Orteu, un cabo recién ascendido, intenta hacerle comprender a una mujer con pañuelo negro en la cabeza que no necesita una autorización de su marido para interponer una denuncia por un tirón. La mujer no entiende una palabra y se limita a lamentarse y a cortar el aire con aspavientos propios de un funeral.

—Por aquí, señora —le indica el cabo sujetándola por el antebrazo y tirando de ella sin conseguir que la mujer se desplace ni un milímetro—. Raquel, por favor, envía a alguien a la tienda de la esquina. Sí, mujer, la de Omar, dile que nos mande a uno de sus hijos. Mejor aún que venga él mismo, a ver si nos aclaramos.

Escalona recuerda a Omar perfectamente. Sabe que su nombre verdadero es Mohamed, como el profeta, y que es tunecino. Un experto en piedras semipreciosas con un parecido tan acentuado con Omar Shariff que solo él, el subinspector, parece recordar su auténtico nombre. Desde que se instaló en el Raval, hace ya un par de décadas, cuando todavía la gente recordaba al Doctor Zhivago o al apuesto jinete árabe de Lawrence de Arabia, nunca se le ha conocido por otro nombre.

Cuando Escalona enfila el primer pasillo, todavía a escasos metros del vestíbulo de entrada, las voces de un hombre y de una mujer rebotan en las paredes como si estuvieran dentro de una cámara acorazada. Entre los implicados en el forcejeo Escalona reconoce a Guerao. El agente sujeta, cruzando sus brazos sobre el

pecho del interfecto, a un individuo de escasa estatura pero fuerza descomunal que grita como un poseído y que parece a punto de sufrir una embolia. Tiene el brazo derecho atravesado por un tatuaje en el que puede leerse el nombre de Carolina inserto en una especie de banderola agitada por el viento. Escalona no puede evitar pensar que Carolina es un nombre difícil de disimular si la relación sentimental acaba naufragando.

—Puta, cacho puta. Lo que eres es una zorra, una guarra es lo que eres. Me tenía que pasar a mí, por imbécil. Maldito el día...

La aludida es una mujer joven, no alcanzará la treintena. Sobre su rostro el maquillaje, intenso y policromado, se ha desplazado hacia abajo. El efecto es el de una cara que se desliza hacia el centro de la tierra, unos rasgos faciales deformados por una fuerza de gravedad superlativa. También ella es retenida por un mosso, que se las ve y se las desea para impedir que la emprenda a patadas con el hombre.

—¿A quién la llamas puta? ¿Eh? ¿A quién la llamas puta? — se encara la mujer mal pertrechada con sus pinturas de guerra.

Dado que la única mujer avistable es la interpelada, la pregunta no parece consecuente, pero hay tantas cosas en esta vida que carecen de sentido que Escalona se limita a sonreír para sus dentros, como decía su abuela cuando, por prudencia, no se atrevía a reír abiertamente. Rebasa al grupo sin dejar de sonreír interiormente y sigue hasta su mesa.

—Si te hubiera dejado tirada cuando te conocí ahora le estarías poniendo los cuernos a otro, cacho puta. Cuando te coja...

—¿Qué me vas a hacer tú? Capullo, que eres un capullo ¿Eh? ¿Qué me vas a hacer?

La escena no reviste mayor interés y discurre durante unos instantes y a su espalda en parecidos términos. Antes de perderse escaleras arriba ve como Guerao zanja el episodio metiendo a empujones al hombre en uno de los despachos mientras el mosso que inmoviliza a Carolina tira de ella en dirección al segundo piso.

—Evaristo, ven a mi despacho —ordena Escalona a uno de sus hombres antes de colgar el abrigo en el perchero y ojear los pocos papeles que encuentra sobre su mesa.

—Buenos días, subinspector. Ha llegado el informe de Eulalia Bermúdez. Han telefoneado a primera hora y he enviado a un agente de la zona. Aquí lo tiene.

Evaristo acompaña sus palabras de un gesto leve, parece casi risueño. Es de aquellas personas en las que la felicidad desdeña rigurosamente los labios y se encarama directamente hasta los ojos. No saben reír, no lo necesitan, les basta con abrir los ojos. El agente no acostumbra a hablar de su vida privada, por eso todo cuanto Escalona puede suponer son conjeturas. Tampoco Escalona es dado a expansiones de ese tipo y se abstiene de preguntar, aunque reconoce que nada le gustaría más que conocer la razón del buen semblante del agente.

—Gracias, Evaristo. Necesito que me localices a un hombre, se llama Oriol Llompart y por lo que sé se dedica al cine, creo que debe de tener una productora. Necesito una dirección, un teléfono... Quiero hablar con él. Es algo personal, pero si no te importa...

—En absoluto, acabo lo que estoy haciendo y...

—Gracias —le despide Escalona que se dispone a leer el informe de Dalmau.

«... se aprecia enfisema pulmonar bulloso con áreas de fibrosos y bronquiectasia, todos estos hallazgos son sugestivos de enfermedad pulmonar obstructiva crónica severa.

...corazón dilatado en ambas cavidades.

...causa posible de la muerte: insuficiencia respiratoria aguda en una paciente con enfermedad pulmonar obstructiva crónica.

No se detectan sustancias tóxicas ni restos de fármacos ingeridos en las horas ante- riores al deceso.

El cadáver no presenta signos de violencia.»

—¿Se puede, jefe?

El que pregunta es Guerao. El agente resopla ostensiblemente. Siempre tiene calor. Escalona dice de él que es un hombre en

ebullición permanente, como los volcanes. También Guerao parece contento, adora las tanganas de vecindad, siente verdadera debilidad por las reyertas de proximidad.

Escalona asiente.

—¿Jefe, ha visto qué mal llevan algunos los cuernos?— pregunta con la sonrisa torcida en una mueca y los brazos en jarras como si de un momento a otro se dispusiera a pasar a la acción.

El subinspector no contesta, no es necesario.

—Por cierto jefe, acaban de cerrar para comer y del de los preservativos ni la sombra. ¿Continúo, no? —pregunta mientras se acaricia con los dedos la perilla incipiente.

Escalona permanece unos instantes pensativo, caviloso. Tiene la cabeza en otra parte, aunque aún no sepa dónde.

—Vuelve en cuanto abran y que te acompañe Valls, que intente hacer un retrato robot si la chica puede darle cuatro indicaciones. No nos irá mal si acabamos por necesitarlo.

Guerao se introduce el auricular en la oreja antes de abandonar el despacho con su mejor sonrisa. A diferencia de Escalona, Guerao necesita estimulación continua.

Qué mal llevan algunos los cuernos. Eso es lo que ha dicho el agente y lo que permanece en el cerebro de Escalona instantes después de que Guerao se pierda en dirección a la máquina de café. Qué mal llevan algunos los cuernos. El subinspector no entiende por qué la frase se le clavado entre las meninges como una astilla. La tiene tan incrustada que ni la autopsia de la señora Bermúdez consigue rescatarle de su fijación. Algo hay en esa frase trivial que debería entender, algo en lo que debería reparar, un...

—Con la habitación 27 de la séptima planta. Gracias.

Quizás no le lleve a ninguna parte, pero a veces se impone una revisión de lo hecho y de lo dicho. Por otra parte prefiere utilizar el teléfono a arriesgar un encuentro con Cecilia Boisgontier. No está preparado para admitir que no sabe nada de nada.

—Garrido, soy yo, Santiago Escalona.

—Sí, dime Santiago. Aunque aquí hay tanto ruido que...

Por la algarabía de fondo se diría que Garrido anda en pijama hospitalario por una calle animada durante un festejo vecinal. Tras interesarse por su estado el subinspector pregunta:

—Trate de recordar, Garrido. ¿Qué fue lo que dijo el chico cuando le detuvieron? ¿Recuerda las palabras de Boisgontier? ¿Quién empezó la discusión? Y ¿cómo empezó?

—Verás, no sé si podré ayudarte mucho. Yo no estuve presente todo el tiempo. Cuando tuvimos a Boisgontier esposado lo dejé al

cuidado de los dos agentes y me fui a inspeccionar el local, quizás quedara algo de interés... Papeles, listados, pasquines...

Garrido se interrumpe y tose unas cuantas veces. Como fondo Escalona juraría que puede oír palmas. Reanuda la conversación con un gemido inacabable. Cuando retoma su explicación, la voz de Garrido es apenas un silbido grave, casi un estertor. El ex policía se fatiga al hablar y le cuesta tanto acabar las frases que a me- nudo las deja suspendidas en el aire.

—Disculpa, Santiago, pero es que... Bien, verás, creí que era mejor hacerlo yo mismo. La cuestión es que empecé a oír la voz de Carrión subiendo de tono... Pensé que no sería nada grave y seguí a lo mío... Carrión siempre iba de ese palo y no le di importancia. No pensé que el detenido...

Garrido se interrumpe nuevamente, tose y jadea. Cuando la tos se acaba solo quedan los gemidos y la respiración trabajosa. De fondo voces y risas. El esfuerzo que realiza para conseguir aire es tan penoso que Escalona está a punto de asegurarle que no importa, que es mejor que descanse, que él se ocupa de todo.

—Pero me equivoqué, el detenido se encaró, le replicó a voces, tal para cual. Sé que le llamó cabrón, ya te lo dije, cabrón, hijo de puta... ¿Qué más da?... Cuando me acercaba, Carrión le arreó un par de guantazos en la cara. Entre el otro agente y yo lo redujimos como pudimos. Si lo dejamos, lo mata, te lo digo yo, lo mata allí mismo.

Garrido respira con dificultad, Escalona puede oír sus inspiraciones trabajosas salpicadas de tos.

—Pero Boisgontier no se achantó, le dijo que nosotros seríamos sus testigos, que Franco iba a morir y que todo cambiaría, que iría a por él, que se verían las caras. Carrión juró que lo estaría esperando.

—¿No recuerdas qué más dijeron?

—No, no con exactitud. Sé que repitió varias veces lo de cabrón y que mentó en algún momento a la mujer de Carrión. Ya sabes, las cosas que se dicen en estos casos. Quizás Antonio... Antonio Martínez, el agente que nos acompañaba. Él estaba allí y pudo oírlo... Era muy joven y no debe de haberse jubilado. Si no

me equivoco siguió en la Via Laietana, quizás ande todavía por allí.

—Gracias, hablaré con él.

—Adiós, Santiago... Y gracias a ti.

¡Qué mal llevan algunos los cuernos!

—¿Puedo pasar? —pregunta Evaristo con un pie ya dentro del despacho.

Escalona asiente y no abre la boca, tiene el pensamiento anclado en las palabras de Garrido. Quiere dar un par de vueltas a lo que acaba de oír.

—He localizado a Llompart, pero no está aquí, está en Bulgaria filmando exteriores para una película. Por lo menos eso es lo que me han dicho en la productora. Pero me han dado su mail por si quiere usted ponerse en contacto.

Evaristo, el paso ágil, le deja un papel sobre la mesa.

—Si no necesita nada más...

—Por el momento, no. Gracias.

Durante unos minutos Escalona permanece en silencio, le bailan las frases en la cabeza y apenas tiene nada claro. Decide caminar hasta la máquina del café y despejarse un poco. En el trayecto se cruza con el intendente, la máxima autoridad en la comisaría, lleva el diario bajo el brazo. El intendente le saluda con una sonrisa. Simpatizan, ambos son poco dados a aparentar lo que no son y a andar con tapujos, por eso se respetan mutuamente. No hay preguntas, ni tan siquiera las de cortesía. Una mirada, un gesto cordial y un cruzarse en el camino, poco más.

8

Jueves, 18 de enero

La noche entera dándole vueltas a la nada más absoluta. Horas y horas en blanco sin una maldita idea en la cabeza, sobreviviendo de repeticiones de lo que ya sabe y de reiteraciones de cuanto le han dicho. Por fortuna Teresa tiene buen dormir y no se ha despertado. Cuando empieza a clarear, el subinspector se incorpora, le estampa a Teresa un beso a medias para no desvelarla y le deja una nota sobre la mesa de la cocina.

Nos vemos esta noche. A mediodía te llamo.

En la calle las nubes mantienen el sol a raya y las farolas todavía están encendidas cuando el subinspector entra en el bar de Paco, el que está justo debajo de su casa. Por el ruido, que con el tiempo ha aprendido a interpretar, la cafetera ya está caliente. Paco, el propietario, tiene el gesto atravesado y la mirada esquinada del que acumula resentimiento. Nunca en la vida Escalona le ha visto peor cara. No es hombre de muchas palabras y raramente hila más de dos frases seguidas, pero Escalona lo aprecia porque no le atosiga con palabrería de barra. Es una buena persona, un hombre recto a su manera y poco amigo de romperse la cabeza. Llevan años entendiéndose por gestos y con algún que otro gruñido de aprobación, satisfacción o rechazo, poco más.

—No hay derecho, ni derecho ni nada. Yo no me lo merezco. Tantos años aquí para que luego vengan y… —rezonga Paco, versado en conversaciones ajenas, mientras le planta delante un café corto y altamente abrasivo.

Escalona acaba de tomar asiento junto a la barra. Ha ocupado el mismo taburete alto situado en un extremo en el que se acomoda siempre que lo encuentra libre. No deja de sorprenderle tamaña exhibición dialéctica por parte de uno de los hombres más callados que conoce, por eso permanece durante unos instantes con la cucharilla suspendida en el aire.

Aunque no tiene ganas de hablar, se impone una pregunta:

—¿Qué ha pasado, Paco?

—¿Que qué ha pasado? No se lo va usted a creer, es... —Paco sacude la barra con un trapo. Es su manera de dosificar la cólera que le sube hasta los puños—. Es increíble, inspector, a mí me lo cuentan y le juro que no me lo creo. Pero cuan- do le pasa a uno... Cuando le pasa a uno... Fue ayer por la noche, poco antes de cerrar. En el bar quedaban dos o tres personas acabando la consumición y Leo había subido a casa, estaba cansada y yo aquí ya no la necesitaba. Entré un momento a buscar unas cajas, iba a cargar la nevera. Lo que hago cada noche, ni más ni menos. No sé cuánto estuve ahí dentro —Paco señala una especie de trastienda separada del local por una cortina de cuentas de madera—. Dos, tres, cinco minutos, qué sé yo. Cuando salí ya no quedaba nadie. No me

extrañó, ya habían pagado y lo normal era que se largaran. Empecé a recoger, a barrer... lo de siempre. Y cuan- do llego al servicio... Me di cuenta al abrir la puerta y no me lo podía creer, se habían llevado la tapa del retrete, inspector. ¡La tapa del retrete! ¿Quién puede querer la tapa de un retrete? Además no era ni de las buenas, era de plástico, de esas que bailan y no pesan nada. Una mierda, vamos. Pues se la llevaron.

Escalona, que no se molesta en señalar que ya no es inspector, siente ganas de reír, pero no lo hace. Se limita a toser un par de veces. Mientras no me pida que abra una investigación, piensa y apura el café forzando un gesto de contrariedad.

—No es por su valor, no es eso. Es que uno se siente como si le quisieran mal, como si... Yo nunca me he metido con nadie, ya lo sabe usted, voy a lo mío, no quiero líos y si puedo hacer un favor lo hago. ¡Cuántas veces he fiado los cafés! ¡Y las cervezas! Y luego la gente te lo paga así, haciéndote daño, llevándose la tapa de tu retrete. Mi mujer dice que me olvide de la puta tapa, que de este bar no la mueve nadie. Pero no puedo, inspector, no puedo. Se me ha metido aquí... —dice aporreándose la frente con el puño— y no hay manera. No he dormido en toda la noche pensando en el hijo de puta que se la llevó. Creo, inspector, que quizás haya llegado el momento de que nos vayamos de este barrio. Cuando pasa algo así a veces es una señal, como si tuvieras que cambiar el rumbo de tu vida, como si ya no te quisieran... A veces es el principio de una serie de cosas, de cosas malas, quiero decir. Y si no cortas a tiempo... No sé si me entiende.

Escalona no le entiende en absoluto, sin embargo asiente con la cabeza. La buena educación es lo que tiene, que a la mínima te traiciona. Nunca ha creído en señales de ningún tipo y nunca en la vida hubiera dicho que Paco podía sentirse tan afligido por algo tan banal como la tapa de un retrete.

—Creo que no deberías darle tanta importancia, Paco. Leo tiene razón, aquí os va bien, ¿por qué os vais a ir? La gente se lleva cosas de los bares, eso ha sido así siempre, ya lo sabes. Cucharillas, vasos...

Paco frota la barra con una bayeta y calla. No parece convencido.

—Paco, piénsatelo bien. Llevas aquí media vida. A otros les

han robado a punta de navaja o les han entrado durante la noche. Lo que se han llevado es bien poca cosa. Igual un chico, por hacer una gracia...

—¿Una gracia, dice usted? Pues maldita la gracia...

Paco ha sacudido la bayeta mojada contra la cafetera, parece a punto de echarse a llorar y se ha escondido en la trasera del bar. Eso sí es una señal, Escalona sabe que ha llegado el momento de irse.

En la esquina se para un instante y compra el diario, es capaz de caminar hasta comisaría y leer la prensa durante el trayecto. Tiene mucha práctica. No es la mejor manera, pero también él, como Paco, necesita apartar cosas de la cabeza y el periódico siempre te recuerda los problemas de otros. Al menos eso es lo que espera cuando lo coge del montón.

Todavía no ha cruzado la Diagonal cuando una noticia breve le informa de que la policía investiga la existencia de un posible implicado en la muerte de Eulalia Bermúdez. Varado sobre la acera, maldiciendo a diestro y a siniestro, Escalona se harta de injuriar a los periodistas en general y a los policías que se van de la lengua en particular. No es la primera vez que salen a la luz aspectos de una investigación que nunca deberían hacerse públicos. Tampoco es la primera vez que tal cosa sucede en Nou de la Rambla, sin embargo, resulta difícil saber a quién conviene empapelar por algo así. No cree que nadie de los suyos… y Guerao menos que nadie... Siempre ha sido de fiar y nunca ha buscado la notoriedad, sinceramente no cree que Guerao...

Cierra el periódico y lo tira a la papelera alargando mucho los brazos, como si arrojara una serpiente venenosa. No puede permitir que el día empeore. Le quedan muchas calles para serenarse antes de llegar a comisaría, pero toda la ciudad no bastaría para olvidar que hay quien habla más de la cuenta.

Cuando el subinspector llega a comisaría, pertrechado con la mala leche que se le pone cuando las cuestiones internas se tuercen, Guerao ya ha salido camino del súper. Escalona alcanza su despacho esquivando saludos y eludiendo caras, se despoja del abrigo y piensa que es mejor así, que siempre es preferible abordar las cosas en frío. Por nada del mundo quisiera equivocarse con Guerao. Ojea un par de carpetas que han dejado sobre la mesa, son

informes pendientes que debe aprobar y en los que estampa su firma para perderlos de vista, y pone en marcha el ordenador. En su dirección de correo particular, la que usa para asuntos no oficiales, encuentra la respuesta de Oriol Llompart.

De: Oriol Llompart ollompart@gmail.com

Enviado el: Friday, january 18, 2007 7:25:46

Para: sescalona@hotmail.com

Asunto: noviembre 1975

Sr Escalona

Deduzco que desde la productora le han facilitado mi mail aunque saben que lo tienen prohibido, pero en fin, ya que he leído su escrito y me ha despertado la curiosidad trataré de contestarle… No entiendo qué hace usted removiendo este asunto por el que la policía no demostro en su día el menor interés. Puede usted tner por cierto que no llevará usted a nadie a la cárcel por lo que pudo ocurrir. Eso lo sabe usted tan bien como yo, pero el tiempo es suyo y alla usted como lo emplea.

Es verdad que Yo hice un documental en el que hablabva de eso, pero lo mío tenía una intención de denuncia, quería recordar los crímenes no conocidos del franquismo, mostrar a las generaciones más jovebnes la cara más cruel de un régimen fascista. No creo que sea ese su interés ni el de Natalia al darle mi nombre.

Aún así, intentaré contestarle. No ando sobrado de tiempo, el rodaje aquí en

Bulgaria me lleva muchas horas, así que iré al granp.

Alberto boisgontier era un iluminado. Pretendí a acabar con el franquismo el solito y a su modo; era vanidoso y chulo y en el fondo era un dictador que quería que todos cumplieramos sus ordenes, aunque todo hay quen decirlo la verdad que el chico los tenía bien puestos . Despreciaba a todos los que no estábamos en su línea, pero con tipos como él, así alocados, inconscientes, no se condsigue nada más que dar una excusa a los maderos para empezar a repartir. Usted ya me entiende. Otros hicimos tanto o más que él pero no nos dejamos coger y menos aún por un asunto de tías.

Se metía en todos los follones posibles y quería aparecer como el héroe de la película, eso le ayudó a tenr exito con las mujeres, eso y que era guapo. Natalia no era la única chica; creo que tenía alguna más: en aquella época ya sabe lo bonito que era eso del amor libre y otrtas zarandajas. Y Natalia hacía como que no le importaba.

Naturalemente que el padre de Natalia sabía lo de su relación con el chico, era un cabrón el viejo, pero no tenía un pelo de tonto. Había hecho seguir a su hija cuando le llegaron rumores de que andaba metida con rojos. Lo sé porque el mismo Alberto me lo dijo. Y no me extrañaría que cuando se lo llevaron a Via Laie- tana para darle unas cuantas ostias fuera porque así lo mandó el viejo. Pero yo diría que a alberto le iba eso; salió de allí pretendiendo haber aguantado a todas las fuerzas represoras y pasándonos por la cara su experiencia de la que nosotros carecíamos. El era así. En el fondo le vino bien para darse autoridad moral. El viejo lo sabía todo y mas y podía hacer cualquier cosa. Tenía gente en todas partes, no se le escapaba nada. No tenía brazos, tenía tentáculos. Llegaba a cualquier sitio, como Dios. .¡Menudo cabrón! Si quiere usted ler entre líneas...

Natalia era la típica tía pija que estaba muy bien. Era guapa, se sabía guapa y tenía mucho encanto. No es de extrañar que Alberto se fijarav en ella y se la ligara. En realidad casi todos los de la organización nos la queríamos tirar aunque ella en esa época solo pensaba en alberto. Como ya sabrá usted, luego se juntó conmigo aunque a decir verdad tengo que reconocer que se la ha cepillado media ciudad. Igual usted yya lo ha hecho o se lo propone en cualquier momento. Haga lo que quiera pero le aviso es una zorra y una mala puta. Iba de progre pero al final la tía sacó todo su ramalazo de familia franquista especialmente en cuestión de pasta. Fíjese en que nunca quiso ni pensar que su padre ordenara matar a Alberto. No se lo imaginó al principio y cuandio años después yo se lo insinué no me quiso ni escuchar. Decía que yo era un resentido, o que se lo decía para joder. Ya ve. Supongo que ella no se habrá andado con finuras para hablarle de mi.

No sé realmente si Alberto murió porque se cayó a las vías o porque alguien lo tiró. Tampoco me importa mucho. Quien sí insistió en que lo habían liquidaddo fue iván. Pero claro ni un puto periodosta en aquel tiempo quiso sacar nada. La muerte de franco lo ocupó todo.

Ivan iba detrás deel´como u n perrito faldero. Era un bocazas y en cambio no tenía los huevos de Alberto; de hecho, este lo

ridiculizaba con frecuencia. Tras su muerte intentó ser el lider,pero nunca pasóde ir a manifestaciones y gritar cuatro cosas cuando le dejaban el altavoz. Eso sí, cuando acababan las manis siempre pretendía que le habían ostiado o que había lanzado noseqyué y que había corrido delante de todos los grises. Pero a la hora de la verdad nadie le veía nunca en el fregado. Tiene gracia que ahora Ivan, Ricard Siurana paraa entendernos, sea Direc- tor general de algo de seguridad de la Generalitat.

Tardaré unas tres semanas en volver a Barcelona, lo que nos llegue el dinero, así que si le interesa ver algo de lo que filmé tendrá que esperar. No intente ir a la productora ni sacarle nada a la pobre Merche, que ya sé cómo las gastan ustedes los polis. Si quiere algo, se aguanta u nos días más. No vendrá de un mes ahora.

Oriol Llompart

Cuando acaba de leer por segunda vez las palabras de Oriol Llompart, Escalona se ha hecho ya una idea del tipo de persona que es y, a decir verdad, prefiere no tener que hablar con él personalmente, al menos por ahora.

También el subinspector recuerda las honras fúnebres en el Valle de los Caídos. Militares de las más altas graduaciones, obispos, cardenales, llorosas familias cercanas al régimen, mandatarios de cierto rango, falangistas, hombres de empresa; afligidos todos por el final de una etapa y por un futuro incierto. Palios, pendones, incensarios, espadas, medallas, galones... Al completo el cuartel y la sacristía. La España más negra reunida en un solo y negro lamento, en un duelo que a pocos pasos era celebración y gozo. Y esperanza, una esperanza a prueba de pis- tolas y de escapularios.

—Evaristo, ven un momento.

El agente se demora unos instantes al teclado, los necesarios para rematar una frase y guardar el trabajo hecho para no perderlo.

—Usted dirá, subinspector.

Evaristo trae buena cara, no sonríe, no en apariencia. Viste una camisa azul cobalto, del mismo color que sus ojos, y los tejanos que acostumbra a usar habitualmente han cambiado de estilo, son más anchos, indudablemente más modernos y parecen usados selectivamente. Incluso sus zapatos son otros. Tiene mejor presencia, es un hecho. Y parece más joven y algo más feliz.

—Necesito que localices a Ricard Siurana, trabaja para la

Generalitat, es Director General de algo relacionado con la seguridad, pero no sé mucho más. Tendrás que averiguar si está en tránsito, en prisiones, si trabaja para protección civil... Debe de andar por los cincuenta.

—Está bien, subinspector, no creo que sea difícil dar con él.

—¡Ah, Evaristo! Recuerda que es personal —le advierte.

—No se preocupe —asegura el mosso, que se retira ya camino de la pantalla del ordenador.

Escalona necesita despejarse. Decenas de frases se le pasean trotando por la cabeza y ninguna le lleva a ninguna parte. En estos casos siempre hace lo mismo, es un clásico: comprueba que lleva monedas en el bolsillo y se acerca a la máquina de café. Mientras ingiere a sorbos muy pequeños un brebaje caliente en el que bailan los posos, el subinspector contempla la calle. Desde su despacho actual no puede hacerlo, la ventana da a un muro ciego. Siempre le ha gustado mirar hacia la calle, observar a la gente en ese ir y venir continuo tan propio de Nou de la Rambla. Ver como cada uno va a sus cosas. Imaginarlos más o menos felices, más o menos angustiados, es una buena manera de dejar pasar el tiempo y de desembarazar la mente de pensamientos obsesivos. Escalona tiene una tendencia manifiesta a convertir en obsesión pensamientos pasajeros, frases, caras, palabras, incluso algún aroma.

Dice Teresa que la obsesión es una enfermedad profesional que afecta a los polis, a casi todos. A algunos la obsesión los tumba como tumba la silicosis a los que trabajan en las minas, para otros es simplemente una propensión molesta como el profesor que acostumbra a perder la voz o el médico que deviene hipocondríaco.

De regreso a su despacho, Escalona se cruza en un pasillo con el intendente, la máxima autoridad policial en la reestructurada comisaría. Lleva el diario bajo el brazo, el mismo que el subinspector ha leído a medias y que le ha agriado la mañana. Por su buen semblante Escalona interpreta que acaba de llegar y que todavía no lo ha abierto. Se saludan con un buenos días aderezado con una sonrisa. No necesitan más, ninguno de los dos es dado a grandes peroratas ni a preguntas de cortesía.

—¿Teresa? Sí, soy yo. ¿Has visto mi nota? Sí, me he levantado muy pronto. No he dormido bien, pero no te preocupes, no me pasa nada. ¿Recuerdas lo de Antonio Martínez? Sí, ya sé que hay un par de Antonios, pero tú pregunta, quiero saber si alguno de ellos es Antonio Martínez, el agente que acompañaba a Garrido. Andará por los sesenta y pico, a punto de jubilarse. Si no está en Via Laietana intenta averiguar dónde para y si es uno de ellos pide que te explique qué es lo que pasó realmente durante la detención. Qué se dijeron y cómo se enredaron las cosas. ¡Ah, Teresa! Y pregunta qué es lo que sabe de cómo murió Carrión.

Escalona calla y asiente en silencio, cabecea como un niño al que le leen la cartilla.

—Sí, de acuerdo. Lo haré. Y si tienes tiempo intenta averiguar el nombre de la mujer de Carrión. No estará de más. Sí, claro, yo también te quiero —zanja el subinspector la conversación en un susurro francamente inútil. No hay nadie en las proximidades y la puerta del despacho está como acostumbra a estar, cerrada. Pero toda una vida de mantener los sentimientos en sordina no se olvida de un día para otro.

La Modelo, un nombre extraño para un edificio de principios de siglo nada ejemplar, ni en su utilidad ni en su funcionamiento. Entre sus muros y durante muchos años se han hacinado los presos de toda edad, origen y condición en circunstancias bien poco modélicas, piensa Escalona mientras atraviesa una serie de corredores en los que se perdería de inmediato de no ir acompañado por uno de los funcionarios. Durante el franquismo muchas fueron las penas capitales ejecutadas en la prisión en las trágicas «sacas». La Modelo era la cárcel en la que permanecían encerrados los desafectos, sometidos a las peores vejaciones. Cientos de presos, encarcelados por sus afinidades políticas, por una delación comprobada o no o por una mera cuestión de parentesco, murieron de hambre o de enfermedad en sus celdas o ejecutados en sus patios tras el «enterado» de Franco.

Ricard Siurana recibe a Escalona en la puerta del despacho que le han asignado junto a los responsables del orden en la prisión. Es lo que se conoce como un hombre de confianza, el encargado de organizar el cierre de la prisión. Amable y bien parecido, atrevido en su apariencia y probablemente ejemplo de modernidad, que le sale al paso para estrecharle la mano. Viste traje negro y corbata a rayas blancas y negras sobre camisa a cuadros azules. Escalona no es un hombre esmerado en el vestir y solo posee cuatro rudimentos en los que se basa para dirimir este tipo de cuestiones. Generalmente se limita a escoger, de entre las

prendas disponibles, las que no se apuñalen unas a otras, eso es todo. Eso y algún que otro miramiento desde que está con Teresa. Pero hay cosas que el subinspector no haría nunca por más que las tendencias lo señalen machaconamente, y conjuntar cuadros y rayas es una de ellas.

—Le estaba esperando, subinspector.

El hombre que le tiende la mano tiene su misma edad y parecida estatura, unos dientes blanquísimos y la facultad, probablemente congénita, de salir bien parado de los contrastes más osados.

—Siéntese, subinspector. Usted dirá.

Escalona le recuerda la muerte de Alberto Boisgontier y le explica que, a título personal, está intentando sacar algo en claro.

—Creo que fueron ustedes muy amigos y me gustaría que me explicara lo que pueda recordar.

—Desde luego, puede contar conmigo. Me alegro profundamente de que por fin alguien decida ocuparse de lo ocurrido con Alberto. Permítame que le felicite, es un gesto que le honra. Y, bueno, qué le voy a explicar, usted debe de ser de mi quinta más o menos. Sabe tan bien como yo lo que era correr delante de...

Ricard Siurana cae en la cuenta de que, al fin y al cabo, es un poli el que le escucha desde el otro lado de la mesa de su despacho. A Escalona su cordialidad le resulta ligeramente empalagosa.

—No sé si estaba usted en Barcelona, o sí... Pero sabrá de qué le hablo, y más si está usted interesado en Alberto y ha hecho algunas averiguaciones. A Alberto lo mataron, pondría la mano en el fuego. No sé quién ni sé exactamente por qué, pero no me cabe duda de que lo mataron. No era importante, no pintaba mucho y nuestra organización andaba escasa de efectivos, éramos cuatro y el cabo, es decir, cuatro y Alberto Boisgontier. Ya le digo que en el 75 Alberto no era nadie, pero lo tenía todo para abrirse camino. Era listo, tenía energía y tenía redaños.

—Pero dice usted que lo mataron y, sin embargo, el motivo no queda nada claro. Chicos como él, dispuestos a casi todo los había

en todas partes.

—Usted no llegó a conocerlo ¿verdad?

Escalona niega.

—¿Le importa que fume? —inquiere sacando de un cajón de su mesa un paquete de rubio.

Con un gesto de la mano Escalona le indica que haga lo que le parezca. Ricard Siurana impulsa su silla rodante hasta la ventana, la abre y enciende un cigarrillo a poca distancia. El subinspector puede oír las primeras gotas estallar contra el suelo del patio de la prisión. Gotas grandes, las primeras, las mejores. Enormes goterones cuyo impacto recuerda perfectamente desde que cuando era un crío se aficionó a ofrecer el rostro a la lluvia. Escalona adora la lluvia. El olor, el sonido, la humedad ambiental... Teresa dice de él que es hombre de otras latitudes, también él lo cree así. Lluvia un día sí y otro también, torrencial o cansina, tanto da. Aunque nada hay, a su entender, mejor que un buen aguacero.

—Lo bueno de tener despacho propio es que tienes más libertad. Bien, a lo que iba, Alberto no era un joven cualquiera. Un joven cualquiera era yo. Alberto tenía iniciativa, ideas propias, ambición. El régimen se tambaleaba, Franco agonizaba. Hacía días que tenía un pie en la tumba, llegaron a decir que había muerto hacía días, pero que intentaban encubrirlo para conservar el poder. Estoy convencido de que a alguien se le pasó por la cabeza que era mejor librarse de unos cuantos, de los más combativos, los que podían suponer una amenaza. Montaron una operación especial. Detenían a la gente por cualquier cosa, por vagos, por maleantes, qué más daba, los acusaban sin pruebas y en la Via Laietana daban palizas de las que no se olvidan. Pretendían desarticular nuestra organización, ya lo habían hecho antes con la Liga Comunista Revolucionaria y con el Grupo Ácrata Solidaridad. Alberto era una pieza clave en nuestra organización, era el alma, no sé si me entiende.

Y Escalona, que por el momento entiende a la perfección, asiente y espera.

—Los grises no se andaban con hostias. De haber seguido con vida, Alberto habría llegado lejos, habría alcanzado protagonismo. Y no se confunda usted, no hablo de un buen cargo, ni de este

despacho, que a mí ya me va bien.

—Entiendo —se limita a decir Escalona.

—Esa misma noche, horas después de que Alberto fuera arrollado por un tren en la estación de Gracia, murió Franco. Fue una putada, una gran putada y por partida doble. Me explico, podían haberle desconectado unos días antes o, a las malas, haber hecho que aguantase cuatro o cinco días más, un mes, medio año, qué sé yo. Sí, subinspector, como lo oye. Todo hubiera sido preferible, cualquier cosa menos morirse aquella noche. El hijo de puta nos jodió hasta el final. Nadie se enteró del asesinato de Alberto. Y cuando digo nadie estoy diciendo que muchos de los nuestros lo supieron semanas después. Ni los periodistas que simpatizaban con nuestra causa, nadie cubrió la noticia. Ni un solo periódico le dedicó unas líneas. Todos los diarios hablaban de la muerte de Franco, páginas enteras, declaraciones, pésames, condolencias... Todo lo que se le pueda pasar por la cabeza, pero ni una línea de Alberto Boisgontier. Otros que habían caído antes tuvieron un funeral, unas flores, unas palabras llenas de sobreentendidos, una esquela de través, un homenaje a nuestra manera... Pero Alberto... No lo enterraron hasta el lunes siguiente. Yo, que había pasado unos días fuera de la ciudad, llegué a tiempo de acompañar a su familia a Montjuïc. Éramos cuatro gatos y la mitad de nosotros teníamos miedo. No sabíamos a por quién irían después.

Ricard Siurana expulsa el humo en dirección al patio desierto.

—Ya sé que los símbolos no llevan a ninguna parte y que una vez muerto... Pero a todos nos dolió un olvido tan... No sé cómo decirlo, tan absoluto. Morirse el mismo día que Franco. ¡Qué putada! Ni una nota, nada.

Permanece callado unos instantes, como si recordara. Aplasta la colilla en el alféizar y cierra la ventana dejando la lluvia más allá del cristal. Escalona lo la- menta, pero no abre la boca. Ricard Siurana parece haber estado esperando la ocasión para hablar del tema. No necesita preguntas, ni que reconduzcan su discurso, tiene facilidad para expresar sus ideas de corrido. Escalona espera que no sea esa su única virtud.

—Y además, ¿sabe lo que recuerdo perfectamente? Que tras la muerte de Alberto no teníamos el cuerpo para felicitaciones. Meses enteros enfriando el champagne, no sé si usted lo recordará, pero

antes le llamábamos champagne aunque no fuera francés, no cava. El cava llegó con la transición. Bien, no pudimos ni alegrarnos por la muerte de Franco. Nos faltaba Alberto incluso para celebrar lo que llevábamos meses esperando.

Siurana hace una pausa in memoriam y frunce ligeramente los ojos, como si tu- viera humo en las comisuras. Poco después reanuda su parlamento.

—Cuando murió, la organización empezó a cojear. Era previsible. Yo intenté dirigirla, hice lo que pude, pero para qué engañarle, no tenía la fuerza ni la capacidad de Alberto. Poco después, cuando era un hecho que no íbamos a ninguna parte, la mayoría de nosotros pasamos a las filas de partidos más fuertes, con más futuro. Muchos acabaron en Bandera Roja, yo, como la mayoría, me acerqué al PSUC. Me gusta creer que Alberto habría hecho lo mismo.

A Escalona le vienen a la cabeza las palabras que su abuela utilizaba para referirse a aquellas personas que siempre salen bien paradas de casi todo. Decía de ellas que son como los gatos, que siempre caen de pie, que no les salpica nada. Y, aunque no sabe a ciencia cierta por qué, Ricard Siurana, alias Iván, le parece a Escalona una de ellas.

—Cuándo lo detuvieron pocos días antes de su muerte lo dejaron libre al cabo de unas horas. No hubo cargos, lo dejaron marchar. ¿Por qué cree usted que lo soltaron?

—Para matarlo. ¿Qué quiere que crea? A la vista está que le dieron el pasaporte. Lo que creo es que no hubo manera de hacerlo hablar. Y que como además Alberto todavía no era nadie no les quedó otra que ponerlo en la calle con más palos que a una estera. Eso es lo que creo —zanja Ricard Siurana, que se remueve en la silla con impaciencia—. Eso y que lo que buscaban era matarlo.

Ricard Siurana, aunque se esfuerce por disimularlo, empieza a sentirse desconcertado ante un inspector que no suelta prenda. La conversación no da más de sí y el mutismo de un inspector que no parece propenso al menor intercambio de información cada vez le gusta menos. Pero no lo admitiría ni bajo tortura. Por el contrario, continúa sonriendo. Siurana es de esas personas cuya sonrisa no se desmaya nunca, como si poco después de nacer se la hubieran implantado. Sonríen cuando se impacientan, cuando se irritan e

incluso cuando están a punto de sufrir un colapso.

—Es posible. Pero parece lógico pensar que alguien lo delató. No era fácil localizarlo si alguien no había dado aviso. ¿Sabe usted alguna cosa? —inquiere Escalona.

—Sí supiera alguna cosa, no lo dude usted, lo habría notificado inmediatamente. Todo lo que sé es lo que acabo de decirle. Ya le he dicho que me tiene a su disposición. Y, hablando de todo un poco, subinspector, ¿ha averiguado usted algo? Si necesita localizar a alguien, revisar documentos... Si está en mi mano, cuente con ello, piense que tengo contactos que nos pueden..

—Lo tendré presente —zanja Escalona el ofrecimiento antes incluso de que Siurana lo pueda dar por finalizado. No quiere verse obligado a explicar lo poco que ha conseguido saber. Tampoco desea que comprenda que, en sentido estricto, apenas sabe nada.

—Tengo una reunión con los responsables de la primera galería. Si no tiene usted más preguntas... —se excusa Siurana mientras se pone en pie mostrando su sonrisa atemporal.

Y, aunque su tono no es cortante, el subinspector entiende que ha llegado el momento de irse. Escalona se levanta y adelanta su mano. Siurana la encaja al modo y manera de las personas a las que los dedos ajenos les resbalan, de las que estrechan las manos como si las enjabonasen.

Escalona se despide con una inclinación de cabeza.

—¿Ha visto usted a Natalia? —pregunta Ricard Siurana a su espalda justo antes de que Escalona abandone el despacho.

El subinspector no abre la boca, pero asiente.

Escalona no necesita más problemas que los que apuntan en el horizonte y prefiere no volver a comisaría. No desea encontrarse con el intendente, para ser franco preferiría no verlo en unos días. Para demorarse camina desde la cárcel Modelo hasta la estación de Sants. Cuando baja del tren en los andenes subterráneos de la Plaza de Catalunya el subinspector no puede evitar echar un vistazo a las vías, pocas muertes puede imaginar tan terribles como el atropellamiento sobre raíles. Un escalofrío le baja desde la nuca hasta el final de la espalda, se estremece al pensar en una persona

arrojada desde el andén al foso, justo cuando es ya demasiado tarde para escapar. Una muerte espantosa en cuya reconstrucción preferiría no empantanarse.

En el vestíbulo de la estación un joven distribuye Cds sobre un trapo negro con la habilidad de un croupier de cartas. A su lado, otro muchacho de piel oscura, un calco del anterior, otea. A pocos metros un hombre de más de setenta, con abrigo de cuadros y bigote a la rusa, pregona con voz de falsete:

—Alcalinas, señores, alcalinas. Alcalinas de lujo, de las que duran más que la suegra.

El hombre, que tiene los ojos azules y aparatosamente hinchados en su parte inferior, le recuerda a una rana.

Nadie parece necesitar pilas.

En la ciudad ha dejado de llover y oscurece ya cuando sale al exterior. Las pocas nubes que no se han derramado sobre las calles se deshilachan por encima de los tejados. Los caminantes pasean sus paraguas cerrados y Escalona, las manos en los bolsillos y el pensamiento oscurecido como la tarde que se acaba, echa a andar por el Paseo de Gracia en dirección a su casa. No tiene prisa por llegar y, a pocas manzanas de su portal, cae en la cuenta de que la estación de Gràcia, la de los ferrocarriles urbanos en la que perdió la vida Alberto Boisgontier, no queda lejos. Decide acercarse. Siempre es conveniente visitar el escenario del crimen, si es que hubo crimen; aunque hayan pasado más de treinta años y las reformas hayan maquillado la estación que no dejará de ser un enorme agujero en el subsuelo. Escalona la recuerda bien. En alguna ocasión ha subido o bajado de un vagón en la estación de Gràcia, que no es la más cercana a su casa, pero sí la que le garantiza un paseo agradable. La tiene presente en la memoria, así como el ajetreo de las horas punta, pero desea verla de nuevo con ojos de policía.

La mirada de un poli es como su voz, como su chapa, se le suponen poderes.

La estación, tal y como la recuerda, es un enorme y largo agujero que a esa hora de la tarde es un verdadero hormiguero. Dos andenes y cuatro vías, enormes y molestas columnas que suben hasta el techo y lo sostienen, trenes que llegan y se van en cuestión

de segundos y varios cientos de personas repartidas en un par de plataformas. Algunas permanecen inmóviles, otras se afanan en un sentido o en otro. El tránsito de gente es constante, el ruido también. Escolares de todas las edades que regresan a sus casas procedentes de los centros del otro lado del Tibidabo, sirvientas de rostros oscuros que se baten en retirada y viejos espoleados por la lluvia. Chicos que se empujan los unos a los otros y utilizan la mochila como ariete, estudiantes que corren y que se atrapan a pocos palmos de las vías, señoras casi ancianas que esperan al tren demasiado cerca del vacío.

Sabiendo lo que sabe, al subinspector todo se le antoja arriesgado, alarmante, motivo de terror.

Hace treinta años la estación ya era así. Los escolares de entonces son los padres de los actuales e hicieron parecidos trayectos. Quizás alguno de los ejecutivos de traje y corbata era entonces un escolar, quizás incluso esperó codo a codo con Alberto, quizás... A Escalona le gusta reconocer personalmente el lugar, siempre le ha gustado demorarse en el escenario, ver, oler, pisar el suelo que pisó el criminal. En esta ocasión de poco le va a servir. Atestado de gente, sin ayudantes que despejen la zona, ni médico, ni juez, ni fotógrafos. Treinta años después no hay señales en el suelo ni rastros de tiza. Al parecer tampoco los hubo en su momento. No quedan indicios, ni tan siquiera la pintura es la misma en las paredes, solo la estructura permanece. Dos andenes, cuatro vías y un rosario de columnas que entorpecen la visión de lo que sucede en el andén.

Los vagones acaban de detenerse, la gente se agolpa en torno a Escalona. Una mujer con un bastón entorpece la salida de los viajeros, que acaban por acceder al andén de un salto. Un chico de unos quince años que cree que va a perder el tren aprieta a correr hasta alcanzar el último vagón y subir cuando ya las puertas se cierran a su paso. En su carrera golpea a un par de adultos que esperan la llegada de otro convoy por otra vía. Un hombre se revuelve airado.

Si cayó o si lo tiraron, tal vez nadie tuvo ocasión de verlo. Pudo cometerse un crimen, pero quizás no hubo testigos. De haberlos, treinta años después, y digan lo que digan las series americanas de polis todopoderosos, tampoco existe forma humana de dar con ellos.

9

Viernes, 19 de enero

Hay días, y los hay a patadas, que podrían empezar mejor. Que el intendente le haya hecho llamar nada más llegar a Comisaría, no le ha pillado por sorpresa. Era de esperar. Lo que no era tan previsible es que lo hiciera enarbolando el periódico de la mañana, el que lleva en la calle apenas unas horas.

—Pase y siéntese, Escalona —ordena mientras golpea el ejemplar con la palma de la mano.

El subinspector no ha leído la prensa y se teme lo peor. Aunque no tenga la menor idea de qué podría ser lo peor.

—¿Ha leído esto? —inquiere con el rostro levemente enrojecido y la voz varios tonos más aguda de lo normal—. Habla de Eulalia Bermúdez.

Escalona niega con la cabeza. En boca cerrada...

—Pues tenga, lea, no se prive. Y después me explica de qué va, a ver si me voy enterando —el intendente le tiende el diario y se sienta. Resopla discretamente y discretamente hace rebotar la pierna derecha como si tuviera un muelle en el talón.

—¿Hay caso o no hay caso? —pregunta antes de que Escalona

levante la vista.

—La verdad es que todavía no sabría decirlo —se excusa el policía devolviéndole el diario.

—¿Qué quiere decir con eso, Escalona? Explíquese. Yo no he leído ningún atestado que pueda hacer creer que...

—Quiero decir que hay algún indicio, algún detalle que me lleva a pensar...

—No piense usted tanto y hable claro.

El subinspector resume el asunto de Eulalia Bermúdez. El intendente menea la cabeza, parece apaciguado. —Si es como dice, es que alguien está pasando información a la prensa —aventura el intendente que ha recuperado su voz original, sin distorsiones—. Quiero que dé con él y que esto no vuelva a pasar. Estos días nos llueven palos de todas partes, ya habrá visto usted. Que si maltratamos en las comisarías, que si nuestros métodos no son fiables, que si la ciudadanía no confía... Solo nos falta que nos acusen de torpeza y de sembrar la confusión. Pronto seremos responsables de que no llueva.

—Haré lo que pueda —responde Escalona porque entiende que debe decir algo.

—No sé si en el Cuerpo Nacional de Policía las cosas funcionaban así, pero ahora aquí mando yo, Escalona, y no quiero filtraciones, ni informaciones dobles ni falsas expectativas. No sé si me entiende. Yo prefiero tener a la prensa a raya. No conozco un periodista decente. Y quiero que me informe usted de cada paso que den. No me gusta que me pillen con el culo al aire.

Escalona se despide con un gesto de conformidad, se levanta y se va. En su despacho encuentra los atestados actualizados por Evaristo y piensa con alivio que, con el papeleo resuelto y a falta de asuntos de urgencia, podrá dedicarse a revisar sus notas sobre Boisgontier. Se desprende del abrigo, guarda el móvil en el cajón superior y se dispone a poner por escrito cuanto ha podido averiguar, intuiciones incluidas.

Cuando ya no queda nada por anotar, decide hacer una llamada. Tendría otras opciones, pero un ofrecimiento es un

ofrecimiento. También desea saber si Siurana está verdaderamente dispuesto a colaborar.

—¿Señor Siurana? Disculpe, soy el subinspector Escalona. Estuve ayer en su despacho. No quisiera molestarle, pero como usted dijo que podía ayudarme... Mire, estoy buscando a una mujer, la esposa del policía que interrogó y pegó a Alberto. Creo que nos conviene... Sí, ya se lo explicaré, pero ahora necesito dar con ella. Creo que era funcionaria y que por su edad probablemente continúe trabajando en la Conselleria de Interior. Sí, tengo los datos. Sí, sí, está bien. Gracias.

A media mañana, justo cuando empezaba a pensar que necesitaba un segundo café suena y vibra el aparato que ha guardado en el cajón. El ruido es el de una taladradora de escasa potencia y curiosas prestaciones musicales. Escalona se sobresalta y todavía siente el corazón encabritado cuando pulsa la tecla para recibir la llamada.

—Ya lo tengo, jefe.

La voz de Guerao suena a buenas noticias.

—¿Qué es lo que tienes?

—Al chico, al que subió la compra hasta el piso.

—¿Tienes un retrato robot? —pregunta Escalona con ánimo de ir concretando.

—Quite, quite, jefe. Valls mucho tontear con la cajera, mucho que si esto que si lo otro, que si la barbilla, que si la nuez, que si el arco de la ceja, pero el retrato... Una mierda, jefe, como lo oye. Una mierda.

—Explícate, Guerao. ¿Qué es lo que tienes?

—Lo tengo a él aquí, conmigo. Lo he retenido. Lorena lo ha reconocido en cuanto ha entrado. Nada más ponerle la vista encima. La chica no tiene un pelo de tonta. De momento él dice que no sabe nada. Lo de siempre, habrá que apretarle un poco las tuercas, pero acabará cantando. Es de los que cantan, se lo digo yo.

Las apreciaciones de Guerao, como las de todo el mundo, no

siempre son acertadas. Acostumbrados a todo tipo de personas y de perfiles, los interrogatorios pueden ser fáciles o complicarse y hacerse eternos. Y el asunto no siempre es predecible. Hay tipos que elaboran explicaciones complicadísimas que a la larga acaban cojeando, generalmente buscan la admiración a toda costa, un problema con el ego. Otros se limitan a relatar una historia esquemática y de ahí no hay quien los mueva. Por las palabras de Guerao el subinspector entiende que el sujeto al que se refiere es de aquellos a los que resulta fácil confundir, de los que se hacen un lío a la mínima oportunidad y se desmoronan al cabo de un rato. De los que un poli acaba llevando al huerto. Y de la mano.

—Ven a comisaría y tráelo, quiero hablar con él. ¡Ah, Guerao! Y de esto nada a nadie.

—Descuide, jefe. En un plis estamos en su despacho.

Y en un plis los tiene allí. El uno al lado del otro. Guerao sonriente, y en camiseta Brando. El chico, cuyo cabello extragraso o ferozmente engominado conserva todavía los surcos del peine, tiene las manos en los bolsillos de los pantalones y los bolsillos más grandes que Escalona haya visto nunca. En el rostro las huellas de un acné reciente y purulento y en el cuerpo la desazón de la adolescencia prolongada más allá de lo razonable. Los ojos son de un negro cerrado y en ellos apenas se distinguen las pupilas.

El muchacho tuerce el gesto nada más entrar, y sacando la mano del bolsillo derecho, agita unas llaves en el aire, como si tuviera prisa. En el llavero, en cuero negro y metal, puede leerse: Ferrari.

—Siéntate —le ordena el subinspector señalándole la silla—. Y guárdate las llaves que no necesitamos música. Tú, Guerao, puedes irte.

El chico, con la mirada torva, calla y obedece. El agente abre mucho los ojos, tuerce la boca y levanta las manos ofreciendo las palmas al techo. No es habitual en Escalona interrogar en solitario ni ocultar información a sus hombres. Guerao no entiende nada y durante unos instantes no se mueve, continúa plantado junto a la puerta, esperando, exigiendo una rectificación. Con un movimiento de cabeza clarificador el subinspector insiste en que se vaya.

—¿Va a ser muy largo? —pregunta el chico mientras se sienta, se saca un chi- cle de la boca y lo moldea entre los dedos.

También él mueve la pierna como si pedalease en una máquina de coser.

—Eso va a depender de ti.

—¿Por qué me han traído? Yo no he hecho nada. No sé nada —asegura el muchacho mientras se acaricia el labio superior y persigue indicios de un bigote incipiente.

—Yo no te he acusado. Ni yo ni nadie —responde Escalona con toda la calma de este mundo, descansando la espalda en el respaldo de su sillón rodante. Es el momento de aparentar confianza, de hacer ver que uno es lo que no es y de dejar entrever que sabe más de lo que sabe.

También él juraría que el interrogatorio no será largo.

—Sí, ya... Y el tipo ese, el poli qué... Por algo me habrán hecho venir, digo yo.

—Bien, dejémonos de tonterías. Vamos a empezar por el principio. ¿Tu nombre?

—¿Y mi abogado? —pregunta el chico, echando mano de los conocimientos televisivos sobre procedimiento policial—. Quiero un abogado. Lo he oído mil veces, tengo derecho a un abogado.

—¿Para qué quieres tú un abogado?

—Tengo derecho —replica el chico sin achantarse—. Tengo derecho a no hablar si no está mi abogado.

—Que yo sepa no estás acusado, ni detenido, has venido a responder unas preguntas y eso es lo que vas a hacer —el tono de Escalona revela impaciencia.

Hace tiempo que detesta las pelis de policías, ya no son un género, son ciencia ficción, mucha más ficción que ciencia. Garrido, el inspector que le enseñó el oficio, las odia a muerte, las prohibiría por ley.

—Lo vamos a intentar otra vez. ¿Nombre?

—Toni Díaz.

—Nombre completo.

—Antonio Díaz Casado —responde el chico a regañadientes y con el chicle nuevamente en la boca.

—Vamos mejor. ¿Edad?

—19.

—¿Domicilio?

—Calle Sant Ramon, 17.

—¿Domicilio?

—Sant Ramon, 17, tercero primera.

—Vale, ahora empezamos a ir bien. Tú debes de ser hijo de Matilde Casado y vecino de la señora Eulalia Bermúdez.

—Sí, pero yo no tengo nada que ver.

El chico se revuelve en la silla.

—Nada que ver ¿con qué? ¿Te he acusado de algo?

—No, pero si me han hecho venir... Seguro que lo hará.

—¿Es que tienes algo que ocultar?

—No, nada. Nada.

La mano del chico ha bajado desde su bigote a su barbilla y ahora repasa las cicatrices de granos recientes.

—Aquel día tú hiciste la compra de la señora Eulalia Bermúdez.

—Yo no hice nada —responde Toni bajando la cabeza con tozudez y hurgando en el mentón con la uña de su índice.

—Tengo testigos y alguna prueba de lo que estoy diciendo.

—¿Prueba? ¿Qué prueba?

—Un ticket de compra en el que constan unos condones, que como comprenderás no eran para la señora Eulalia.

—Mierda... ¿Y usted cómo...?

—Mira, vamos al grano —dice Escalona inclinándose hacia delante tal y como acostumbra a hacer cuando las preguntas entran ya en materia. Es una forma discreta de intimidar al interrogado. El subinspector no puede dejar de pensar que ir al grano no es la mejor manera de decirlo cuando el chico no hace otra cosa que palpar pústulas—. Contéstame o vamos a tener problemas. Volvamos al principio. ¿Por qué hiciste la compra de la señora Eulalia? ¿La conocías bien?

—No, la conocía porque era mi vecina, pero era muy callada, casi ni me saludaba. No explicaba nada. Y lo que explicaba...

—¿Qué pasa con lo que explicaba?

—Nada, nada, que solo hablaba de dinero, eso es lo que dice mi madre —responde el chico, visiblemente azorado.

—Pero sabías que vivía sola, que tenía dos hijos que le enviaban dinero aunque no la visitaban mucho. ¿Habrías estado alguna vez en su casa? Es lo normal entre vecinos.

—Eso es lo que decía mi madre, que la vieja tenía dinero. Yo lo que sé lo sé porque mi madre hablaba con ella. Y de normal, nada, yo no he estado nunca en esa casa.

—¿Y lo de la compra?

El chico tarda en responder, como si midiera las palabras. Está a la defensiva, pero no parece a punto de perder los nervios.

—Yo había bajado a comprar el pan, lo hago todos los días. Me la encontré en la escalera y no tenía buena cara. Se había parado a la mitad, como si no pudiera continuar. Estaba blanca y parecía muy cansada. Le dije que si quería, que yo podía...

—Vaya, eres muy amable. ¿Te dio el dinero, una lista?

—Me dio veinte euros y me dijo lo que tenía que comprar.

—Y pensaste que podrías colar algo para ti. ¿Los condones, por ejemplo?

—No, yo... Los pagué aparte.

Ni el tono de su voz, ni su semblante acompañan a sus palabras. No hace falta mucha astucia para entender que baja la guardia.

—No digas tonterías. Estaban en el mismo ticket. Lo que querías era...

—Vale. Quería una caja de condones, no una carga de amonal. ¿Y qué? No me van a enchironar por una caja de condones. Pensé que como la vieja siempre decía que tenía dinero de sobra no se daría cuenta.

—¿Y luego?

—Luego, nada.

—No me salgas con esas, niñato. ¿Te abrió?

—Sí, claro que me abrió. Le di las bolsas, el cambio, y nada más. Ella me dio las gracias y me fui.

—Las bolsas pesaban. ¿Las entraste hasta la cocina?

—No, las cogió ella y se metió en su piso.

—¿No entrarías tú con ella? —insiste el subinspector.

—¿Para qué?

—Para continuar siendo amable, quizás. Para rematar la faena. Una propina no te iría mal. Ella no se encontraba bien, es lógico pensar que tú...

—Pues, no, no entré. Me fui —el chico responde con cierto aplomo—. Me largué. ¿Cómo quiere que se lo diga?

Mala señal, piensa Escalona, que no tiene el cuerpo para

interrogatorios prolongados.

—Quizás pensaste que ella te daría algo si... Teniendo dinero como dices que tenía, igual te daba algún billete. Por lo que veo tú no andabas sobrado y unos euros siempre van bien. Por el momento, aceptar propina no es un delito.

—¿Pero qué dice? ¿Propina? Si era una tacaña, y más pobre que las ratas. ¿Ha visto usted su casa? ¿La ha visto? Pues eso.

—Yo sí la he visto... pero tú acabas de decirme que no habías entrado nunca —apunta Escalona con toda la sorna que le es posible reunir a bote pronto—. Quizás deberías...

—¡Joder!

El subinspector entiende que quizás sea este, el primer renuncio, el mejor momento para marcarse un farol. Preferiría no hacerlo, pero no ve mejor manera, por eso prosigue.

—Tenemos huellas, Toni. Solo necesito una orden para retenerte y compararlas con las tuyas. Preferiría no tener que acusarte de...

Toni Díaz se altera visiblemente, se le rompe el gesto de indolencia y sus manos se agitan en el aire como si pertenecieran a un loco. Cada día no lo acusan a uno de homicidio aunque sea veladamente.

—¿Pero qué dice? Yo no la maté. Se murió sola. Yo no sé nada. Cuando llamé tardó mucho en abrirme y cuando entré ya estaba mal... Abría mucho la boca, se estaba ahogando, y estaba blanca como la pared. Casi no podía hablar y como pudo me dijo que dejara las cosas en la cocina y que le acercara la Cafinitrina que tenía en su habitación. Lo entendí por casualidad, porque es lo mismo que usaba mi abuela antes de...

—Sigue. Vamos bien.

El chico está tan nervioso que las palabras se le atropellan entre los dientes.

—Por eso entré en su habitación, por eso, no por otra cosa. Busqué por todas partes, pero tardé mucho en encontrarla. La

maldita Cafinitrina estaba en el suelo, debajo de la cama. Estaba abierta y la mitad de las pastillas se habían caído. Se le debió de caer cuando se levantó y salió a abrirme. Eso es lo que pensé, que se le cayó cuando... Yo hice lo que me pidió, encontré la puta Cafinitrina.

—¿Y qué pasó luego? —insiste Escalona con el gesto grave.

—Cuando volví al comedor ella estaba donde la había dejado, no se había movido, le costaba respirar y estaba muy pálida, eso ya se lo he dicho. Le hablé, le acerqué las pastillas, le pregunté si necesitaba algo más y me dijo que no con la cabeza. ¿Qué quería que hiciera, que me quedara mirando? Me fui. La mujer tenía la compra, la medicina, y me acababa de decir que no me necesitaba. Cogí la puerta...

El chico se interrumpe unos instantes y baja la vista de nuevo.

—¿Cómo iba a saber que se estaba muriendo?

—Guerao, ven a mi despacho —grita el subinspector en dirección al pasillo cuando calcula que el chico ha llegado a la calle.

Guerao es hombre de pasillos, no puede andar lejos. Un par de segundos más tarde el agente abre la puerta y, con el gesto enfurruñado, pregunta:

—¿Se puede?

—Pasa y siéntate —ordena el subinspector mientras aparenta leer un informe para ganar tiempo y mala leche.

Por el tono agrio de Escalona el agente se sienta y considera conveniente permanecer callado. Algo no anda bien y es mejor esperar a que caigan los palos para saber de dónde vienen.

—¿Has visto el periódico?

—No. No he tenido tiempo. Si no es deportivo yo no....

—Quizás puedas decirme qué cretino ha hablado con los periodistas de la muerte de Eulalia Bermúdez.

—A mí no me mire, que yo con los cuervos no me hablo.

—Cómo que no te mire. ¿Me estás diciendo que no sabes nada? Eres el único que sabe de qué va el caso, si es que hay caso. No he metido en esto a nadie más y vas y dices que no sabes nada. ¿Te has creído que soy imbécil? ¿No te das cuenta de que el único enterado eras tú? ¿Con quién quieres que hable? ¿Con el Tribunal de Rota?

El tono de Escalona ha emprendido un in crescendo súbito e involuntario. El cuerpo inclinado sobre la mesa, la boca a dos palmos de la cara de Guerao y la voz capaz de traspasar tabiques. El subinspector ha enrojecido y la vena que le sube, desde el tórax hasta el cráneo, cuello a través se ha hinchado visiblemente.

—¿Te has creído que soy imbécil?

Guerao, apenas entiende nada. Su gesto es el del perro apaleado.

—Jefe, no creerá usted que yo... Ya le he dicho que no quiero saber nada de los periodistas, que no tengo trato. ¿Cómo puede usted pensar que...? Parece mentira que no me conozca.

—Solo lo sabías tú. ¿A quién quieres que le pregunte?

—Con la de años que llevamos usted y yo...

Si yo digo que no he abierto la boca es que no la he abierto, subinspector. Yo funciono así y, a estas alturas, usted debería saberlo. —Si no has sido tú, ¿quién coño ha sido? A ver, Guerao, ¿quién ha sido? —pregunta Escalona dando un metafórico paso atrás—. No hay nadie más, en esto solo estás tú. Tú y yo.

—Y yo que sé. Lo que tengo más claro que el agua es que yo no he hablado con ningún periodista, ni ahora ni nunca. Y creo que usted, que me conoce de sobra, debería saberlo. ¿Me entiende? Y déjeme decirle que no entiendo por qué tengo yo que pagar los platos rotos. Yo solo hago lo que me dicen, lo que usted me dice.

Hay dignidad en sus palabras. Y agravio. Un agravio que desborda el despacho y que casi le rompe la voz. El subinspector teme haberse precipitado.

—¿Recuerdas con quién has hablado de este asunto?

—Que con quién he hablado, pues con los de siempre. ¿Con quién quiere que hable? Con Ramón, con Raquel, con Evaristo, con Valls, el del retrato, con Óscar, con Casasola... Horas plantado frente al escote de la cajera, sin perderla de vista ni un minuto, ¿a quién quiere que se lo cuente? ¿A mi madre? ¿Al dentista? Pues, a

los de siempre. Como todo el mundo.

—Está bien. Y disculpa, pero tenía que saber...

Escalona no acaba la frase. Guerao está tan ofendido que da la conversación por acabada. El subinspector espera que haya llegado hasta sus oídos el «lo siento» que pronuncia instantes antes de que el agente cierre la puerta del despacho para regresar a su medio natural, el pasillo. Lo malo es que está como antes. O peor, acaba de enemistarse con uno de sus mejores hombres.

La locomotora frena con un estrépito de metales. Por el ruido y por el pavor que siente es como si la máquina acabara de detenerse a un palmo de su cabeza. El corazón se le desboca y no acierta a entender qué es lo que pasa. Escalona grita, o lo intenta con todas sus fuerzas, se debate, suda como si arrastrara el mundo a sus espaldas y tiende la mano para agarrar la de Guerao al que ve precipitarse desde el andén. No alcanza sus dedos, no consigue ni tan siquiera rozarlos. Se estira, se estira como si pudiera desencajarse el brazo o separar el tronco de las piernas. Le cuesta respirar y se siente como amarrado con cuerdas, como clavado sobre un andén que no conoce en una estación repleta de gente sin rostro. Inmóvil, a pesar de que invierte en intentar desplazarse todo el empeño del mundo, el subinspector se debate entre el ruido, la gente que lo rodea y lo asfixia, el horror y el chirriar espeluznante e inacabable de las ruedas. Guerao cae a unas vías cuya presencia Escalona intuye, no las ve.

No puede verlas, solo sabe que están allí, en el fondo de un abismo.

El subinspector grita y abre los ojos yerto de miedo. Contempla el techo blanco y desierto, sin raíles a la vista, ni gente, ni chispas brotando de entre las ruedas. No entiende, no reconoce. Sobre el cojín una mancha húmeda y fría a la altura de la boca. Un ruido sordo, el de una puerta que se cierra, ahogado por una voz, la voz de Teresa y animado por el sonido de sus llaves al guardarlas en el bolso, lo devuelve a la realidad.

Se incorpora trabajosamente con mil impresiones en la cabeza, y ninguna buena. Se sienta en el sofá, la respiración se ralentiza, el corazón se reacomoda lentamente en su pecho. Comprueba que en su piso no hay trenes, ni vías, y que los vagones no acaban de arrollar a Guerao.

Teresa todavía lleva el bolso al hombro cuando se planta ante el subinspector. Viste chaquetón negro de cuero y calza unas botas del mismo color que le llegan casi hasta la rodilla. En torno al cuello una bufanda gris le sirve de embozo. Se diría que acaba de bajar de una moto de gran cilindrada o que se dispone a atracar un banco a mano armada. Nada más lejos. Escalona piensa que si un

observador se dejara llevar por los estereotipos, Teresa caería del lado del crimen mucho antes que del de la ley y el orden.

—No tienes buena cara. ¿Te encuentras bien? —pregunta.

—No, nada, no te preocupes. Una siesta traidora —responde mientras intenta serenarse y arrancar de su pensamiento a un Guerao arrollado por un tren fantasma en una estación todavía más fantasmal.

Por sus ojos, que resplandecen, Escalona adivina que Teresa trae noticias

—Eres un sol, Teresa —la halaga, y sinceramente cree que lo es. Teresa es el centro de su propio sistema celeste, él es un cuerpo más que pugna por no abandonar su órbita.

—Tú, no —le espeta la agente mientras arroja el bolso sobre un sillón, se des- prende del chaquetón y de la bufanda y extiende las piernas para que el subinspector estire de sus botas. Acabada la maniobra, Teresa le indica que se siente a su lado. A Escalona se le da bien obedecer.

—¿Te lo cuento o espero a que te sangre la úlcera? —pregunta la agente mientras se aparta el cabello del cuello echando la cabeza hacia atrás.

Santiago Escalona calla y sonríe. Teresa suspira.

—Verás, Antonio Martínez llegó hace muchos años a la comisaría de Via Laietana, y desde entonces no se ha movido de allí. Yo siempre le he conocido por Martínez, ya sabes, en una comisaría acostumbran a llamarte siempre por el apellido, por eso dudaba, nunca he sabido que se llamaba Antonio. Martínez recordaba perfectamente la detención de Alberto Boisgontier y no ha tenido ningún problema en hablar conmigo. No me ha pedido explicaciones, tampoco me ha parecido que tuviera nada que esconder. Le quedan cuatro días para jubilarse y está el hombre que no cabe en sí.

Teresa se interrumpe unos instantes, se lleva las manos a los antebrazos y pregunta:

—¿No tienes frío, Santiago?

Escalona niega y le acerca la manta de grandes cuadros rojos y verdes que Teresa utiliza cuando se tiende en el sofá, una de las cosas que trajo consigo cuando se instaló en casa de Escalona, la manta del sofá. El subinspector sabe, lo aprendió siendo un crío, que las palabras tienen más de una interpretación y que Teresa no

siente el menor interés por saber si está cómodo.

—Martínez recuerda que Carrión hizo lo que acostumbraba hacer. Después de soltarle a Alberto un par de hostias como tarjeta de presentación, le llamó varias veces maricón. Era como un tic, para Carrión los rojos eran todos unos maricones. Cuando ya le hubo llamado así cuatro o cinco veces, el detenido empezó a mosquearse y contestó llamándole fascista, represor, hijo de puta... Lo de siempre. Hasta aquí nada nuevo. A todo esto, Garrido estaba inspeccionado el local y Carrión insistía en llamar a Alberto maricón, era como una fijación. Y en esas que Alberto, que no tenía en ese sentido mucho aguante, le responde que podía ir a preguntarle a su mujer, a la de Carrión, claro. Que ella le explicaría si era o no era un maricón, que le preguntase... Martínez cree que Alberto sabía el nombre de la mujer, que lo dijo en algún momento, pero no lo recuerda. Carrión se lió a golpes, a patadas...

Escalona asiente como si pudiera verlo.

—Y Alberto, que no se achantó. No dejó de llamarle cabrón. Cuando la cosa empezaba a pintar mal y Martínez intentaba sujetar a Carrión, llegó Garrido y entre los dos lo inmovilizaron como pudieron. Asegura que si lo dejan, lo mata. Carrión amenazó a Alberto con partirle el alma y Boisgontier juró que pasarían cuentas cuando Franco la diñase. En líneas generales, todo concuerda con lo que te explicó Garrido.

—¿Y de la muerte de Alberto?

—De lo que pasó después, Martínez no sabe nada. No sabía ni que el chico hubiera muerto.

—No me equivocaba, eres un sol.

—No me des coba y coge el móvil, que está sonando.

Escalona se levanta y rebusca en los bolsillos de su abrigo. Teresa se acurruca en el sofá y estira de la manta hasta que esta le cubre las mejillas. Se dispone a dejar este mundo, el de los que andan despiertos, durante un buen rato.

El piso de Natalia López es un principal y sus ventanas se abren directamente sobre el Turó Parc, uno de los parques más umbríos de toda la ciudad, también uno de los que Escalona

prefiere por la tranquilidad de sus sendas y por la sombra poderosa de sus árboles longevos. En el parque, la noche parece más oscura y en la calle ya no queda nadie, como en las películas. El jardín entero se resiente de la lluvia reciente y huele a tierra mojada. Escalona se demora unos instantes junto a la verja, no conoce mejor aroma que el que emana de la tierra satisfecha.

La llamada de Natalia le ha sorprendido y no ha acertado a posponer la cita. No ha reaccionado a tiempo. Ha salido de casa después de cenar y a contrapelo, dejando a Teresa tendida en el sofá con un libro y los ojos ya a media asta. Escalona se siente cansado y hubiera deseado acabar el día sin más quebraderos de cabeza, pero Natalia López le ha asegurado que necesitaba decirle algo importante y que era mejor no esperar.

Cuando la mujer le abre la puerta, en el piso reina un silencio absoluto. Ni televisión, ni música ni compañía aparente.

—Gracias por venir, subinspector. Pase por favor.

Natalia López continúa vistiendo de negro y luciendo sobre el escote el enorme caracol de plata. Parece dispuesta a presidir un consejo de administración.

—Pase y siéntese, sin cumplidos. ¿Le apetece algo de beber o sigue usted de servicio?

—Una cerveza estará bien —responde Escalona mientras se desprende del abrigo y se sienta en una butaca.

Natalia López regresa al cabo de unos instantes con una cerveza fría y un vaso largo y mediado en el que se disuelven un par de cubitos de hielo. Acerca una butaca a la del subinspector y antes de empezar a hablar toma un sorbo de lo que Escalona juraría que es whisky. Por el suspiro con el que deja el vaso sobre la mesita auxiliar, parece necesitarlo.

—¿Ha hablado usted con mi ex marido?

—Está fuera, en Bulgaria, pero ha contestado a mis preguntas.

—¿En Bulgaria? —pregunta con una sonrisa sarcástica que le tuerce la boca—. Le encanta andar lejos. ¿No le ha dicho que no tiene tiempo para nada? Siempre está muy ocupado. Intenta

descubrir si tiene talento tirando de subvenciones. Bien, supongo que Oriol le habrá dicho unas cuantas cosas de mí, mi ex no pierde la oportunidad de insultarme; para referirse a mí acostumbra a llamarme públicamente zorra. Y ¿sabe usted por qué?

Escalona niega con la cabeza. No tiene intención alguna de interferir en los asuntos de la pareja.

—Porque tuve un par de amantes mientras vivíamos juntos. Lo de vivir juntos es para entendernos. Sí, un par, eso he dicho, ni uno más. Si lo compara usted con la cantidad de meritorias, de becarias, que se ha tirado después de prometerles el oro y el moro... Y no son invenciones mías, se lo puedo asegurar. Me consta, como tantas cosas, como me consta que durante años intentó no pasarme la pensión. Prefiere gastar su dinero en proyectos que raramente cuajan, en sueños de megalómano, en delirios de... En fin, no ha venido usted para hablar de Oriol. El caso es que se ha estrellado mil veces, pero todavía cree que tiene algo muy grande por hacer. Y, según él, si no lo consigue es porque el sistema no le deja.

Un nuevo sorbo y un nuevo suspiro.

—Pero, qué más da. No crea usted que me afecta, por mí puede decir lo que quiera.

A Escalona no le importa en absoluto si las palabras de Llompart continúan hiriéndola. El subinspector juraría que sí, pero es un asunto que no le incumbe.

—Le habrá hablado de mi padre... —aventura.

—Algo me ha dicho.

—Le habrá explicado que está convencido de que mi padre mandó matar a
Alberto.

—En otros términos.

—Ya, ¿y usted lo cree?

—Por el momento no sé qué pensar, no tengo datos para...

—Mi ex solo habla para joder, para joderme a mí, evidentemente. No sabe cómo hacerme daño. Usted le ha dado la oportunidad. Mi padre, subinspector, no hizo matar a Alberto. Podría haberlo hecho, pero no lo hizo. Estoy completamente segura. Ya le dije que ni lo sabía, de otro modo no se hubiera cruzado de brazos.

—¿Sabe usted quién lo hizo?

—No, ya le dije que yo creo que Alberto se desmayó y cayó. Creo que fue así. Siempre lo he creído así.

La mujer apura el whisky.

—Necesito otra copa. Le traigo una cerveza —anuncia mientras se levanta y se pierde en el interior del piso. No parece considerar el no como respuesta.

El policía no se atreve a decir que si ella no ha de añadir nada nuevo, preferiría no beber más e irse a casa sin dilación, se limita a reacomodarse en la butaca y a invertir la posición de sus piernas.

Cuando regresa con el vaso nuevamente mediado, Natalia se inclina hacia delante haciendo tintinear el hielo.

—Ha sido usted la que me ha hecho venir. ¿Tiene algo que decirme? —pregunta Escalona, que detesta perder el tiempo y que desde la más remota infancia ha manifestado una habilidad escasa para las relaciones sociales y una incapacidad clamorosa para hablar por hablar.

—Sí y no, subinspector. Me pidió usted que recordara todo lo que pudiera sobre los dos últimos días de Alberto. Soy una mujer obediente y le he hecho caso. Lo he puesto por escrito, me resulta más fácil. ¿Le parece a usted bien?

El subinspector se lleva la cerveza a los labios, prefiere no abrir la boca. Hay algo en la mirada enredada de Natalia López que le inquieta. Desconfía de sus ojos enmarañados y recela todavía más de sus atenciones.

Mirando a Escalona derecho a los ojos, la mujer pregunta:

—¿Cree usted que todavía seguiría gustándole?

—¿Gustándole? ¿A quién? —inquiere el subinspector, al que la mirada de la mujer ha conseguido turbar hasta los tuétanos.

—A Alberto, hablo de Alberto. ¿Cree que seguiría gustándole?

Escalona piensa que Natalia gustaría a media humanidad adulta, ni más ni menos, y que Alberto debería estar loco para no

interesarse por una mujer así. Incluso su entrepierna empieza a manifestarse de acuerdo con su íntima apreciación. Hace años que el subinspector no se encontraba en este tipo de apuros.

—Desde luego, ¿por qué no? —responde sucintamente, intentando no parecer cohibido, pero sin conseguirlo.

—¿Y a usted?

—No entiendo a qué viene... —consigue balbucear.

—No ha contestado, subinspector o ¿prefiere que le llame Santiago?

—Sí, claro que podría —responde utilizando un tiempo verbal que le concede cierto margen—. Pero...

Natalia López ha olvidado el vaso y casi como por descuido ha acercado la mano en la que descansa el enorme caracol de plata a la del policía. Escalona se apresura a retirarla y a aferrar su vaso como se aferraría a la barra del metro durante un frenazo.

—Así que a usted también podría gustarle. ¿Podría gustarle de verdad? Es decir, cree usted que...

Con la segunda cerveza entre pecho y espalda y al alcance de la mano una mujer de las que quitan el aliento, Escalona siente el corazón medio desbocado y el pensamiento turbio como si en lugar de cerebro tuviera una charca, la charca primigenia. Le cuesta rescatar sus pensamientos del medio acuoso en el que están a punto de naufragar. Natalia López se le ha acercado y Escalona casi puede oír su respiración. Si la proximidad de una mujer es físicamente perceptible a cierta distancia, Escalona está en disposición de jurar que todo su cuerpo reacciona y se hace eco de la presencia de Natalia a pocos centímetros.

—Si es cierto lo que dice...

La mujer se interrumpe, la actitud de Escalona parece desconcertarla. Rígido, con una turbina por cabeza y la mano derecha agarrando un vaso como si fuera a romperlo por la mitad, el policía no resulta demasiado estimulante. Escalona sabe que bastaría con una palabra, con un dejar avanzar una mano, con un leve gesto de asentimiento. Una proposición así no la recibe uno cada día y la carne es débil, muy débil, también la de un poli como él. Hay impulsos difíciles de controlar. Sin embargo... Sabe que nunca ha estado tan bien como está ahora. Nunca hasta ahora, hasta Teresa, había experimentado el placer de vivir en compañía. Aprecia en lo que vale cada detalle, cada atención. Incluso, de tarde en tarde, Escalona se perfuma por el placer de oír alabar a Teresa lo bien que huele. Hubiera jurado que no lo haría nunca, pero ha aprendido a vivir de menudencias y nunca antes había sido más feliz. A decir verdad nunca antes había sido feliz en la menor medida. Ni cuando recién casado con Marga, su ex esposa,

estrenaban la vida juntos.

Han sido tantos los años de intentar conseguir lo que ahora tiene, tanto el tiempo sin aceptarse a sí mismo, que algo así podría dar al traste con... Han sido tantos y tan duros los años al margen de todo, incluso de la propia vida, que no se lo perdonaría nunca. Teresa quizás no llegara a saberlo, quizás incluso pudiera entender. Otros lo hacen, se lían la manta a la cabeza y... Pero él, Santiago Escalona, un hombre sin doble fondo, no conseguiría olvidarlo, demasiados años de introspección.

Ese sería el problema, su propia memoria. Simplemente no lo conseguiría.

—Podríamos pasar un buen rato —insiste Natalia López cobijando entre las suyas la mano libre del subinspector y acercándose un poco más. La mujer en- tiende que ha llegado demasiado lejos para volverse atrás decorosamente y le habla casi al oído. Por su aliento, Natalia López podría desprender fuego si le acercaran una llama.

—Creo que no va a ser posible —dice librándose de las manos de la mujer y levantándose casi de un salto—. No es necesario que me acompañe —aclara.

Cuando pone el pie en la calle vacía, Escalona tiene un humor de perros. Sabe que no encontrará ningún taxi en muchos metros a la redonda y que no le queda otra que echar a andar con Natalia López atravesada en su mente de parte a parte. Es una noche oscura, una de aquellas noches en las que las nubes velan una luna que no es más que un filo, una armoniosa curva en mitad del cielo. A cierta distancia, quizás en otra calle, petardea una moto. Es lo único que alcanza a oír.

Sobre la acera, el policía siente frío, y lo agradece. Siempre ha pensado que el frío despeja el pensamiento y reactiva los sentidos. Con el cuello del abrigo rozándole las orejas, las manos en los bolsillos y el cuerpo tenso por el relente de la medianoche, Escalona sigue la verja del Turó Parc. En los jardines cerrados hace horas que no queda nadie. Ni los que pasean a sus perros, ni los que cruzan el par- que camino de casa. Ni un alma en las proximidades y a la vista ningún cuerpo. Sin embargo, cuando Escalona lleva caminados unos metros, advierte tras él el sonido de unos pasos. No se vuelve, no se apresura. El subinspector continúa andando pendiente en todo momento del caminar pausado de un extraño a pocos metros. Se para y saca el móvil. Presiona algún botón al azar y examina la pantalla luminosa durante unos instantes. Desconoce la mayoría de las aplicaciones del trasto que maneja todavía con cierta dificultad, pero para detenerse en mitad de una acera no se le ocurre mejor excusa. Los pasos han dejado de oírse y de reojo

distingue la figura de un hombre que se ha parado a cierta distancia. No distingue su rostro. Escalona entiende que no está solo, lo que se le escapa es el por qué. Qué empeño puede tener nadie en seguir sus pasos, quién puede querer conocer sus movimientos cuando ni él mismo siente demasiado interés. Quizás el que le sigue pretenda intimidarlo, hacer que se acojone, quizás solo desee robarle. Preferiría no tener que pasar por algo así. Puede ver los titulares.

«Subinspector de policía robado en plena calle a punta de navaja»

Y oír los comentarios al poner los pies en comisaría.

Escalona tuerce por la primera de las calles a modo de verificación, una de esas calles que solo conducen a sí mismas y a otras parecidas. No hay duda, alguien anda tras él. Los pasos siguen a su espalda, a unos treinta metros. A punto está de girarse, pero no lo hace, no debe cometer el error. Controla, por el ruido de sus pisadas, la distancia a la que camina su perseguidor. No se acerca, por fortuna el ruido no se aproxima, el hombre conserva la distancia, simplemente le sigue. Y eso resulta todavía más extraño. Un robo tiene sentido. Que sigan a un poli que en apariencia no se trae nada entre manos, carece de toda lógica. El subinspector olvida el frío, olvida a Natalia y ancla el pensamiento en su propia casa, en su cama y en la proximidad tibia del cuerpo de Teresa.

Tiene los puños cerrados en el interior de los bolsillos y el cuerpo tenso como una escoba. No necesita comprobar nada, sabe que no está armado, que no lleva la pistola encima. Raramente la lleva y no sabría decir si la ha dejado en comisaría o si la ha olvidado en casa. Se maldice mil veces por no tomar precauciones mientras cierta inquietud toma posesión de su estómago. Camina un buen rato, una eternidad en unos minutos, acariciando el móvil que baila en su bolsillo derecho como otros acariciarían una medalla o una cruz.

El policía continúa caminando con la vista al frente y el oído alerta y se esfuerza por no alterar el ritmo de sus pasos hasta alcanzar la avenida Diagonal. Plantado junto a un semáforo y al pie de un farol, a la vista de decenas de conductores y de algún que otro noctámbulo, Escalona suspira profundamente, levanta una mano y consigue un taxi que lo acerque a casa y lo aleje de un peligro vago, pero extrañamente cierto.

Desde la trasera del auto Escalona puede ver un hombre delgado, de pelo corto y no muy alto. Tiene las solapas levantadas y las manos en los bolsillos, quizás acaricia un arma. Apenas consigue verle el rostro. No podría reconocerlo.

El hombre continúa andando como si se propusiera seguir al taxi.

10

Sábado, 20 de enero

Teresa tira de él, el semáforo está verde y cruzar la Diagonal no admite demo- ras. La agente tiene frío y camina encogida, a pasos muy cortos y con la bufanda gris a ras de ojos, involuntariamente de incógnito. Escalona, las manos en los bolsillos y el andar pausado, se deja llevar. En la acera de enfrente, junto a la embocadura de la Rambla de Catalunya, el subinspector ha visto algo que le ha llamado la atención. Un gran bolso verde, verde manglar, verde caimán. Un bolso enorme que activa todas las alarmas.

Una mujer de larga y ondulada melena cobriza que camina despacio de la mano de un hombre. El bolso resulta inconfundible, la mujer, con su cabeza de medusa, también. Como ellas, también le repele. Es Helena Moon, vestida para seducir. Vaqueros muy ajustados, jersey de cuello alto y color verde parecido al del bolso y chupa de cuero muy ceñida. Alta, esbelta y con el cabello ensortijado y al viento, Helena Moon parece capaz de conseguir cualquier cosa. El hombre que la flanquea no desmerece. Viste chaquetón oscuro, tiene buena estampa y cobija en su bolsillo la mano de la mujer. Caminan lentamente, como si no tuvieran prisa ninguna. Ni frío.

¡Helena Moon!

—No corras, Teresa. Es una periodista y prefiero que no me vea —Escalona se ha detenido en seco.

—Tú siempre tan sociable —refunfuña Teresa, situándose junto a él, detrás de él, utilizándolo de parapeto frente al relente que sube desde el mar.

— Espera un momento.

En un alarde de espontaneidad del cual espera no tener que arrepentirse, Escalona se lleva la mano de Teresa hasta los labios. Si tiempo atrás alguien le hubiera dicho que besaría la mano de una mujer en plena calle en un arrebato... Ni él mismo se reconoce.

—Eso ha estado bien. Pero...

Teresa se retira la bufanda de los ojos mientras salta sobre sus pies para calentarlos, resopla e intenta fijar la mirada en la pareja que acaba de detenerse.

—¿Pero, qué? —inquiere Escalona, algo confuso.

—¿Ese no es...? —interroga Teresa, que señala en dirección a la pareja sin asomo de discreción.

Escalona observa al hombre que tira de la mano de Helena. Ambos se acercan a uno de los árboles del paseo. El hombre se apoya en el tronco y ofrece su rostro. Es joven. Tiene los ojos casi entornados y en la boca media sonrisa de felicidad. O la felicidad entera. Las manos en los bolsillos, los labios ansiosos y los brazos bien dispuestos para el abrazo. Se diría que está a punto de levitar. La mujer de la mirada omnívora se aproxima mucho a él, como si lo acorralara, y rodeando el cuello del hombre con sus brazos, le besa. Es un beso largo, intenso. Un beso de los que aceleran la sangre y disparan los fluidos. El hombre apenas abre los ojos, aunque lo hiciera no vería más allá de sus narices.

Si Escalona no lo estuviera contemplando, si no lo tuviera casi al alcance de su mano, juraría que no es verdad, que está soñando como soñó días atrás con una máquina de tren asesina.

El hombre abraza a Helena Moon y ambos permanecen allí durante mucho rato, como si el tiempo se hubiera detenido definitivamente y los hubiera sorprendido en mitad del paseo, al descubierto. Escalona no consigue desprender la mi- rada. El hombre abre los ojos y vuelve a cerrarlos, se niega a abandonar los labios de la mujer. Por un momento el subinspector cree que los ha visto, que ha reconocido a su superior en el hombre que los mira con insistencia y una buena dosis de pasmo. Se convence de que no ha sido así cuando el agente, entornando de

nuevo los ojos, atrae la boca de la mujer hacia sus labios y la estrecha en un abrazo.

— Es Evaristo —masculla incrédulo el policía con los ojos muy abiertos y un vuelco gastrointestinal—. ¡Mierda!

—¡Lo que ha aprendido este chico en los libros! —exclama Teresa a punto de silbar de admiración.

Acaba de verlo y no le gusta nada. Evaristo y Helena Moon. Una mujer que no tiene escrúpulos, que podría comerse crudo a cualquiera y de la que no puede esperarse nada bueno. Una mujer que escribe y que publica lo que quiere, una periodista propensa a enmarañar, a levantar expectativas, a...

Santiago Escalona y Teresa se han parado en una esquina. Un hombre cuya estampa le sería familiar a Escalona, si la sorpresa le permitiera darse cuenta de que lo andan siguiendo, se ha detenido también a pocos metros, al amparo de uno de los árboles que flanquean el paseo. Escalona lo ve, pero no advierte nada extraño en el sujeto que enciende un cigarrillo arrimándose al tronco como para guarecerse. El hombre, el rostro casi oculto, protege el mechero con la palma extendida de su mano. Lleva las solapas del abrigo levantadas y no les pierde de vista.

Ni Teresa ni Escalona se atreven a rebasar a la pareja. Prefieren no ser vistos. Tampoco el hombre se mueve. Fuma sin dejar de mirarles y el humo, impulsado por la brisa, desaparece de inmediato en la noche que se precipita sobre la ciudad. Nadie, ni el mismo desconocido, posee una visión del insólito conjunto. Se diría que entre todos integran una galería de estatuas. Escalona masculla improperios y Teresa se aproxima a sus labios y le estampa un beso. El hombre sigue mirando.

—No seas así, Santiago. No todos los periodistas son iguales.

—No, los hay peores —musita Escalona que, de ceder a sus impulsos, se acercaría, los separaría a empellones y haría dictar una orden de alejamiento contra Helena Moon.

Mejor aún, un edicto de destierro.

11
Domingo, 21 de enero

Es bien sabido que una visita de los mossos acostumbra a acarrear complicaciones. Si además se presentan en tu casa la mañana de un domingo, mal asunto. Pero cuando Teresa abre la puerta y los invita a entrar no hay alarma en sus gestos.

—¿Un café? Acabo de hacerlo. Santiago os esperaba.

—No, café, no, gracias. Le entregamos el sobre y nos vamos, tenemos que volver cuanto antes.

Teresa los acompaña hasta la cocina. Escalona, sentado a la mesa frente a una taza de café, les invita a acomodarse con un gesto. Los mossos no lo hacen, le saludan y se limitan a permanecer de pie junto a la puerta y a alargarle un sobre.

—Lo ha traído un mensajero esta mañana, hace un par de horas. Ha dicho que era urgente y que debía entregarlo en mano. No hemos querido darle su dirección por si las moscas y le hemos asegurado que se lo haríamos llegar cuanto antes.

—Gracias. No sé de qué se trata, pero gracias por tomaros la molestia de venir hasta aquí.

—No sabíamos si debíamos molestarlo teniendo en cuenta que es domingo y que no está de servicio, pero como el mensajero insistía en que era urgente...

—Habéis hecho bien, Andreu. No te preocupes.

En cuanto desaparecen del quicio de la puerta, Escalona rasga el sobre en el que no hay remite, tan solo su nombre, Santiago Escalona, su responsabilidad, subinspector, y su localización, Comisaría de Nou de la Rambla, Barcelona. Extrae un par de hojas manuscritas y busca inmediatamente la firma, Natalia López. Al subinspector el corazón se le acelera de puro recelo. Hubiera preferido no volver a saber nada de ella, tirar tierra sobre la noche del viernes y dejar de pensar en la mujer que se le insinuó horas atrás. Le desconciertan los envites sentimentales y la imagen de

Natalia López acercándose a su boca con los labios entreabiertos hace que su estómago intente por cuenta propia el salto del ángel.

Teresa se ha sentado frente a él, los ojos muy abiertos, las manos cruzadas sobre la mesa y la intención manifiesta de no irse de allí hasta no saber de qué se trata. A veces Teresa es un libro abierto. No siempre.

Espera que le desvele el misterio. Y Escalona lo hace.

—Es de Natalia López, la novia de Alberto Boisgontier. Después te la dejo leer —promete antes de saber si podrá hacerlo y con el estómago todavía en caída libre.

A la atención del subinspector Escalona:

Espero no equivocarme en el tratamiento, creo recordar que se presentó usted como subinspector. Me pidió, hace un par de días, que tratara de hacer memoria y de anotar todo lo que recordaba de aquella semana de noviembre. Así lo he hecho y espero que le sirva a usted de alguna ayuda.

Yo nunca sabía dónde celebraba Alberto sus reuniones de partido ni dónde prepa- raba y guardaba el material, las octavillas, los manifiestos, los libros prohibidos... Siempre estuve al margen, él lo quiso así. Solo sé que cambiaban continuamente de emplazamiento, que se movían para eludir a la policía. Únicamente sus compañeros más cercanos sabían dónde localizarlo en cada momento.

Me enteré de su detención un sábado, cuando me llamó Oriol Llompart. Estuve du- dando, pensé que podía decírselo a mi padre, pedirle que intercediera por Alberto. Como puede usted suponer hubiera bastado con una insinuación suya para que lo pusieran inmediatamente en la calle y se disculparan por el error cometido, salvo que la acusación que pesara sobre él fuera verdaderamente grave. Y, dadas las humildes dimensiones del partido, no creo que lo fuera. No sabía qué hacer, le daba vueltas y vueltas y no me atrevía a dar el paso. Mi padre no era hombre fácil de persuadir, quizás hubiera ayudado a Alberto, lo hubiera hecho por mí, pero de ahí a permitir que siguiera con él... Se lo comenté a un amigo de

mi hermano mayor que acababa de licenciarse en Derecho, un chico astuto. Tenía confianza con él y le pedí consejo. Me dijo que esperara un par de días, que intentaría averiguar algo, y que, en todo caso, hablara con mi padre si transcurrido ese plazo Alberto no estaba en la calle y nadie tenía noticias de él.

Pero al cabo de dos días, el lunes 17 de noviembre, lo liberaron. Alberto me llamó aquella misma tarde y nos encontramos en un bar a poca distancia de comisaría, en la misma Via Laietana. Me preguntó por su familia, quería saber si se habían enterado, yo no tenía ni idea. Acto seguido les llamó, les mintió. Las tranquilizó como pudo y les dijo que había estado fuera un par de días. Les prometió que el martes pasaría por casa. Alberto sabía que no estaba bien y no quería asustarlas, por eso prefería no ir a casa inmediatamente. Exteriormente las señales no eran evidentes, estaba pálido, sin embargo los golpes recibidos no se apreciaban, los grises sabían lo que hacían. Pero le fallaban las piernas y estaba mareado, perdía el equilibrio al andar y tenía la sensación de que de un momento a otro podía desvanecerse. De lo que sucedió allí dentro no quiso explicarme nada. Solo recuerdo que me dijo que ya habría tiempo. Y no lo hubo.

A mí casa no podíamos ir, a su casa tampoco. Alberto no estaba en condiciones de pasar la noche al raso, por eso recurrimos a sus colegas. No encontramos a Siurana, que por entonces se hacía llamar Iván. En su casa nos dijeron que pasaba unos días fuera de Barcelona. Tampoco localizamos a un par más cuyos nombres no recuerdo, a otro le entró miedo y se inventó una excusa. Por fin dimos con Llompart. Yo insistí en llevarlo a un ambulatorio, cualquiera con dos dedos de frente habría hecho lo mismo, pero Alberto se negó en redondo. Me pidió que llamara a un amigo suyo, un estudiante de cuarto curso de Medicina. Nos dijo que vería a Alberto al día siguiente y nos dio la dirección de su casa.

Lo que acabo de explicarle ahora le parecerá una tontería, pero entonces no había teléfonos móviles, llamamos desde un bar, había mucho ruido y se nos acabaron las monedas varias veces. Fueron un par de horas espantosas. Yo estaba asustada, angustiada, no sabía qué hacer ni a quién recurrir. Y lo que es más importante, era muy joven. Alberto estaba molido, necesitaba una cama y un buen médico. No teníamos ni una cosa ni otra.

Alberto necesitó apoyarse en mí para salir de aquel bar, un bar que ya no existe, un bar de época.

Fuimos a casa de Oriol y allí pasó la noche. Yo volví a mi casa, tenía 18 años y una chica como yo no podía regresar a casa a cualquier hora. A mi casa, no. Mi padre me hubiera hecho buscar o me habría encerrado en mi cuarto y habría tirado la llave. Alberto me aseguró que al día siguiente pasaría a ver a su amigo y después iría a su casa. Y así lo hizo. Me consta.

Nos vimos el martes, creo que ya se lo comenté, fue entonces cuando me aseguro que, a pesar de que le habían pegado sin escrúpulos, no había denunciado a nadie. Dijo que eso era lo que buscaban, nombres, pisos, cualquier tipo de información... Si hubiera hablado, si hubiera delatado a sus amigos, a sus camaradas, no le hubieran propinado tanta leña. Yo le creí, siempre le creí. De hecho, creo habérselo dicho ya, sigo creyendo en todo lo que me dijo.

Estuve con él casi todo el martes, primero en su casa, después en Montjuïc, piense que él vivía en el arranque de la montaña. Recuerdo que se cansaba y que se apoyaba en mi brazo como lo haría un enfermo. Me dijo que tenía una reunión al día siguiente por la tarde y que no podríamos vernos, recuerdo que preparaban algo, pero nunca supe de qué se trataba. Decía que quería protegerme, que cuanto menos supiera, mejor para mí y para todos.

Según me explicó Alberto, su amigo, el que era casi médico, no había observado lesiones importantes y le había recomendado reposo. Por eso, al caer la tarde, lo acompañé de nuevo hasta su casa. Me prometió que descansaría, que comería como Dios manda y que andaría con cuidado. Ya sabe, lo que decimos a veces cuando queremos mucho a alguien, pero no podemos retenerle.

O no tuve fuerzas, o me faltó poder de convicción. No sé, pero muchas veces pienso que allí, en aquel banco del parque, cuando acepté que Alberto fuera a dónde tuviera que ir, que siguiera con su vida y con su actividad clandestina, malogré mi futuro y tiré el suyo por la borda. Si lo pienso fríamente sé que no es así, que no había fuerza humana capaz de detenerle, que ese accidente, o lo que quiera que fuera, no fue culpa mía, que nada pude hacer por...

Pero qué más da, y sobre todo qué más le da a usted. No creo que le interesen mis cavilaciones, pero sepa que yo no decido qué es lo que quiero pensar. Ni yo ni nadie. Y, desde que usted apareció

y me obligó a recordar, no consigo quitarme esa idea de la cabeza. Quizás si yo le hubiera rogado...

Bueno, nos acercamos a lo peor, al final de esta historia. Me enteré de su muerte el jueves por la tarde, el 20 de noviembre. Ya sabe lo que ocurrió, no hará falta que se lo explique, y también sabe cómo cambió todo en unos días. La universidad, los institutos, las escuelas... todo cerró. Nadie sabía a qué atenerse. Incluso algunas tiendas bajaron las persianas. Hubo celebraciones por todas partes, pero no en mi casa. Mi padre nos obligó a ver las noticias durante todo el día, a escuchar el parte de Arias Navarro, los reportajes sobre la biografía de Franco, todo. En mi casa la muerte de Franco se vivió como si se tratará de la peor calamidad posible. Se nos prohibió acercarnos al teléfono, estaba colapsado y mi padre exigía a gritos que lo dejáramos libre. Era su casa, su voluntad, su teléfono.

Yo, pobre de mí, pensé que si todo cambiaba Alberto dejaría de correr peligro. Era la mujer más feliz del mundo.

Cuando, a media tarde, pude llamar a Alberto, me dieron la noticia. Fue Cecilia, su madre no podía ni hablar. Me marché de casa llorando, paré un taxi sin dejar de llorar, y sin dejar de llorar me senté frente a su madre. Así estuvimos las dos horas enteras. Cecilia se sentó junto a nosotras, la recuerdo con los ojos enormes y azules, no lloraba, pero eso, ya lo sabrá usted, no quiere decir nada.

No sé si lo que acabo de explicar es lo que deseaba saber, pero en cualquier caso le ruego que no vuelva a importunarme. Piense que no podría decirle más de lo que aquí expongo. Esperaré a que esta historia, recién removida por usted, se asiente de nuevo. No hay otra manera de seguir con la vida.

Y, sea lo que sea lo que consiga averiguar, prefiero no saberlo. Permítame, subinspector, conservar intactos mis recuerdos.

Natalia López

Con un suspiro de alivio Escalona le tiende la carta a Teresa.

12

Lunes, 22 de enero

La mañana ha transcurrido sin pena ni gloria. Lo habitual, un par de reyertas a cielo abierto, un puñado de carteras distraídas con habilidad por los de siempre y un borracho pendenciero y a deshora que la ha emprendido a patadas con un escaparate y que duerme el alcohol en un calabozo. Entre unas cosas y otras no ha podido visitar de nuevo el piso de Eulalia Bermúdez. Quiere hacerlo pronto, antes de darle carpetazo al asunto y de que los hijos de la anciana pongan la vivienda en las garras, que no manos, de una inmobiliaria. Hoy han enterrado a la mujer y, según la nota que Guerao le ha hecho llegar, solo han asistido al oficio Matilde Casado, la vecina de rellano, otra mujer muy mayor y sin identificar y uno de sus hijos. A la vista está que la muerta no era una mujer muy popular.

Guerao, que tiene alergia a la palabra escrita, ha preferido dejar sobre su mesa unas líneas, señal de que no le ha perdonado y de que tardará días en olvidar por completo la afrenta. Evaristo anda en los juzgados y Escalona no se ha cruzado con él, mejor para ambos. Por el momento.

Un bocadillo sin gracia ninguna en la barra de un bar, una cerveza y un café es todo lo que se permite el subinspector antes de visitar a Marisa Linares, la viuda del policía Federico Carrión. Teresa ha conseguido su teléfono y su dirección y ella ha aceptado recibirle, aunque no sin cierto recelo. Lo decían sus silencios y el tono de su voz cargado de prevención. La mujer vive en la Avenida Meridiana y Escalona coge el metro en hora punta. Escasez de oxígeno en suspensión, calor sofocante en pleno invierno, caos de olores, aromas y miasmas. El subinspector cuenta las paradas que faltan para poner pisar de nuevo asfalto. Empieza a creer que está des- arrollando una fobia a los espacios cerrados o repletos de gente, a los subterráneos, a los pasillos estrechos, a los mal aireados y a la humanidad en general.

De pie y agarrado a una de las barras Escalona distingue en el otro extremo del vagón a un hombre que le recuerda al que le siguió el viernes por la noche al abandonar la casa de Natalia López. No está seguro, no puede estarlo, de hecho no alcanzó a ver su cara, pero algo en su silueta, en su postura huidiza, en su

estampa esquiva le recuerda al hombre que echó a andar detrás de su taxi. Necesita comprobar si se trata del mismo sujeto.

El subinspector tiene previsto bajar en Sagrera, la estación más cercana al domicilio de Marisa Linares pero, cuando el tren se detiene en el Clot, Escalona se apea bruscamente y se sienta en un banco en el andén, evita así la proximidad de las vías. Es mala hora y son muchos los que bajan con él. Algunos se alejan a toda prisa en dirección a la salida, otros hacen transbordo y se dirigen a la estación de tren con la que comunica. Entre ellos Escalona no consigue distinguir a su supuesto perseguidor. Quizás ha podido burlarlo, quizás no hay nadie tras sus pasos.

Un par de chicos que han perdido el convoy se sientan cerca de él. Uno de ellos lleva un cable que pende de su oreja, como si su cuerpo funcionase con baterías, y se balancea al ritmo de una música que no suena. El otro, algo más joven, y con cara de estudiante aplicado, lee unos apuntes sin levantar la vista del papel. Durante unos instantes no hay nadie más en el andén.

Cuando, al cabo de pocos minutos, llega el siguiente metro, son muchos los que aprietan a correr para no perderlo. Escalona es de los últimos en subir. Algo más confiado se acoda en una de las barras junto a los asientos y se apoya contra la pared. Nada en esta vida dura mucho y la tranquilidad es espantadiza, lo sabe mejor que nadie, por eso cuando el metro arranca apenas le sorprende comprobar que el desconocido ha subido al vagón contiguo. El subinspector comprende que ha bajado tras él, que ha salido a la calle, que ha vuelto a acceder por la entrada sur y que ha esperado hasta oír llegar el metro para echar a correr y subir en el último momento. El hombre, recién aterrizado, todavía se hace un hueco entre los pasajeros. No hay duda de que le sigue. Tampoco ignora Escalona que el individuo, al que todavía no ha conseguido ver la cara, sabe que el policía lo ha descubierto.

El subinspector no piensa renunciar a visitar a la viuda de Carrión. El tiempo no le sobra y una demora le haría desconfiar todavía más de un poli, pero necesita deshacerse de su perseguidor. Cuando el metro se detiene en la siguiente estación, Navas, Escalona se abalanza hacia una de las salidas con un empujón indiscriminado y el consiguiente maldecir generalizado de los pasajeros. Inmediatamente antes de salir, cuando ya las puertas se cierran en sus narices, el policía hace un renuncio todavía más brusco y permanece en el interior. Su objetivo, comprobar si el

hombre intenta salir. Las voces se elevan en el interior del vagón atestado como una sola para cagarse en todos y cada uno de sus muertos desde la primera Eva africana.

El hombre no se ha inmutado y continúa en el vagón de al lado.

Una estación está muy lejos, infinitamente lejos, cuando todo son recriminaciones y malas miradas, cuando, el que más y el que menos, piensa que es un descerebrado y así se lo hace notar. Antes de llegar a la siguiente, cuando ya le resulta muy difícil descansar la mirada en alguna parte y continuar haciendo oídos sordos, Escalona no puede evitar pensar que alcanza la Sagrera. Sagrera llamaban, siglos atrás en Catalunya, al territorio sagrado que circundaba el templo, el espacio inviolable en el que furtivos y perseguidos se refugiaban para obtener protección divina y escapar así de la ira de los hombres. Las dependencias de la iglesia eran territorio inviolable. Pero no habrá auxilio de la divinidad para el poli, también eso lo sabe mejor que nadie. Prefiere confiar en la propia astucia.

Cuando el metro se detiene, Escalona da un paso atrás, como si se retirara de la puerta para abrir paso a los que entran, y justo cuando ya los portones se cierran se precipita hacia afuera. Durante un suspiro queda medio aprisionado por una pierna. Todavía más bruscamente se impulsa definitivamente hacia el andén y de un tirón arranca la punta de su abrigo, que ha quedado atrapada. En el interior del vagón se alzan los puños y las imprecaciones casi le resultan audibles. En su pecho el corazón protesta encolerizado, también él maldice su estirpe.

Antes de que el convoy desaparezca engullido por el túnel, Escalona puede ver al hombre en el interior del vagón. No sabe por qué, no podría decirlo, pero saber que el desconocido no ha bajado tras él no consigue sosegarlo lo más mínimo.

La boca del metro se abre a un fragor infernal, al puro ruido. La calle en la que vivía Federico Carrión no está lejos, es una de las que muere en la Meridiana. Por fortuna, Marisa Linares tarda apenas unos segundos en franquearle el portal.

—Pase comisario. Me tiene usted intrigada.

—Verá, solo soy subinspector y lo que quiero preguntarle no

tiene carácter oficial. No quisiera que pensara...

—Está bien, entiendo. Ya que está usted aquí... Pase.

El pasillo es estrecho, largo y está repleto de cuadros y de fotografías que cuelgan a ambos lados, como la entrada a una madriguera confortable. Si no fuera porque ya llega sofocado, con toda seguridad echaría en falta el aire. La mujer, que según sus cálculos habrá cumplido ya los sesenta, tiene el paso ágil y una silueta bien conservada. Apenas ha podido detenerse en su cara.

—Siéntese.

Marisa Linares le señala un par de butacas y le invita a acomodarse en una de ellas, la menos desgastada por el uso, probablemente la que ocupaba Federico Carrión hasta su muerte hace unos años. Ella toma asiento en la otra y cruza las manos sobre sus piernas.

—Perdone que no le haya ofrecido nada. ¿Quiere usted un café, una cerveza? No me cuesta nada.

A Escalona una cerveza fría le iría bien, pero rechaza la invitación con un gesto que no acierta a abortar. No puede evitarlo. Le enseñaron a decir no a cualquier ofrecimiento por pura cortesía. Escalona fue siempre un alumno inmejorable.

—Pues... usted dirá.

Y Escalona, recuperado a duras penas el aliento, dice lo que cree que puede decir. Es consciente de que necesitará mucho tacto, de que deberá embellecer el pasado para no ofender a la viuda. Una palabra equivocada, un paso en falso, y la mujer lo pondrá en la calle por el procedimiento de urgencia. De ahí que deba extremar sus precauciones.

Se retrotrae a un tiempo ya remoto, treinta años atrás, al complicado momento histórico, a la detención de un sospechoso, a un par de golpes, a cuatro insultos cruzados, a un puñado de amenazas... Está tan pendiente de la reacción de la mujer que no sabe cómo empuñar el primer estoque. Marisa Linares, el ceño ligeramente fruncido, los ojos de un pardo ambarino apenas entornados, el cabello largo y castaño echado hacia atrás y las manos cruzadas sobre sus rodillas, parece una mujer despierta. Y lo

es, no le cabe la menor duda. Quizás no le basten ni los subterfugios ni los eufemismos para referirse a su difunto marido.

Escalona daría lo que no tiene por saber qué es lo que la mujer piensa. Decide que ha llegado el momento de jugar fuerte, de arriesgarlo todo a una carta.

—El chico... El detenido se llamaba Alberto Boisgontier, y creo que usted le conoció.

La cara de la mujer cambia de buenas a primeras, como si la atravesase un temporal, como si la galerna acabara de desatarse por dentro y restallara en sus ojos, en sus labios rígidos, en su gesto de dolor. Tarda en sobreponerse y en contestar. Se levanta, permanece de pie contemplando la calle a través de una ventana, le da la espalda al policía, como si no estuviera allí. Una mujer muy guapa, una belleza, piensa Escalona mientras la observa con la frente apoyada en el cristal y los brazos abatidos sobre sus caderas. Sin duda debió de ser un cuerpo de pecado. Así llamaba su padre a las mujeres de atractivo superlativo.

En la mente de Marisa Linares son muchos los recuerdos que se atropellan en pocos segundos, media vida se le echa encima. Se vuelve, mira a Escalona intentando conocer sus intenciones y se sienta de nuevo.

—¿Era eso? ¿Por eso está usted aquí?
Escalona asiente con un cabeceo.

—¡Alberto Boisgontier! Tenía que haberlo imaginado... pero han tardado ustedes tanto en venir...

—Usted y Alberto eran... —aventura Escalona entrando al trapo.

—Puede usted decirlo, éramos amantes. Y por sus palabras entiendo que no ha venido precisamente a traer buenas noticias. Si no le he entendido mal, Alberto ha muerto.

La mujer ha recuperado la templanza, se ha serenado y no parece dispuesta a desmoronarse ante el policía. Ahora es Escalona el sorprendido.

—Entonces, ¿no sabe usted lo que pasó? —interroga el

subinspector con cierto aire de incredulidad y no menos desánimo.

—No, no lo sé, por eso le agradeceré que me lo cuente —la voz de la mujer es seca y raya la descortesía.

Escalona deberá andar con mucho tiento si no quiere irse tal y cómo ha llegado. Sin nada.

—Alberto murió la tarde del 19 de noviembre de 1975.

—¿El mismo miércoles, dice usted? —inquiere la mujer con gesto de aprensión—. El mismo miércoles... —repite—. No lo sabía, puede usted creerme. No lo sabía. Le mentiría si le dijera que no se me pasó por la cabeza, pero saberlo, no lo sabía. No volví a tener noticias de él.

Escalona entiende que si le explica las circunstancias de la muerte de Alberto quizás no obtenga mucho más.

—El día antes de que muriera Franco ha dicho usted, ¿no? —insiste la mujer.

—Sí, unas horas antes —responde escuetamente el subinspector.

Se detesta a sí mismo en momentos como el presente, cuando juega con la verdad y con la gente utilizando la información a conveniencia, cuando la dosifica o la desmenuza para ofrecerla a trozos, como pura y simple carnaza. Pero el de policía es un oficio que se aprende con los años, un oficio que necesita astucia y conocer unas cuantas tretas. Manejar una conversación es, para un poli, una de las bellas artes.

La mujer permanece en silencio, la vista baja, las manos nuevamente cruzadas y el pensamiento atrapado en un miércoles de hace más de treinta años. Se diría que guarda duelo.

—¿Cómo conoció usted a Alberto? ¿Cómo llegaron a intimar?

Marisa Linares tarda en responder y lo hace con serenidad y franqueza.

—Me enamoré de él como una cría. Yo tenía unos diez años más que Alberto y ya estaba casada con Federico. La diferencia de edad nunca fue un problema. Yo aparentaba menos, y Alberto

alguno más. Llevaba años casada con Federico Carrión y no es que él me hiciera ya mucho caso. Se había acostumbrado a mí. Alberto era otra cosa, era un chico... No sé cómo decirlo. No era un chico corriente. Fue él el que me conquistó, aunque tampoco sé si esa es la palabra. Yo, la verdad, no opuse mucha resistencia, no sé si me entiende. ¿Lo conoció usted?

Escalona niega con un gesto. No abre la boca. Sabe que no debe interrumpirla.

—Tenía las ideas muy claras, unas ideas diferentes, llenas de futuro. Un futuro para nosotros. Quería cambiarlo todo, de arriba abajo. Seducía casi sin el menor esfuerzo, cautivaba con solo abrir la boca, solo necesitaba empezar a hablar, y él lo sabía. Yo le gustaba, no digo que no, pero no creo que estuviera enamorado de mí, aunque siempre quise creer que sí. Me rondó, no sé si nos tropezamos un par de veces por casualidad o si me salió al paso, no sabría decirlo, lo cierto es que empezamos a hablar, entramos en una cafetería... Y en unos días de una cosa pasamos a otra. Como verá, nada nuevo. En la cama nos entendíamos bien, yo tenía experiencia y él solo había conocido a chicas que después de un polvo se le enganchaban al cuello y no había manera de sacárselas de encima. Yo era diferente, sabía lo que hacía. Eso creía yo. Además, no sé cómo explicarlo, hacer el amor con él era diferente, mejor, mucho mejor. Cuando acabábamos me sentía bien, no se me quedaban dentro las ganas de llorar.

La mujer se interrumpe, carraspea, no le resulta fácil seguir adelante. Comprueba de un vistazo que Escalona sigue escuchando y, tras un suspiro, prosigue.

—Yo ya trabajaba en la administración, era secretaria en una delegación del ministerio de justicia. Por mi mesa pasaban expedientes...

Suena el teléfono a pocos metros. El aparato está casi al alcance de la mano de la mujer, que no descuelga. Espera a que deje de sonar y continúa hablando.

—Más de una vez llegué a pensar que Alberto se interesaba por mí porque... No sé, en alguna ocasión me preguntó por personas, quiso saber nombres, cargos... Tampoco es que yo pudiera decirle gran cosa, pero podía indagar. Eran cosas que le interesaban. No me pregunte usted para qué quería la información.

No lo sé. No creo que hiciera nada malo. Si es verdad lo que dice, si murió el 19 de noviembre, tampoco tuvo tiempo.

—¿Sabía Alberto que su marido era policía, que era Federico Carrión?

—Sí, vino aquí en una ocasión. Me acompañó a casa. Yo diría que el hecho de que Federico fuera policía de la Brigada Social incluso le excitaba. En esta casa había fotos de Federico con uniforme, junto a la comisaría, con los compañeros, alguna medalla... Mi marido estaba muy orgulloso de esas cosas, ahora todo es diferente, pero entonces... Pero conocerse no se conocían, por lo menos no hasta que lo detuvieron.

Escalona no puede evitar pensar en Alberto. Lo suyo sí que era vivir peligrosamente. La hija de un ministro, la mujer de un policía conocido por sus confesiones inducidas... El subinspector considera que ha llegado el momento de explicar con más detalle lo concerniente a la detención de Alberto y a la brutal paliza recibida de manos de Federico Carrión.

—No llegué a saber que lo habían detenido. No crea usted que hablábamos a diario, ni mucho menos, tampoco era fácil encontrar un momento para vernos. Todo eran dificultades y yo no podía arriesgarme a... Era todo muy complicado.

—Pero usted lo volvió a ver antes de su muerte —aventura Escalona.

Marisa parece conmovida por los recuerdos. Sus manos ya no descansan, se aferran a su cara y ocultan sus ojos. Hace lo que puede por encajar la información que Escalona le proporciona por entregas. No es fácil recomponer el pasado en un instante, por eso el subinspector aguarda. En las fotografías de juventud que Marisa conserva en el aparador el policía comprueba que la mujer que se sujeta la cabeza entre las manos para no derrumbarse fue, años atrás, una mujer muy hermosa. Una sonrisa radiante y unos ojos grandes, despiertos, llenos de vida. Toda- vía lo es. Una belleza de casi sesenta años con los ojos llenos de luz y la memoria colmada de momentos.

—Sí, verá, no, no exacta... —se le quiebra la voz, la voz y el alma. Esté donde esté esta última, tenga la forma y la esencia que cada uno le confíe, lo cierto es que se le ha roto en pedazos.

Marisa Linares no puede más y rompe a llorar sin el menor pudor. Escalona se siente cada vez más incómodo. Hay cosas a las que uno no se acostumbra nunca. Y al dolor de los demás, expresado así, sin velos, sin pantallas, sin adornos, al dolor destilado ad hoc, Escalona no se acostumbrará nunca. Ya de por sí es ingrato ser el portador habitual de las malas noticias, pero asistir en solitario a la intimidad de un llanto le resulta todavía peor, insoportable. Sabe, así lo dicen los psicólogos a los cuatro vientos, que es necesario y beneficioso que la gente llore, que exprese su dolor, que arranque así sus ángeles y sus demonios, pero a él la intimidad se le antoja territorio vedado. Detesta convertirse en el invitado de piedra, el que aguar- da con los brazos cruzados y la mirada en suspenso a que amaine el llanto. Quizás es él el que, en palabras de los especialistas, no sabe «gestionar sus emociones». Pero como no le queda otro remedio, Escalona calla y aguarda.

—Disculpe, la verdad es que no le vi, solo hablamos por teléfono y fue antes de su detención. Él me llamaba a la oficina y se hacía pasar por un fiscal, le encantaba hacerlo. Alberto pasaba poco por su casa, casi nunca, por eso siempre me llamaba él. En aquellos tiempos no había móviles, ni correo electrónico, ni nada por el estilo. Yo siempre esperaba a que él llamara. Y lo hizo, creo que telefoneó el viernes anterior. Los fines de semana no existían. Yo los pasaba en casa, con Federico, él andaba por ahí, yo no preguntaba. Llamó porque quería verme, y yo a él. A veces nos encontrábamos en la estación de Gracia y cogíamos el tren de Sarriá hasta la montaña. No hablábamos, no nos mirábamos, bajábamos en la misma estación y una vez allí echábamos a andar uno detrás de otro... Quedamos en la estación la tarde del 19 de noviembre. Siempre quedábamos los miércoles, era nuestro día. Pero no fui.

—¿Qué pasó? —pregunta Escalona algo precipitadamente. Se siente urgido por la curiosidad, intuye que está a punto de entender alguna cosa.

—No sé cómo fue, Federico no me lo dijo nunca, pero lo cierto es que se enteró de lo nuestro. Eran tiempos de chivatos, de correveidiles, de información bajo mano, qué sé yo... Quizás me hacía seguir. Mi marido era un hombre de reacciones violentas, algo primario, pero mucho más listo de lo que aparentaba. Llegué a pensar que se esforzaba por ocultar que era un hombre astuto. Prefería ir de fuer- te, de mamporrero, era lo que se estilaba. Pero eso ya lo sabrá usted, seguro que le han hablado de él. Federico

sabía mucho más de lo que decía.

La mujer se lleva otra vez las manos al rostro. Su voz le llega a Escalona por entre sus dedos.

—Días antes, llegó a casa de madrugada hecho una fiera, me pegó, me insultó, me sacudió hasta que se cansó. Lo sabía casi todo, eso es lo que me dijo. Me obligó a decirle dónde habíamos de encontrarnos. El lugar, la hora, todo. Con- siguió que se lo dijera, cómo no. Estuve sin poder ir a trabajar el resto de la semana, casi no podía ni moverme, dije que me había caído. La cara, los brazos, la mandíbula... —explica llevándose una mano hasta el maxilar inferior como si por un momento reviviera el dolor—. Federico se jactaba de hacer cantar a las piedras. Ahora no sé cómo pude, pero entonces... Me dijo que le iba a decir cuatro cosas a Alberto, que me fuera despidiendo porque no volvería a verlo, que los niñatos como él se achantan a la primera de cambio con un par de hostias.

La mujer se levanta de nuevo y se acerca a la ventana. Solloza. Escalona permanece quieto, paralizado, y baja la vista. El subinspector empieza a pensar que la mala conciencia de Garrido se está cobrando demasiadas víctimas. La verdad, si es que alcanza a saberla, exige un precio demasiado alto. El ruido de un grifo abierto le obliga a buscar a Marisa Linares con la mirada, ha desaparecido. La ve llegar poco después con aspecto de haberse enjuagado la cara. Se dispone a hablar ahora de pie, frente a él, como si pasara un examen.

—No sé qué pensará usted de mí. Pero ahora qué más da. Cuando mi marido volvió a casa aquella noche no abrió la boca y yo no pregunté, no me atreví. Me dolía todo tanto que no me atreví ni a preguntar, no podía soportar más golpes. Supuse que le había dado una lección a su manera, un par de hostias como decía él, y que le había amenazado con partirle la cara. Pensé que al encontrarse en un lugar público el asunto no habría pasado a mayores. En la estación a esa hora siempre había mucha gente, pensé que todo quedaría en un buen susto. Me aferré a la idea de que por tratarse de un lugar muy concurrido todo quedaría en nada, en un susto. Después murió Franco y pasaron los días.

Marisa hace una pausa y suspira.

—Por aquel entonces no pensé que hubiera muerto, ni se me pasó por la cabeza. Meses después y tras un silencio tan largo... La muerte era una posibilidad, pero parecía tan improbable... ¿Y dice

usted que murió aquella tarde?

—Sí, aquella misma tarde en la estación de Gracia.

La mujer da un respingo.

—No puede ser. No puede ser —repite mientras, sujetándose al respaldo de la butaca, se sienta junto a él. Teme que le fallen las piernas. Por unos instantes la mujer parece una anciana.

—Pasé días enteros pegada al teléfono. Cada vez que sonaba pensaba que era él, que era Alberto. Cada vez que sonaba me brincaba el corazón. No pensaba en otra cosa. Deseaba que me llamara con todas mis fuerzas, pero pensaba que Alberto no lo hacía porque no podía perdonarme. Tal vez no quería verme, o no podía. Imaginé que quizás Federico lo había asustado tanto que por eso... Creí que Alberto tenía miedo de... Quise creer que lo hacía por mí, para protegerme. Inventé mil razones, llegué a pensar que quizás Federico le había pegado, pensé de todo, todo lo que a una le puede pasar por la cabeza. Pero que hubiera muerto ese mismo día... Yo no le llamé, para mí era difícil localizarlo. Su apellido no aparecía en la guía. Y, además, no le voy a engañar, tenía miedo.

—No sabemos exactamente cómo pasó, solo que cayó al tren. No hay testigos de lo que ocurrió, tampoco hay constancia de que estuviera acompañado. Nadie vio nada.

—¿Sabe usted lo que hacía? Los miércoles, a la hora en que acostumbrábamos a encontrarnos, cuando Federico estaba en comisaría, me sentaba en un banco en la estación de Gracia. Esperaba la llegada de cada tren, uno detrás de otro. Muchos, tardes enteras, pero él no llegó. Hasta que me cansé. Me convencí de que no volvería a verlo, de que no quería verme y dejé de hacerlo. Le extrañará lo que voy a decirle, pensará que soy un monstruo, pero no necesito ya guardar las formas. No es que me alegre de la muerte de Alberto, no, no es eso, pero hasta cierto punto sus palabras han sido un consuelo.

Escalona no entiende qué es lo que pretende decirle.

—Sí, no me mire usted así, es un consuelo patético, el consuelo de los infelices, del que no tiene otra cosa. Si Alberto no me llamó, si no volvió a la estación fue porque no pudo, no porque no quisiera volver a verme. Es que no podía, había muerto.

La mujer se lleva un pañuelo hasta los ojos y acaba sus palabras en un sollozo.

—Sus amigos afirman que después de la paliza recibida se sentía mareado, se desvanecía. Quizás perdió el equilibrio y cayó a las vías... Sobre lo que pasó es todo cuanto puedo decirle.

El teléfono suena nuevamente y tampoco lo coge esta vez. De hecho parece no haberlo oído. Cuando, tras unos momentos eternos, por fin el aparato calla, Marisa vuelve a hablar.

—Sea como sea tiene que ver con mi marido. La paliza también corrió de su cuenta, ¿verdad? —hay serenidad en su voz, como si acabara de asumir el pasado—. Con mi marido y conmigo.

Escalona asiente, preferiría no hacerlo, pero no parece mujer a la que pueda engañar por compasión.

—Ahora la gente se separa por cualquier cosa. Se divorcian, se indemnizan unos a otros... Pero en el año 75 las parejas no se separaban, el matrimonio era para siempre y si no has tenido suerte y te has equivocado, dos piedras. Federico y yo seguimos juntos. Yo, por miedo y él con... No me creerá usted, pero él también tenía miedo. Miedo a perderme, a no encontrarme una noche al llegar a casa. No volvió a ponerme la mano encima para pegarme, tampoco volvió a hablar del asunto. Lo dio por acabado. Y lo estaba, aunque yo no pudiera saberlo. Ahora ya no me extraña.

Se interrumpe de nuevo. Necesita encontrar las fuerzas para continuar con su historia. Cuando empieza a hablar lo hace mirándole directamente a los ojos.

—Creerá usted que estoy loca, pero le aseguro que Federico me quería, a su manera, pero me quería; creo que fui la única mujer en su vida y supongo que después de las palizas y de las amenazas sintió miedo. Con los años empezó a tratarme de otra forma, a prestarme más atención, a su manera se ocupó de mí. Empezó incluso a desvivirse por mí; entendió que yo formaba parte de su vida, que los tiempos estaban cambiando y, sobre todo, que había hombres a cientos que se fijaban en mí. Vio cómo algunos de sus compañeros perdían a sus mujeres, se separaban. Se aprobó la ley del divorcio y era posible desunir lo que Dios había unido...

—A desvivirse decía usted...

—Sí, eso he dicho. ¿Suena extraño, verdad? Federico desviviéndose por mí... Pero así era. Nuestros sueldos ya puede usted imaginar para lo que daban; sin embargo él empezó a comprarme cosas... Que sí un anillo, que si un cuello de piel, que si un bolso... —Escalona advierte que incluso su voz parece haber envejecido y es ahora silbante y quebradiza—. Cuando le preguntaba, decía que la información bien administrada daba dividendos, y que él sabía mucho. Con estas palabras. Y no lo sacabas de ahí. Decía que no sufriera, que él se limitaba a apretar las tuercas, que no arriesgaba nada. Decía que el que le soltaba unos billetes bien podía permitírselo, que los aprovechados y los mangantes no eran dignos de compasión. Creo que extorsionaba a alguien, quizás algún chantaje. No lo sé, de verdad que no lo sé.

—¿Sabe de alguien en concreto? ¿Algún nombre?

—No, nombres no, por supuesto; sí sé que trapicheaba con un mafioso de poca monta y con alguien con cargo oficial al que no le interesaba que se supieran ciertas cosas de su pasado. Decía que eran mala gente. Trapicheos de poli mal pagado y sin escrúpulos. Como ve no puedo ayudarle, pero él lo guardaba todo. Si le interesa echar una ojeada a sus cosas...

—¿Qué recuerda de su muerte? Tengo entendido que murió hace unos años.

—Recuerdo lo que me han dicho... y sé qué es lo que se me pasó entonces por la cabeza. Lo primero ya lo sabrá usted, murió en acto de servicio, cumpliendo con su deber durante un tiroteo. Una bala perdida le atravesó el pecho, no me dieron más explicaciones. De dónde salió la bala quedó por esclarecer. Me dieron una medalla y eso fue todo. ¡Una medalla! Pero también sé que Federico tenía enemigos, gente que quería saldar cuentas con él.

Suena nuevamente el teléfono, ahora sí parece oírlo. Se levanta con mucho esfuerzo y lo coge.

—Si me permite...

Escalona asiente con un gesto y procurar mirar en otra dirección. Todavía quedan fotografías de Carrión vistiendo el

uniforme. En la mayor de todas, Federico y Marisa acaban de contraer matrimonio. Ella más menuda, vestida de blanco y con el rostro velado, él con traje y corbata le pasa a su esposa un brazo por la espalda, como si le perteneciera. En una mano tiene un cigarrillo, en la otra una copa abombada, como de coñac.

—Sí, sí, ya lo sé, Carmen, ya lo sé. Acabo de llegar. No, mañana no nos veremos, no iré. Me encuentro mal y mañana me quedaré en casa. Díselo a Ordóñez. No, no te preocupes, no es nada grave, me duele la cabeza, creo que son migrañas. Sí, Carmen lo de siempre, pero... Sí, ya sé qué es lo que debo tomar. No te preocupes por mí. Será que me hago mayor. Adiós, Carmen. No, no te preocupes, estaré bien, te lo aseguro. Sí, descuida. Sí, mujer, mañana te llamo yo.

Marisa cuelga y regresa junto al subinspector. Le mira fijamente y le espeta.

—¿Cree usted que la muerte de Federico tiene relación con lo que pasó hace tantos años?

—Tal vez, pero no lo sé —contesta Escalona que se encoge de hombros. Por esta vez puede hablar claro, que no lo sabe es la pura verdad—. Tampoco creo que lleguemos a saber...

—Ya, le entiendo —le interrumpe sin dejarle acabar.

Marisa Linares permanece pensativa durante un momento.

—¿Sabe, subinspector? Dicen que el tiempo lo cura todo, que lo olvidamos todo, que perdonamos, que podemos rehacer nuestras vidas, que... Dicen tantas cosas. Quizás sea cierto para algunos, no digo que no, quizás haya gente capaz de mudar el pensamiento como mudan la piel las serpientes, pero yo... Yo no he dejado de pensar en él ni un solo día. Y después de su visita, la verdad... no creo que vayan a cambiar las cosas.

En la calle, tras haberse despedido de la viuda de Carrión, aquejada de algo más que de unas migrañas pasajeras, a Escalona le queman los papeles que le ha confiado la viuda y agradece el frío en el rostro. Cree ver al hombre que lleva días detrás de él acodado en el bar de enfrente y mirando hacia la calle por encima de un cartel. Estaba convencido de haberlo despistado, pero lo tiene nuevamente en los talones, como una sombra, como un guardaespaldas siniestro. Escalona aprieta el paso, el hombre sale

tras él. No puede oírlo, pero lo sabe, el hombre anda a su estela con las solapas levantadas y las manos en los bolsillos. El desconocido sabía a dónde se dirigía Escalona, lo sabía. Y por más que el subinspector rebusca en su memoria, nadie, salvo Teresa, que le dio la dirección, estaba al corriente de sus propósitos.

Decide encaminarse nuevamente hacia el metro. La estación era un lugar concurrido y público, quiso pensar Marisa Linares para tranquilizarse. Un lugar atestado de gente en el que Marisa imaginó que Alberto estaría a salvo. Pero la presencia de testigos no es garantía de nada, piensa Escalona al alcanzar la boca del metro mientras busca un contacto en su móvil. A Alberto le sirvió de bien poco estar rodeado de varias decenas de personas.

—Guerao, ¿me oyes? Escúchame bien. Tengo un tipo tras de mí, me anda siguiendo y parece un experto. Voy a coger el metro en la línea roja dentro de unos minutos y saldré en Universidad, sí, por el centro de la plaza, iré hacia Aribau. Cógete a alguien y no te duermas. Esperadnos allí. Iré tan despacio como pueda. Sí, ya sé que tardarás unos minutos. En el puesto de castañas o junto al cine, sí, ya me verás. El hombre que me sigue no es muy alto, lleva un abrigo oscuro, probablemente negro y las solapas levantadas. Déjanos pasar y ponte a su rueda, pero por lo que más quieras que no se huela nada. Os acercáis a él y le pedís la documentación, lo que sea, pero quiero saber quién es. Ándate con ojo, creo que no es un cualquiera.

—O.K., jefe.

No sabrá decir entendido, de acuerdo, vale, está bien... piensa Escalona por pensar en algo que no sea el desconocido que presiente a su espalda.

Cuando sale al exterior junto al edificio de la Universidad, Escalona hace lo posible por no mirar atrás, por no darse por enterado. Supone que Guerao no debe de andar lejos, pero se aguanta como puede las ganas de buscarlo, prefiere no volver la vista. No debe hacer nada que alerte al hombre que le sigue. Por eso Escalona se encamina hacia el inicio de la calle Aribau y lo hace despacio, como si paseara.

Se detiene frente a un puesto de castañas, busca unas monedas en su bolsillo y piensa que años atrás las castañas olían mejor, mucho mejor. En su barrio una mujer con delantal de flores y

varios abrigos, uno encima del otro, montaba con ayuda de uno de sus hijos un garito de chapa muy cerca de su casa. En una especie de estufa de lata asaba olorosas castañas y boniatos muy dulces. No es que a Escalona le entusiasmen ni las unas ni los otros, pero el aroma que recuerda de su niñez es uno de los perfumes más evocadores que conserva en la memoria, uno de los que conforman la esencia de los inviernos transcurridos. Más de una vez se ha sorprendido husmeando infructuosamente junto a un puesto. Pero sabe que, mediada ya la vida, hay cosas que se quedaron atrás y no pueden volver a vivirse, no con la misma intensidad, no en la misma forma.

Plantado ante la castañera, una mujer joven con anorak verde de plumas, bufanda azul turquesa, guantes rojos y un gran lunar bajo el ojo izquierdo a la que pide una docena de castañas, Escalona tiene ocasión de mirar a su alrededor. El sujeto se detiene. Las manos en los bolsillos del abrigo cruzado y el rostro medio oculto, parece un espía de opereta. Guerao y Evaristo se le acercan por detrás. Observa cómo le paran, le dicen algo y el hombre se lleva una mano al interior de su abrigo. Escalona puede verle el rostro, pero está lejos y casi no acierta a apreciar... No parece un hombre joven. El desconocido saca un par de papeles que entrega a los agentes, uno a cada uno, Guerao y Evaristo los cogen y... Escalona entiende que ha entregado la documentación y respira aliviado, podrá saber de qué va todo. El hombre, de un quiebro imprevisto, echa a correr como una bala en dirección a la calzada, los agentes con los papeles en la mano tardan un instante en reaccionar, un tiempo precioso. De un empujón brutal el desconocido descabalga a un joven que espera encaramado a su moto a que el semáforo cambie a verde. El hombre se apodera del vehículo sin mediar palabra y arranca como alma que lleva el diablo. De puro milagro, sortea a una furgoneta que atraviesa la Gran Vía y que se deja los neumáticos sobre el asfalto. A muchos metros los coches arrancan, el semáforo acaba de cambiar.

El chico derrumbado sobre el asfalto se levanta y hace lo posible por evitar ser atropellado. No consigue entender lo que ha pasado. Cuando se desprende del casco, una especie de burbuja metálica iluminada por un par de llamaradas rojas y amarillas sobre fondo negro, Escalona observa que está pálido y que le tiemblan las piernas como si fuera a desmayarse.

Evaristo y Guerao han echado a correr en pos de la moto, se lanzan a una carrera desbocada, pero ambos saben que no hay nada

que hacer. El sujeto les saca ya una manzana entera de ventaja y, aunque la moto no es de gran cilindrada, los agentes no conseguirán atraparlo. Corren acera adelante incitados por la rabia, por la impotencia. Siguen la Gran Vía en dirección a Les Glòries, sobrepasan la Universidad y llegan a la confluencia con la Rambla Catalunya. Desfallecen. Regresan ambos, minutos después, sin resuello y con la dignidad escasa del que acaba de ser burlado.

No quedan esperanzas de darle alcance. No hay nada que hacer.

—Joder, jefe, lo siento, la hemos cagado —acierta a decir Guerao minutos después mientras recupera el aliento. Con la dignidad tardará algo más—. Ese tipo se ha olido algo, nos ha visto venir, es un profesional.

—¿Qué es lo que os ha dado? —quiere saber Escalona apurando las últimas posibilidades.

—Nada, ya ve, un impreso de empadronamiento sin rellenar —responde Evaristo tendiéndole una hoja impresa.

El agente baja la cabeza y apoya las manos en sus rodillas, descansa, se recobra trabajosamente del esfuerzo realizado y de la humillación.

—La propaganda de un locutorio —contesta Guerao de mala gana mientras contempla con asombro la propaganda de un establecimiento llamado GloblWorld desde el que se pueden realizar llamadas internacionales y enviar dinero al extranjero al mejor precio del mercado.

—Nos ha dicho algo extraño, yo diría que en otro idioma, pero vaya usted a saber. Yo no he pillado nada —explica Guerao mientras Evaristo niega a su vez con la cabeza.

—Nada de nada. Quizás sea una lengua de la Europa del Este, pero desde luego yo no la entiendo —añade Evaristo con pesar.

Todavía resopla por el esfuerzo.

—Tiene una arrancada como Carl Lewis. Ya lo ha visto usted.

—Está bien, en otra ocasión será. Cuando lleguemos a

comisaría me hacéis una descripción. Todo lo que recordéis.

13

Martes, 23 de enero

«...han sido dados a conocer los resultados de la autopsia que apuntan a la muerte por causas naturales y hasta cierto punto previsibles de Eulalia Bermúdez, vecina de la calle Sant Ramón, 17 y enferma crónica de gravedad. Por su parte, la policía ha interrogado recientemente en las dependencias policiales a T. D., vecino del edificio, para desentrañar su posible relación con los hechos. El joven prestó declaración y abandonó la comisaría poco después sin que pesen cargos. No ha trascendido el resultado de las indagaciones efectuadas hasta ahora, pero la impresión de los vecinos es que la policía da palos de ciego y que no posee una pista válida. En este sentido, no es la primera vez en los últimos meses que la actuación policial parece resentirse de cierta indolencia, descoordinación y de una manifiesta falta de criterio y de entendimiento entre sus mandos. H.M.»

A Escalona la lectura del diario le sienta como una coz en el estómago. Falta de criterio, descoordinación... Y los periodistas...

¿Qué criterio tienen los periodistas para elucubrar a conveniencia, manejar a placer los testimonios y agitar a con- ciencia las aguas que bajan más bravas? ¿Dónde andan los códigos éticos? El intendente no tardará en llamarle para leerle la cartilla. Y con razón.

¡Maldita Helena Moon, maldito Evaristo y maldita la hora en que...!

Escalona sale al pasillo con la respiración ligeramente agitada, las ideas em- barulladas y los puños cerrados.

—Evaristo, haz el favor de venir a mi despacho —ordena, intentando que su ira no trascienda. Escalona es un experto en controlar sus emociones, un virtuoso.

El agente no tarda más que un par de minutos en dejar lo que está haciendo y presentarse ante el subinspector. Evaristo tiene buena cara, Escalona no. El joven agente no sonríe, pero nunca antes sus ojos azules le han parecido tan alegres. Por un instante Escalona siente lástima del policía fatalmente enamorado al que está a punto de poner contra las cuerdas para posteriormente machacarle el hígado a conciencia. Preferiría no tener que demostrarle que Helena Moon es una arpía que no conoce escrúpulos. Como Bartleby, el escribiente de Melville, Escalona también preferiría no tener que hacerlo.

—¿Qué es esto? —pregunta Escalona, sosteniendo el periódico a la altura de los ojos del agente y golpeándolo con el dorso de la mano justo allí donde se halla la noticia que acaba de leer y que le ha agriado el día—. ¿Puedes explicarme qué es esto?

Evaristo lee atentamente los párrafos que su superior le indica. A bote pronto no consigue entender de qué se trata.

—El caso Bermúdez, la mujer que...

—Eso ya lo sé. Lo que quiero que me digas es qué tienes que ver tú con este artículo.

Desconcertado Evaristo levanta los hombros en un gesto de ignorancia.

—No sé a dónde quiere llegar. No entiendo, subinspector.

Yo...

—Aquí quiero llegar, Evaristo, aquí —Escalona señala las iniciales H.M. con el índice—. ¿Estás ciego?

Evaristo, vuelve a mirar la página sin comprender. Instantes después y sin pedir permiso se sienta frente a la mesa del subinspector.

Parece a punto de desvanecerse. H.M. Helena Moon.

—Yo, yo... Yo no... —farfulla sin acertar a enhebrar las palabras mientras la cara le cambia de tono y no precisamente a mejor. Las manos le tiemblan y, por su premura en tomar asiento, es posible que las rodillas no resistan su peso—. Yo no... No pensé que…

—¿Tú no, qué?

—Yo no quería —dice Evaristo con la voz estrangulada y las manos con las pal- mas hacia arriba.

—Tú y Helena Moon. Eso es lo que pasa —zanja Escalona, que prefiere no extenderse en asuntos tan espinosos como la relación sentimental de uno de sus mejores hombres.

—¿Cómo ha podido averiguar usted...?

—Cómo lo he sabido es asunto mío, y no viene al caso. Lo que importa es lo que le has dicho, lo que ha publicado. ¿No te das cuenta? ¿Sabes la que se nos viene encima? ¿Qué crees que va a decir el intendente en cuanto lo lea? ¿Crees que nos va felicitar?

—Pero ella... Helena no...

—Abre los ojos, Evaristo. Helena Moon es una periodista y haría lo que fuera, cualquier cosa —Escalona está a punto de añadir unos cuantos calificativos poco amables sobre la opinión que le merece Helena Moon, pero no lo hace. Se limita a agitar el periódico en el aire ante las narices de Evaristo—. Cualquier cosa. ¿Me oyes?

El agente, el rostro de un blanco nuclear, parece a punto de vomitar sobre sus propios zapatos. Helena Moon, la mujer a la que

adora, la mujer por la que lo daría todo ha utilizado su... Él nunca la previno, no lo creyó necesario, nunca pensó que ella pudiera llegar a... Habló con ella libremente, sin velos, sin tapujos, como lo hacen los amantes, como lo hacen los que se aman... Pero eso no es lo peor de todo, lo peor está por llegar y tiene forma de sospecha. Quizás ella solo pretendía conseguir, quizás solo quería... Los pensamientos se presentan en tropel. Estos u otros parecidos le pasan al trote por la cabeza y se le dibujan en los ojos, en los labios, en el ceño que ha dejado de estar distendido. Se ha llevado la mano al estómago y se ha encorvado ligeramente sobre sí mismo.

—¿Qué tienes que decir, Evaristo? —pregunta Escalona, rebajando la presión y brindándole la oportunidad de improvisar una disculpa.

El agente tarda en responder. Por más que lo intenta no consigue poner orden en su mente. Ni en sus tripas. Quizás tarde incluso en ordenar su vida entera. Pálido como la pared, tembloroso y medio desmoronado, Evaristo se pone en pie y con la vista baja responde:

—Lo siento, subinspector. Lo siento mucho. Haga usted lo que tenga que hacer —susurra.

Escalona no abre la boca. No sabe qué es lo que debe hacer. Probablemente no haga nada. Nada en absoluto. Aguantar el chaparrón, controlarse y esperar a que amaine.

Antes de salir del despacho, el agente se detiene un instante con la mano en el pomo de la puerta y añade:

—No volverá a pasar.

Escalona también lo cree.

De un humor de perros, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, ha atravesado puertas y pasillos y se ha plantado en la calle. No se ha cruzado con Guerao y a Evaristo parece habérselo tragado la tierra. Mejor así. El intendente, que se halla en una reunión con los altos mandos, regresará hacia el mediodía y Escalona prefiere quitarse del medio. Razones no le faltan. Y quien evita la ocasión, evita el peligro, repetía su abuela cada vez que intuía algún riesgo, y eso pasaba varias veces al día. A cada momento. Para evitar la ocasión y de paso una bronca de las que no se olvidan, sale de

comisaría a todo trapo. Necesita acabar con el asunto de Eulalia Bermúdez antes de que le reporte más problemas.

En Nou de la Rambla los oscuros nubarrones hacen temer un aguacero y la acera de la comisaría, siempre atestada, es ahora camino franco y ventoso. Las calles del Raval, medio desiertas, parecen otras bajo la certeza de la lluvia inminente. Hace rato que han abierto sus puertas los locutorios, los bazares, las barberías. Muchos comercios están completamente vacíos, como las calles, y sus propietarios contemplan el cielo desde el umbral de su negocio. Un par de chicas muy jóvenes con faldas muy cortas, medias de red, carnes muy blancas y caras de no haberse acostado todavía, le dirigen una mirada comprometedora. Ateridas de frío se obligan a sonreír provocadoramente a los paseantes. No queda otro remedio.

—Si quieres pasar un buen rato... —le incita una de ellas mientras le sale al paso—. Yo por ti hago cualquier cosa.

A la chica, cuyas piernas azulean de frío, le faltan un par de dientes. Escalona no responde, baja la cabeza y aprieta el paso. A su espalda las chicas ríen sin ganas, es una risa burlona y triste, sin sentido.

Sant Ramon está muy cerca y Escalona salva la distancia en pocos minutos. En el súper de la esquina, Lorena, sentada junto a la caja registradora, mira hacia la calle. Espera la lluvia con los brazos cruzados bajo el pecho mientras mastica despaciosamente un chicle. Escalona todavía recuerda el aroma a natillas de la goma de mascar. La chica lo ha reconocido y lo saluda con una sonrisa. Lleva el pelo recogido en una cola muy alta que se agita en el aire al menor movimiento.

El subinspector le devuelve el saludo, pero no encuentra ánimos para sonreír.

En la escalera del número 17 se cruza con una niña china de ojos rasgados que humilla la cabeza en su presencia. Sube a buen paso, preferiría evitar un encuentro con Matilde Casado, quien evita la ocasión... Tampoco a ella sabría qué decirle. En el piso de Eulalia Bermúdez las cosas no siguen igual. Escalona lo percibe inmediatamente, nada más traspasar el umbral. Algo ha cambiado en el piso de la viuda, y no es el frío. Escalona juraría, si acostumbrara a hacerlo, que en el interior la temperatura es varios grados más baja que en la calle. El viento, el mismo.

La inquietante sensación se confirma poco después, al llegar a la cocina y con- templar que lo que era orden absoluto es ahora un desbarajuste de platos con res- tos de comida, vasos mediados de vino tinto y cubiertos por fregar y esparcidos por todas partes. En el suelo un tetra brik de vino, un paquete vacío de cigarrillos y un trozo de pan. Sobre la mesa, una camisa manchada. Pudiera tratarse de okupas, pero Escalona no lo cree. El piso es demasiado pequeño y apenas hace unos días que la mujer ha muerto. Tampoco hay símbolos que acrediten la okupación.

En la habitación de la viuda descansa un hombre atravesado sobre el lecho y cubierto solo a medias por el extremo de una manta. Parece completamente ajeno al frío. El hombre, que no ha advertido la llegada de Escalona, resopla sonora- mente. Alguien, probablemente el escandaloso durmiente, ha retirado de la pared el crucifijo que presidía la alcoba y lo ha dejado boca abajo sobre la cómoda.

Escalona sacude al tipo. El hombre rezonga, protesta torpemente y se encoge sobre sí mismo como para protegerse. El aliento delata el alcohol de baja calidad y su nariz enrojecida y algo deforme, su consumo prolongado. Las palabras salen vacías de entre sus labios, vacías y huecas, palabras vanas de borracho que farfulla imprecaciones sin acertar a ponerse en pie. Las manos del hombre rompen el aire como aves confundidas en torno a su rostro mientras hace un intento por abrir los ojos y fijar la vista. Escalona se identifica como subinspector de policía.

—¡Ah! Ustedes los polis lo saquearon todo. ¿Dónde está el dinero? —le in- crepa cuando por fin se incorpora a medias y descansa la espalda en el cabezal.

—¡Qué dinero? ¿De qué dinero habla? —pregunta el policía.

—No me venga con esas, a mí ustedes no me engañan. Mi vieja siempre guardaba la guita. ¡Menuda era! La escondía bien escondida, no se fiaba de nadie. Y el dinero no está.

Con hijos como el que tiene delante tampoco es de extrañar que la mujer escondiera el poco dinero con el que contaba, piensa Escalona, pero como tantas veces se abstiene de todo comentario.

—Usted debe de ser... —pregunta al tipo, que continúa

renegando con la camisa sucia y desabrochada sobre el pecho, sin zapatos ni calcetines, en un ambiente glacial.

Tiene los ojos del color de los nubarrones que cubren la ciudad y las proximidades de la nariz y las mejillas repletas de capilares azulados. Azul sobre grana, como un escudo heráldico. Debe de andar por los cincuenta y pocos, aunque resulta difícil saberlo dadas las penosas circunstancias.

—Soy su hijo mayor, Gerardo García Bermúdez —acierta a decir sin titubeos. El resto del discurso se le embarulla entre los dientes y Escalona entiende que reclama el dinero que guardaba su madre porque no espera recibir otra herencia. Entre la maraña de palabras el subinspector comprende que le exige el dinero como si lo guardara en el bolsillo del pantalón—. Así que usted verá. Ya me lo está devolviendo.

—¿El abogado?

Tras unos instantes de desconcierto, el hombre rompe a reír.

—¿Abogado? ¿Eso es lo que decía, que soy abogado? Así era mi vieja, la mala bruja. ¡Abogado! ¿Sabe usted lo que soy?

—Usted dirá.

—Cerrajero, soy cerrajero. De toda la vida, como mi padre. Cerrajero, eso es lo que soy.

Escalona no abre la boca.

—Y de mi hermana ¿qué decía de ella? —inquiere el hombre, entornando los ojos para enfocar mejor.

—Que se dedicaba a la decoración.

—¡A la decoración! ¡Manda cojones!

—¿Y dónde diría que debería estar ese dinero?

—Como si usted no lo supiera —responde con aire burlón y la lengua crecida por la resaca.

A pesar de estar recostado sobre el cabezal de madera, el peso de su cuerpo desmadejado le ha llevado a inclinarse sobre el

costado izquierdo. De un momento a otro podría caer hacia delante. Ni se daría cuenta.

—No desconfíe. Si como usted dice le consta que alguien se lo ha llevado, no tiene nada que temer.

Gerardo García piensa. Eso es lo que parece. Los ojos muy abiertos, las manos casi laxas y el cuerpo algo rígido, acierta a ponerse en pie arrastrándose hasta el borde de la cama. Mira a Escalona y tras unos momentos de permanecer en silencio, añade:

—En el salero. Siempre guardaba los billetes en el salero. Cuando éramos pequeños ya lo hacía. Tenía dos saleros, uno grande con una tapa en el que guardaba el dinero entre la sal. Lo guardaba entre la sal, en el fondo.

—Pero la cocina está medio vacía y yo no he visto más que un salero, el que está junto a los fogones.

El hijo de la fallecida, con los pies descalzos y la camisa abierta, responde:

—Hace años que solo tiene uno y siempre está lleno, ella no la gasta. Mi madre es hipertensa y no compra sal. No la prueba.

Su hijo mayor parece ignorar que acaba de morir, que ya no posee nada y que tanto da el estado de su tensión arterial.

Escalona se dirige a la cocina y comprueba que, efectivamente, no queda nada entre la sal. Recuerda, como si pudiera verlo, haber observado un rastro junto a los fogones durante el primer registro, recuerda incluso haberse llevado un dedo con sal a la boca. Entiende que alguien había estado allí antes de que la policía consiguiera acceder al piso y había buscado y encontrado el dinero.

Por el rostro demudado de Evaristo, el subinspector comprende que el intendente ha llegado ya y que el agente espera lo peor. Su aspecto de animal apaleado y el perderse de inmediato a su paso le confirman el mal presagio. Escalona, con la cabeza baja, continúa en dirección a su mesa. Camina sigiloso y a buen paso. Lo daría casi todo por pasar desapercibido. Es bueno en algunas cosas, casi un experto. En no hacerse notar es un artista.

A salvo en el despacho enciende un cigarrillo y se acerca a la ventana que da a un patio interior en el que un par de plantas de hojas grandes e irregulares insisten en continuar vivas a pesar del frío y de la falta de riego. Sin embargo ahí están, en sus trece. Las plantas le dan que pensar. Son tantas las cosas en las que pensar que a Escalona las ideas se le enmarañan y el hilo del pensamiento se le enreda en mil detalles. El subinspector fuma muy poco, solo de tarde en tarde, y siempre a solas. Por eso nadie le espera para encender un pitillo a pocos metros de la comisaría y puede permitirse hacerlo en su despacho. Silencio, tiempo y unas hilachas de humo es todo lo que necesita para pensar.

El humo lo pone él, el tiempo escasea y el silencio...

—Tengo derecho a pedir explicaciones, y si ese poli no se atreve a dar la cara será por algo.

Es la voz de una mujer alterada, furiosa, una mujer que no atiende a razones. Los gritos en el pasillo se confunden con trasiego de sillas y con el ir y venir de los mossos. Varios agentes intentan explicarle que debe esperar en la salita; parece decidida a no escuchar. La voz de Guerao se impone por encima del resto, el agente pone orden a su manera.

—Ya le he dicho que le voy a avisar y que si puede la recibirá. No hace falta que se ponga usted así ni que arme tanta bulla.

—Me pongo como quiero —responde la aludida a la velocidad del rayo. Por nada del mundo va a dejarse pisotear—. Déjese de discursos y haga el favor de decirme dónde se esconde.

—Si me acompaña, señora Casado... —es Guerao el que la invita a seguirle. Lo hace casi a voces, probablemente espera alertar a Escalona. Y lo consigue. Al subinspector el cigarrillo casi se le cae de entre los dedos. Matilde Casado, la vecina de la fallecida Eulalia Bermúdez, es una de las personas a las que no desea ver, una de tantas.

Aplasta el cigarrillo contra la pared exterior y lo arroja a la papelera. Por hacer algo cierra la ventana y reordena unos papeles que alguien ha dejado sobre su mesa. Trabajo pendiente que continuará siéndolo.

¡Maldita seas, Helena Moon!

—Subinspector, está aquí la madre de Toni Díaz, el chico al que interrogó el otro día. La hemos metido en una de las salas, pero no creo yo que aguante mucho.

—Sí, la he oído. Gracias, Guerao, ahora voy. ¡Ah!... y acéptame una disculpa.

—O.K., jefe —responde Guerao que parece darse por satisfecho.

Cuando Escalona abre la puerta, Matilde Casado se levanta de inmediato periódico en mano. Sacude el ejemplar abierto por la fatídica nota al tiempo que le increpa.

—¿Se puede saber qué está usted haciendo? ¿Cómo se le ocurre a usted traer aquí a mi hijo? No tiene usted derecho a...

La mujer, menuda, se crece con la cólera. Apenas se ha peinado y Escalona entrevé la bata de andar por casa debajo del abrigo que la mujer sujeta sobre el pecho con su mano libre. Escalona no abre la boca, prefiere no aclararle que, dado su oficio, tiene derecho a interrogar a quien crea conveniente. Hay cosas que es mejor dejarlas como están. Con un gesto la invita a sentarse. Matilde Casado obedece.

—¿Cómo pudo usted...? Y encima viene en los diarios. Lo saben los periodistas, y yo... Yo, que soy su madre, me tengo que enterar así. Una clienta de la peluquería me ha venido con esto. Se ha presentado en mi casa con esto —blande el diario como si se tratara de un fajo de hojas envenenadas—. Voy a denunciarle, a usted y a toda la comisaría. En cuanto salga de aquí...

Escalona continúa callado, los nervios tensos, las palabras a flor de labios, esperando a que amaine.

—Todo el barrio habla de mi hijo, porque no creerá que poniendo solo las iniciales... Y yo sin saberlo. A estas alturas seguro que...

El subinspector prefiere no recordarle que en su propia escalera no queda nadie que les recuerde, que en el barrio, exceptuando un puñado de vecinos de más de setenta años, el resto son recién llegados y se las ven y se las desean para salir adelante.

—¿Por qué no dice nada? ¿Es que no tiene usted nada que decir? Le advierto que no me moveré de aquí si no...

—Si me permite...

Matilde Casado comprende que ha llegado el momento de cerrar la boca y escuchar. Reniega todavía unos segundos y por fin deja el periódico sobre la mesa y descansa las manos sobre el regazo. Es entonces cuando Escalona le explica lo que cree que pasó esa mañana. Matilde Casado atiende con la boca ligeramente abierta por la incredulidad. No replica, no puede. Es tanta la sorpresa que no acierta ni a preguntar.

El subinspector le habla de la mujer enferma, de la Cafinitrina, de un salero en el que la mujer acostumbraba a guardar el dinero. Un salero que, probablemente y dado que se encontraba mal y que no esperaba a nadie, no había acertado a cerrar tras sacar el dinero para comprar en el súper. Unos billetes que pudieron quedar a la vista. Le revela que el chico se ofreció a hacerle la compra, que la mujer le pidió la pastilla, que la buscó y que se la dio a Eulalia Bermúdez. Omite que tardó mucho en encontrarla y que la enferma probablemente había muerto cuando el chico le alcanzó la medicina. No le dice que quizás fue entonces, en vista de que ella no lo reclamaría, cuando pensó en el resto del dinero. Tampoco le dice que Eulalia Bermúdez no llegó a tomar la pastilla puesto que la autopsia no ha detectado restos, ni en la sangre ni bajo la lengua.

—¡Qué tontería! Mi hijo robando a una vieja. Como si lo necesitara. No puede ser. Además —y a Matilde Casado se le ilumina la cara pensando poder desmontar la teoría policial—, si no hubiera muerto, ella podría haberle reclamado el dinero. Si es cierto que fue él el único que entró en el piso, ella le habría acusado, habría venido enseguida a hablar conmigo. Y mi Toni no es un chico tonto. No cometería un error tan grande. Está usted equivocado. ¿No ve que no puede ser? —insiste.

Escalona no responde, baja la vista y espera. El silencio a veces basta para con- vencer al más reacio, es el mejor de los argumentos, el más elocuente. El silencio, el tiempo, el humo... No hay nada mejor que el silencio para pensar, nada mejor para entender. Matilde Casado baraja ya las posibilidades más terribles. Sus manos se han crispado, sus piernas se agitan y en la cara se le ha dibujado el miedo. Escalona está convencido de que Toni Díaz

vio los billetes y cogió algo de dinero al dejar las bolsas en el mármol, no pudo resistir la tentación de quedarse con alguno. Poco más tarde, cuando comprobó que la mujer había muerto, volvió a la cocina y afanó el resto. Era un juego de niños. El subinspector, a falta de pruebas sólidas, entiende que sus deducciones no conducen a ninguna parte y que nada puede serle imputado al chico, ni tan siquiera la omisión de socorro. A falta de testigos, sin más pruebas que meros indicios, todo depende de su palabra. Por refrendar lo expuesto, se limita a preguntar:

—¿Su hijo tiene muchos gastos? ¿Alguna deuda...?

—No, claro que no, qué tontería. Los normales de un chico de su edad. Mi hijo no se pincha, si es eso lo que quiere usted...

—Según tengo entendido, tiene un buen coche —Escalona dispara al aire tras recordar que Toni Díaz jugueteaba con unas llaves aparentando una despreocupación que estaba lejos de sentir mientras prestaba declaración. Una de ellas, una llave grande y rematada en plástico negro, pertenecía con toda probabilidad a un coche.

—¿Y qué? ¿Qué prueba eso?

—Un coche trae gastos, cuesta de mantener, se necesita un buen sueldo. Y más si uno quiere...

Matilde Casado pierde fuelle. A buen seguro, el coche de Toni ha originado más de una discusión familiar. Responde a la pregunta del subinspector en voz sensiblemente más baja, sin pretensiones de autoridad.

—Le gusta tenerlo todo muy bien, impecable, le ha añadido algunas cosas, pero... No vaya usted a creer, comisario. Nada que no pueda pagar. Es un poco maniático, pero se lo paga todo él. Yo no sé ni lo que se gasta. Él ayuda a un transportista, tiene un sueldo. No es mucho, pero...

La mujer hace lo que puede para ocultar que un coche tuneado se come los ingresos de cualquiera. Es un coche voraz, insaciable, una boca más. Si su propietario es joven, con escasa preparación, y cobra muy poco, los gastos lo devoran todo. Los accesorios, innumerables, quedan obsoletos al cabo de unos meses. El vehículo en cuestión, más propio de una feria, nunca brilla lo suficiente ni

hace suficiente ruido.

—No creo que lleguen a formularse cargos contra él, pero no puedo asegurarle nada —dice Escalona levantándose y dando la entrevista por acabada.

Matilde Casado se pone en pie y desaparece en silencio, con los ojos bajos y el abrigo firmemente sujeto sobre el pecho para ocultar la bata de cuadros azules y rojos que no ha tenido tiempo de quitarse.

Por la tarde, en la peluquería, mientras crepa el cabello de una clienta, le aplica el tinte o lo sujeta con unas pinzas, se verá obligada a dar explicaciones que no desea dar. Tendrá que hacer de tripas labios y ojos sonrientes, quizás invente alguna mentira o se escabulla como pueda, con un giro de despreocupación. Quizás hasta eche unas risas a costa del inútil del subinspector. Posiblemente maldecirá públicamente a esos polis que no saben hacer su trabajo y pondrá a su Toni por las nubes y más alto.

No será fácil, como no lo es sacar adelante a los hijos.

Tampoco lo fue para Eulalia Bermúdez.

Escalona ha conseguido salir de comisaría sin toparse con el intendente. Tal y como ha empezado el día, no es poca cosa. Al parecer, se ha recibido una denuncia por maltrato y vejaciones a un detenido durante un interrogatorio y lo de Helena Moon ha pasado a ser un asunto menor, casi irrelevante. El cuerpo de la policía autonómica está en el punto de mira y Escalona es solo un blanco más, uno de tantos. Guerao, que no pierde comba y está en todas partes, así se lo ha explicado en mitad de un pasillo.

Espoleado por el deseo de poner tierra de por medio y de informar a Garrido cerrando así el penoso asunto Boisgontier cuanto antes, coge un taxi hasta el Hospital del Mar. Una vez en la séptima planta recorre el pasillo a buen paso y en dos zancadas alcanza la habitación número 27. Desde los ventanales el cielo es de color violeta. La cama de Garrido está vacía, el embozo sin descubrir y todas sus pertenencias han desaparecido de la mesita. Un anciano esquelético dormita en la cama vecina, tiene la piel del color del pergamino y sus dedos son puro hueso. Apenas puede verle la cara cubierta casi por completo por una máscara que le permite respirar. Escalona cae en la cuenta de que tampoco ha visto a Ángela en las proximidades y se dirige al mostrador de las

enfermeras de planta para preguntar por el inspector. Cecilia Boisgontier, inclinada sobre un impreso anota algunos datos.

—Perdón, podría… —Escalona se dirige a una enfermera, que levanta la vista.

Cecilia Boisgontier se vuelve y le reconoce de inmediato, también él la ha identificado antes incluso de verle el rostro. Es ella la que le dirige la palabra. El día puede empeorar, pero poco.

—¿Buscaba usted al inspector Garrido? —pregunta la doctora mientras le devuelve a la enfermera el historial de un paciente.

—Sí. ¿Cómo lo ha sabido? ¿Le ha pasado algo? —se alarma Escalona, que se teme lo peor. Aunque a él, como a tantos, le resulte difícil saber qué es lo peor en estos casos.

—Ha empeorado, pero era de esperar. Acaban de trasladarlo a la UCI.

—Pero necesito hablar con él, tengo que decirle...

—Creo que no me ha entendido. Está grave. Sus pulmones se colapsan, su estado es crítico. Apenas responde. Por el momento no va a poder verle y mucho menos hablar con él —su tono es afilado, inmisericorde, como sus ojos, quizás no tenga otro. Su actitud, desafiante—. Me gustaría poder decir que lo lamento.

—No ha contestado usted a mi pregunta. ¿Cómo ha sabido...?

—No me subestime Escalona, no hace falta ser poli para sacar conclusiones. Era cuestión de atar cabos y de consultar un par de archivos. ¿Tuvo Garrido algo que ver con la muerte de mi hermano?

—Directamente, no.

—Pero indirectamente sí, ¿verdad? Lo imaginaba. No quiero a ese hombre en mi planta, es mejor que lo sepa. Tampoco puedo hacer mucho por él, es cuestión de días. Si se recupera haré que lo trasladen, que lo lleven a cualquier parte —hay tanta cólera en sus gestos que Escalona diría que está a punto de aporrear el mostrador —. ¡Ah!, otra cosa. Me equivoqué con usted, sé que ha estado preguntando, que se ha tomado muchas molestias y que no ha

escatimado horas. A estas alturas debe de saber más que yo.

Escalona no responde. Es una forma de asentir.

—¿No tiene nada que explicarme? —inquiere, trepanándole con la mirada.

—Es a Garrido a quien debo darle explicaciones. En cuanto hable con él... ¿Cuándo cree que podré verle?

—No será fácil, su estado es crítico y en la UCI no podrá usted... Quizás en un par de días si se recupera, a veces mejoran transitoriamente, pero no le puedo asegurar nada. Es difícil saber cómo va a evolucionar.

El subinspector se despide y se aleja en dirección al ascensor. La doctora no se mueve del mostrador, juega en campo propio. Y lo sabe.

Antes de poner el pie en la calle, Escalona siente hambre, no ha comido nada en todo el día, pero ni se le pasa por la cabeza detenerse en la cafetería del hospital. Desde que conserva memoria ha evitado las cafeterías de los hospitales y los hospitales en general, prefiere guardar ayuno. Aunque en invierno son muchos los establecimientos que cierran y muy escasos los paseantes que se exponen al frío en el Port Olímpic, Escalona espera encontrar algún local que permanezca abierto a media tarde en el que comer algo, sea lo que sea.

Lo encuentra a pocos pasos y es uno de esos lugares que embellecen en invierno con la escasez de clientela y un fondo de nubes bajas sobre el mar. Anochece rápidamente y hace frío y viento en el muelle. Aunque no hay oleaje, a lo lejos se divisan rizos de espuma. En el embarcadero no hay nadie, tampoco en los veleros. El subinspector lo prefiere así, una cuestión de cromosomas, como ase- gura Teresa.

En la barra de un bar para turistas en el que aseguran elaborar la mejor sangría de este mundo, da cuenta rápidamente de una ración de ensaladilla, de un vaso de vino bronco y de unos calamares de silicona. El café, corto, amargo y áspero en el tránsito como el papel de lija, le entona y le devuelve las fuerzas, que no el humor. Hay cosas que no tienen remedio. Con el ánimo sombrío, Escalona abandona el local.

Mientras camina junto a las embarcaciones que se balancean ligeramente en una silenciosa y sutil danza de mástiles mal acompasados, reconstruye mental- mente la historia que espera poder desgranar para a Garrido. Su estado es crítico, ha dicho la doctora, pero Escalona necesita poder explicarle lo que ha conseguido averiguar. Si no lo logra, todo su esfuerzo no le habrá servido a nadie, habrá sido en vano, como tantas veces. Todavía le falta un dato importante, crucial. ¿Por qué detuvieron tan fácilmente a Alberto aquella noche? ¿Quién se fue de la lengua? La información que maneja ya solo le permite aventurar alguna cosa. Anda escaso de certezas y sobrado de especulaciones.

Un par de farolas en todo el muelle apenas consiguen iluminar sus pasos. En unos minutos la noche ha caído a plomo sobre el agua, se ha cerrado sobre los mástiles y en torno al hombre apesadumbrado que camina con las manos en los bolsillos, ajeno al frío y al viento y sin prisa aparente. Teresa todavía tardará en llegar a casa. Escalona camina muy despacio junto a los barcos de recreo anclados en un muelle completamente desierto. Se detiene frente a uno de ellos, una nave pequeña y airosa, de una elegancia sin estridencias. En la proa un cartel anuncia que la embarcación está en venta. El precio, sin sorpresas, fuera de órbita. Por un momento, se permite dejar de lado el oscuro asunto Boisgontier, como le llama ya interiormente, y se deja arrastrar por un deseo poco frecuente. No es un amante del mar, se limita a contemplarlo con respeto y agrado y muy poco más. Pero perderse unos días en mitad del Mediterráneo, a cientos de quilómetros mar adentro, no le parece mala idea. Por un instante se imagina a solas con Teresa en un barco anclado muy lejos de cualquier parte.

Silencio, tiempo, agua salada... Quizás tampoco sea mala fórmula. Pero el precio supera...

Una sombra, unos pasos, la cercanía de... Escalona se alarma, se aparta casi de un salto justo antes de... Un golpe terrible en la espalda le devuelve a su propia piel, a su propia historia de policía y le desplaza un par de metros alejándolo del agua. Cae de bruces, no puede reaccionar, solo intentar por todos los medios no romperse la cabeza contra el suelo. Vencido lastimosamente sobre manos y rodillas, apenas consigue saber de dónde procede el golpe que ha recibido en la espalda y que le obliga a aullar de dolor. Casi tendido en el suelo, logra girar sobre su eje para enfrentar a su agresor, le duele el espinazo infinitamente y apenas puede moverse. La luz es escasa y está lejos, solo le permite distinguir a un

hombre delgado y de estatura corriente que se abalanza de nuevo sobre él. Tiene una navaja en su mano derecha y en sus ojos la intención manifiesta de matar o morir.

Escalona, dolorido, se incorpora levemente apoyándose sobre un codo. La espalda no responde, le duele tanto que le cuesta respirar. El desconocido no da tregua. Intenta inmovilizarlo y alcanzar su cuello con la hoja de su navaja. Sus intenciones son claras y el resultado previsible, el peor que pueda imaginar. El subinspector entiende que no dispone de tiempo. Se sobrepone momentáneamente al dolor y reúne todas y cada una de las fuerzas que le quedan. Las recupera de los confines más alejados de su cuerpo y consigue interceptar el brazo del hombre con la hoja ya tan cerca, tan pegada a su cuello que casi podría olerla si el acero desprendiera algún aroma. Tan cerca está la navaja cuando detiene la mano del hombre en el aire, que el arma, desviada por la fuerza de su trayectoria mortal, se le clava en el hombro con un dolor agudo. No puede hacer nada por evitarlo, solo rechazar al hombre con toda el alma. El individuo, de menor envergadura que el policía, se desequilibra durante una fracción de segundo, pero se rehace de inmediato y nuevamente intenta alcanzar el cuello del subinspector para seccionarlo de parte a parte. El sujeto, al que ahora puede ver sin dificultad a la luz del miedo, tiene la piel muy clara y un rostro que mengua conforme se acerca a la barbilla. La nariz recta, las cejas muy finas y los labios casi invisibles.

Herido levemente en el hombro, el subinspector sabe que solo dispone de unos segundos para salvar su vida. Estas cosas nunca deben dejarse a medias. Un policía lo sabe, un sicario también, por eso Escalona intenta olvidar el dolor que le rompe la espalda y hace todo lo que puede por no pensar en la herida ni en la sangre que empapa ya su abrigo. Escalona se maldice a sí mismo por su torpeza, por su falta de previsión, por... Ahora no, piensa, ahora no. Por lo que más quiera, ahora no, se dice sin despegar los labios sellados por el dolor. Ahora no. Hace unos años, cuando los días eran todos iguales, exactos en su desolación los unos a los otros; hace muchos meses, cuando su vida carecía del menor sentido y una sombra de aflicción le acompañaba a todas partes, quizás entonces no le hubiera importado acabar de mala manera en la soledad de un callejón y atravesado por una hoja de acero. Pero por primera vez en su vida se halla a pocos pasos de la felicidad, quiere vivir más que ninguna otra cosa. Aprecia cada día en lo mucho que vale y piensa en Teresa. Solo en ella, es todo lo que tiene. Nunca antes ha te- nido tanto. Piensa en el dolor

insoportable de no volver a verla. La quiere como nunca antes quiso a nadie. ¡Y ha durado tan poco! Le duele doblemente pensar en Teresa desesperada, rota. En la posibilidad de no regresar a su lado, de no volver a tocarla, de no sentir a flor de piel la piel de Teresa. Ahora no, por lo que más quiera. No y mil veces no. Es una putada doble, así lo siente y se desespera. Y llora, sin lágrimas a la vista, por su mala fortuna. Una gran putada, la mayor que Escalona puede imaginar. Ahora... morir a manos de un desconocido.

Haciendo acopio de valor y de sangre fría, el subinspector detiene la mano del hombre y la empuja violentamente, alejándola de su yugular. El hombre de las solapas alzadas sale despedido hacia atrás y grita de espanto. El desconocido se lleva una mano al vientre mientras Escalona, tendido de espaldas sobre el muelle y sangrante, intenta comprender. Su dolor es tan intenso que apenas puede localizarlo, le duele la espalda entera, de arriba abajo y de un extremo a su opuesto. No consigue incorporarse ni gritar pidiendo ayuda. Tampoco logra separar los ojos de su agresor, que intenta ponerse en pie.

No puede moverse, se ha quedado sin fuerzas y a merced de su agresor. Ya no puede impedir que el desconocido cumpla su misión.

En el muelle desierto, el hombre se sujeta el costado a la altura del vientre con su mano diestra y gime.

— Usted, señor, es buen policía. Pero muy confiado. No vigila.

Al hombre, un profesional del crimen, las piernas le flaquean y se arrodilla con un gemido. Al policía un escalofrío le recorre dolorosamente la espalda.

Le sorprende que el sujeto hable, le sorprende su acento que llega de lejos y le asombran hasta el pasmo sus palabras que rompen la noche. Escalona comprende que es necesario que siga hablando, que no se detenga. No queda otra salida. El hombre, un extranjero, está armado y quiere matarlo a toda costa. Por eso, y para ganar un tiempo precioso debe continuar hablando.

—Yo no sé… —apunta Escalona—. Yo solo...

Mientras con una mano el hombre intenta detener la sangre

que se derrama ya sobre el suelo a sus pies, con la mano libre saca una pistola del bolsillo de su abrigo y apunta.

—Usted, señor, sabe demasiado. No es bueno —asegura el desconocido sin perderle de vista ni un instante.

La sangre, vencida por la fuerza inexorable de la gravedad, abandona el rostro del individuo y alcanza sus muslos. Escalona puede verla, oscura, terrible. No con- sigue entender nada hasta que distingue las manos del hombre arrancando la navaja de su propio vientre con un aullido. La navaja que se ha clavado hasta la empuñadura al ser repelido por el policía. Es ahora o nunca, piensa Escalona, que, apoyando las dos manos en el suelo, lucha por incorporarse. Lo único que Escalona sabe en su desesperación es que debe escucharle. Es la única oportunidad, no hay otra, bien poco queda por hacer frente a un arma que le apunta a la cabeza a poco más de dos metros de distancia. El hombre no errará. Escuchar y no hacer movimientos bruscos. Es de manual, de manual de policía.

—Allá en Serbia todos tenemos mil ojos, ojos en todas partes. Ojos siempre. Siempre vigilando. Usted, no.

Escalona no le encuentra el menor sentido al discurso, pero calla y escucha mientras el dolor se debilita muy lentamente. Su sangre empapa ya el abrigo, no se atreve a mirar su propia herida, sabe que el hombro sangra, pero prefiere no hacerlo. ¿De qué serviría? No puede perder de vista al hombre que continúa de rodillas, sujetándose el costado e inclinado sobre el vientre mientras le apunta con una pistola.

—Sí, ya, una guerra... Lo sé —acierta a decir el policía para someter el silencio. Le proporciona el pie para que la representación continúe.

—Ustedes... ustedes aquí no saben nada de guerra. No tienen ni idea cómo es guerra. Yo no puedo olvidar. Yo vi todo. Todo. Vi morir a mi hijo Borisa. Eso yo no olvido. Y maté... Hice cosas que usted no creería. No creería.

El subinspector creería cualquier cosa de un hombre que ha estado a punto de abrirle el cuello con una navaja…

—Por favor... —suplica Escalona—.Yo no sé por qué usted...

El hombre continúa apuntándole. No le deja hablar.

—No vigila, pero es usted muy fuerte. Ahora yo no puedo esperar, no tengo tiempo. Yo quiero pedir a usted una cosa, solo una.

El hombre gime, el dolor, la debilidad y el miedo no le permiten seguir hablando. La sangre llega ya hasta el suelo y se encharca junto a sus rodillas. Ha inclinado la cabeza, como si se recogiera. No ha desplazado la mano, que sigue apuntando a la cabeza del policía.

—Usted no es mal hombre, no mal policía —repite. Es la voz de un hombre exhausto, al límite de sus fuerzas.

—¿Y usted quién es? —inquiere Escalona.

—Capitán Miljan Brnovic, pero aquí, nadie —responde el hombre haciendo un gran esfuerzo—.Aquí trabajo por otros. Soy nadie.

—Puedo llamar a alguien, vendrán a por nosotros, nos atenderán, coserán esa herida. Hay un hospital muy cerca.

—No, usted no hace nada, solo escucha. Tengo poco tiempo, cinco minutos. Esto es así, ya conozco, he visto otras veces. Muchas veces. Cinco minutos, no más.

El hombre habla de su herida mientras evita mirarla y sigue apuntando. También Escalona entiende que es mortal.

—Pero si usted quiere quizás puedan...

—No, escuche. Yo ya solo quiero una cosa. Aquí mismo tengo dinero, mucho, con esto quiero que me lleven a Banja Luka, con Borisa —el hombre deja de apuntarle durante un instante, un par de segundos, y palpa su abrigo a la altura del corazón, indica un bolsillo interior—. Quiero descansar con Borisa. Usted me promete o disparo —añade enderezando la pistola y apuntando al policía entre los ojos—. Usted buen hombre, buen policía. Promete o disparo. Su vida por su palabra. Usted buen hombre, buen policía.

Escalona asiente.

—Lo prometo, no dispare. Lo prometo. Pero necesito saber... ¿quién le envía?

—Aquí estuve tres años en cárcel. Se conoce mucha gente en cárcel. No hay guerra aquí, pero también aquí pagan por...

Una convulsión le quiebra la voz, el hombre se encoge todavía más sobre sí mismo. Gime y escupe. Escalona puede ver que tiene la boca llena de sangre. La pistola se tambalea entre sus dedos, está a punto de caer, pero Miljan Brnovic la endereza justo antes de perderla. No deja de apuntar. Escalona continúa clavado al suelo, retenido por un moribundo, inmovilizado por la pistola que sostiene un hombre que agoniza a pocos pasos.

Súbitamente, salido de entre las sombras, un hombre se abalanza sobre el capitán Brnovic. Una silueta conocida se arroja sobre él, lo tumba sobre el suelo, le arranca la pistola sin dificultad y le apunta con ella. El hombre no opone resistencia. No puede.

—¡No! ¡No, Evaristo! ¡No! Déjalo. Estaba a punto de...

Escalona grita, se arrodilla, adelanta una mano, pero no consigue detener al agente, que ha derrumbado ya al hombre. Aturdido y confuso, Evaristo se aparta de un salto, como si el capitán Brnovic quemara al contacto.

—¿Subinspector? Yo creí que... —se excusa el agente mientras se guarda la pis- tola en un bolsillo y recoge la navaja ensangrentada del suelo—. Yo creí que... No estaba tranquilo después de lo del otro día, por eso le he seguido hasta aquí. El hombre le estaba apuntando, pensé que estaba usted en peligro. Yo...

—Y lo estaba, Evaristo, lo estaba. Gracias.

Escalona se pone en pie con la mano en el hombro para retener la sangre que empapa su abrigo. Se acerca al hombre tendido. La sangre brota de entre sus labios y se precipita barbilla abajo hasta su corazón. Brnovic ha cerrado los ojos y sufre leves convulsiones en las piernas y en las manos vacías.

—Capitán Brnovic, ¿le ha enviado Ricard Siurana?

El hombre, con la boca llena de sangre, consigue articular con gran dificultad:

—Sí, Siurana paga.

Evaristo, desconcertado, más fuera de lugar que nunca, se aparta un par de metros y saca el móvil del bolsillo de su pantalón. Lleva horas siguiendo al subinspector, pensó que era la mejor manera de dar con su perseguidor. Necesitaba hacer algo útil, dejar de sentirse como un estúpido que ha sido burdamente utilizado. Por eso andaba tras sus pasos, quería ayudarle, protegerle... Y cuando llega el momento, cuando cree que podrá salvarle la vida... El agente solicita una ambulancia, sus palabras suenan a grito en el silencio del muelle vacío. Evaristo sabe que al desconocido no le servirá de nada, que apenas le resta un soplo de vida, pero el subinspector necesita que alguien se ocupe de su herida.

Miljan Brnovic alza una mano, apenas la separa del suelo unos centímetros. No le quedan fuerzas. Es su forma de decir que desea hablar.

—No me deje aquí. Usted ha prometido. Con Borisa en Banja Luka, por favor. Hocu da me sahranite u Banja Luka.

14

Miércoles, 24 de enero

Nada más abrir los ojos, Escalona ve a Teresa sentada junto a él en una butaca. La cabeza vencida por el sueño, el ceño levemente fruncido y la mano abandonada sobre el lecho junto a la suya. El subinspector recuerda haber llegado en pocos minutos al Hospital del Mar donde fue atendido en uno de los box de urgencias mientras Evaristo daba aviso de la existencia de un cadáver y esperaba a los efectivos policiales, al forense y a un juez

que autorizase el levantamiento. Recuerda que el médico de guardia prescribió que lo ingresaran inmediatamente y que pasara al menos una noche en el hospital. Dijo que si todo iba bien recibiría el alta por la mañana. La herida, que no comprometía órganos vitales, le había hecho perder mucha sangre y requería una breve intervención y la colocación del suero intravenoso. Escalona, acabada la operación y demasiado cansado para oponerse, se dejó llevar en una silla de ruedas hasta una de las habitaciones del centro hospitalario.

Él mismo llamó a Teresa. Pensó que era mejor asegurarle que se encontraba bien, que era cuestión de unas horas. No la vio llegar, debilitado y exhausto, quizás sedado, dejó hacer a las enfermeras y se durmió abandonándose por completo. Por eso se siente feliz de verla junto a él, con su mano muy cerca, rozando sus dedos. Lástima que desde aquí no se pueda ver el mar, piensa el policía mientras contempla el rostro de Teresa e intenta incorporarse apoyándose en los codos.

—Santiago, ¿estás bien? —pregunta la agente abriendo los ojos.

—Sí, claro. Estoy bien, ya te lo dije —le asegura con un intento de sonrisa abortado por el agudo dolor que siente en el hombro—. Me duele, pero estoy bien.

—¿Me vas a explicar lo que pasó o tendré que leer el informe? —inquiere Teresa con cara de no aceptar un no por respuesta.

Escalona le explica lo ocurrido con el capitán Brnovic, incluidas sus últimas palabras. Teresa escucha y, acabado el relato, le reprocha su temeridad, el querer hacerlo todo a solas, sin ayuda, sin consejo.

—No aprenderás nunca ¿verdad?

El subinspector calla. Es mejor no prometer imposibles. Prefiere no defraudarla.

—¿Se puede?

Es la voz y el rostro de Guerao. El agente trae una carpeta y en ella varios documentos. Se interesa por la salud de su superior y, tras obtener una breve explicación de labios de Escalona, pasa a

informarle de lo que ha averiguado. No hay nadie más desubicado en un hospital que Guerao, piensa el subinspector. Con la oscura perilla incipiente, Guerao recuerda más a un mosquetero al servicio de su majestad que a un mosso d'esquadra. Si le dieran un sable podría pasar por un pirata. El agente, los ojos oscuros y vivaces y las manos inquietas, le tiende la carpeta a la par que le explica su contenido.

—Menudo pájaro el yugoslavo ese.

—Serbio —corrige Escalona—. Era serbio.

—Yugoslavo, serbio... Bien, a lo que iba. Era capitán de infantería en su país y estuvo involucrado en los asuntos más feos. Lo peor de lo peor, torturas, matan- zas... Su superior inmediato, el comandante Duljac, fue acusado y reclamado por el Tribunal de La Haya. No dieron con él. Así que puede usted pensar cómo las gastaba Brnovic. ¡Menuda pieza! Había hecho de todo. La cuestión es que tras la guerra desapareció de su país, pasó a Italia y luego vino aquí con un nombre falso. No fue el único. Para buscarse la vida montó con unos colegas una banda de esas que robaban y extorsionaban. Si era necesario usaban la violencia. El caso era no dar palo al agua.

Guerao se detiene unos instantes para recuperar el aliento. No deja de moverse, adelanta un pie, mete y saca una mano del bolsillo, se retira el pelo que le cae sobre la frente, parpadea repetidamente y resopla. A menudo se mesa la perilla, que para eso está. Hecho todo lo dicho, que no es poco, continúa exactamente allí dónde lo había dejado.

—Fue detenido en 2002 y estuvo en la cárcel unos tres años, pasó por La Modelo, por Can Brians... Las fechas las puede usted ver, están todas ahí. Desde que salió no se volvió a saber nada de él, pero tampoco hace falta mucha imaginación, economía sumergida. Cuando no hay noticias de un sicario, malo. Ahora ya sabemos a qué se dedicaba. Tuvo usted suerte, jefe. Y Evaristo, una iluminación. Ese Brnovic no es de los que le perdonan la vida a nadie. Con tipos como él no hay segundas oportunidades. Si se descuida le rebana el cuello de un solo tajo por menos de nada.

Las palabras de Guerao resultan tan elocuentes que Escalona recuerda la navaja como si estuviera todavía en las proximidades de su cuello, la navaja que creyó poder oler. No puede evitarlo .A

punto está de llevarse la mano hasta la nuez.

—¡Qué hijo de puta!—prosigue el agente.

Escalona mira a Teresa durante una fracción de segundo. Es una mirada de complicidad, casi una caricia. Es curiosa la condición humana, piensa el policía. Aunque en esencia coincide con Guerao en sus apreciaciones y no le cabe la menor duda de que Brnovic era un asesino sin el menor escrúpulo, no puede evitar recordar que su último pensamiento, su postrer deseo, fue para el hijo al que una bala le segó la vida. Para Borisa, un niño de nueve años enterrado en Banja Luka al que la guerra no tuvo tiempo de robarle el alma. Ni un historial terrible, ni las peores experiencias imaginables, nada hay en este mundo capaz de empañar los afectos verdaderos, piensa Escalona fugazmente. Tampoco puede olvidar que el hombre agonizante le salvó la vida, decidió no matarlo. Fue un acto de amor, de amor ilimitado hacia el hijo muerto.

Tendrá que ocuparse de la repatriación, recuerda. Una promesa es una pro- mesa. Y un moribundo, por muy hijo de puta que haya sido, no merece que uno olvide sus promesas.

—Y pensar que aquel día casi lo pillamos al salir del metro. Teníamos que haberlo detenido directamente, ya se nos hubiera ocurrido algo; o haberle dado un par de hostias bien dadas. Es el lenguaje que entiende esta gente. Yo ya lo vi, se lo dije, subinspector, Brnovic era un profesional —remata Guerao con un movimiento de torso adelante y atrás.

Escalona asiente, pero prefiere no abrir la boca, por esta vez no lleva buenas cartas.

—Y tú, solo y de noche, como si no pasara nada. Haciéndote el valiente —re- mata Teresa.

—Algún día, jefe, ya nos explicará de qué va todo. Casi lo dejan seco y nosotros a dos velas. Porque esto, si no me equivoco, no tiene nada que ver con lo de Eulalia Bermúdez. ¿No?

Escalona niega con rotundidad, nada que ver, mientras se apoya sobre sus manos para acabar de incorporarse y pone pie a tierra.

—Ya hablaremos, Guerao. Ya habrá tiempo —dice sin comprometerse a nada ni con nadie.

—¿Qué haces Santiago? ¿Adónde crees que vas? —pregunta Teresa, que se ha puesto en pie junto a él.

Escalona comprueba que podrá arrastrar el soporte del que pende la bolsa de suero. Guerao, los ojos muy abiertos, la boca también, recupera la carpeta que ha quedado sobre la cama y se interpone en el camino del subinspector como si tuviera el propósito de detenerlo.

—Tengo que hablar con alguien —dice el policía por toda explicación.

—Garrido sigue en la UCI, Santiago. He visto a Ángela, está desecha. Le han dicho que no esperan que se recupere. Quizás ya no salga de la UCI. No le queda mucho. Y, desde luego, no puedes hablar con él, está completamente sedado. Quizás ya no... Y además, Santiago, no deberías moverte de esa cama hasta que no venga el médico y...

—Quiero hablar con Cecilia Boisgontier.

—Pues deja que le avise. No le costará nada pasar por aquí, trabaja en el hospital. Yo la busco y seguro que...

—No, no quiero hablar aquí. No estoy enfermo, es una herida leve. No quiero hablar desde una cama. Además, no me extrañaría que no quisiera verme. Tengo que ir yo, Teresa. No hay más remedio. Tú no la conoces —añade.

—Espera un momento, llamo a una enfermera y que te quiten el suero un rato. Además, Santiago....

Teresa ríe, parece casi feliz. A Escalona le gustaría reír con ella, nada le apetecería más, pero no entiende qué es lo que a la agente le parece tan gracioso.

—Yo no andaría por ahí con esa bata abierta por detrás. Y no es que tengas un mal culo, pero...

—Me temo que no podrá hablar con él. No está consciente, es la forma de que este tipo de pacientes sufran algo menos. Piense que...

—No he venido a ver a Garrido. Lo que quiero es hablar con

usted. Quiero aclarar un par de cosas.

—Usted dirá.

La doctora Boisgontier viste bata blanca y todavía lleva el fonendoscopio pendiendo de su cuello. Tiene las manos sobre la mesa, el gesto firme y los ojos escrutadores. Parece dispuesta a escuchar. Como Escalona ya tuvo ocasión de comprobar, en su despacho no hay fotografías, ni diplomas médicos, ni tan si- quiera un cactus diminuto junto a la pantalla del ordenador. Solo un bloc de notas y un bote de lata con un par de bolígrafos. Podría ser cualquier despacho en un hospital cualquiera de una ciudad sin nombre.

Y sin mar.

—Garrido participó en la detención de su hermano, era el responsable de la operación, pero una vez en comisaría no volvió a verlo. Cuando me pidió que viniera solo pretendía saber qué es lo que pasó después. Se sentía culpable a su manera, pensaba que en cierto modo se había desentendido de su hermano. Le pesaba no haber averiguado en su momento qué es lo que ocurrió. Tenía sospechas, sospechas fundadas, y no había investigado, eso era lo que le reconcomía, pero nada más. El no haber llegado hasta el fondo del asunto, un asunto que olía mal desde el principio.

—Si usted lo dice... —en la voz de Cecilia Boisgontier persisten las reticencias.

—Me consta que fue así.

—Entonces sabrá usted quién... —apunta, entornando los ojos.

—Lo más difícil no era saber quién, Garrido lo sospechaba. Lo que me costó averiguar fue el por qué.

—Eso se lo habría dicho yo, subinspector. Lo mataron por sus ideas. Como a muchos. ¿No ha leído usted nada? Lo sabía todo el mundo. ¿Tanto le extraña? ¿A estas alturas?

Cecilia Boisgontier se deja caer hacia atrás sobre el respaldo del sillón que preside su mesa, una mesa ordenada con meticulosidad en la que todo parece estar al día y no se amontonan

los impresos por rellenar.

—No me extraña en absoluto, doctora. Pero se equivoca usted, la muerte de su hermano tuvo otro detonante. Si me permite, no le daré nombres, prefiero no hacerlo, tampoco podría usted hacer nada, han pasado demasiados años. Le ahorraré los detalles: su hermano fue denunciado por un compañero de partido y llevado a comisaría por orden del padre de su novia, que había sido ministro de Franco y no aceptaba ver a su hija liada con un comunista con melenas. La idea era amenazarle para que no volviera a acercarse a ella, darle una buena tunda, escarmentarlo y que dejara de verla. No pensaban matarlo. No por el momento.

—Claro, eran tan buenos chicos...

Escalona continúa con el relato, prefiere no ser interrumpido. La doctora no aparta la vista de sus ojos. Los escasos instantes de silencio entre ambos se podrían cortar con tijeras.

—Pero las cosas no salieron como estaba previsto, se le cruzó la fatalidad. Alberto tenía relaciones con una mujer casada, una mujer muy guapa, la he visto, he hablado con ella, era la esposa de uno de los agentes de la Brigada Social que participaron en su detención. El policía no sabía nada, pero su hermano lo reconoció, había estado en su casa, había visto fotografías y habló más de la cuen- ta, se dedicó a provocarle, llegó a llamarle cornudo, a nombrar a su mujer, se delató. No sé por qué lo hizo, no lo entiendo, otro en su lugar... Se jugó la vida, es- taba cantado, pero se la jugó, se dedicó a restregarle el adulterio por los morros al policía. Otro en su lugar hubiera… El caso es que aquella noche el policía se ensañó con él, le dio palos hasta que se cansó.

—Alberto era así, no le extrañe tanto. No le importaban las consecuencias, era como si a su pensamiento le faltara una fase, las malditas consecuencias, el resultado. No sabía prever, o no le importaba, que en el fondo viene a ser lo mismo.

—El policía era un hombre violento, impulsivo, un mal enemigo. Lo primero que hizo al llegar a casa fue golpear a su mujer hasta que la hizo hablar, después, dos días más tarde, esperó a Alberto en el lugar y la hora en el que acostumbraban a encontrarse, la estación de Gracia. Alberto acudió a la cita. Pudo no haber ido, cualquiera en su lugar... Pero allí estaba su hermano, en el andén, esperando. El resto ya lo sabe. Su hermano murió por

celos, los celos de un policía. Así de fácil, y así de simple.

La doctora calla. No pregunta.

—El policía ya no vive, murió hace unos años durante un tiroteo —señala Escalona.

Pasados unos instantes, Cecilia Boisgontier cruza las manos, adelanta el torso aproximándolo a la mesa y, entornando ligeramente los ojos, toma la palabra.

—Según usted, y no tengo por qué dudarlo, no había conspiración, ni trampa alguna...Y le creo. Coincide con lo que recuerdo de mi hermano, Alberto no callaba nunca y si se le presentó la oportunidad de sacar al policía de sus casillas... No tengo por qué dudar de su palabra. Dice usted que solo fue una venganza por unos cuernos. La explicación más simple, la primera de todas, la que se repite a diario en todas partes. Cherchez la femme. Nada nuevo bajo el sol, pasa cada día, una cuestión de celos. A veces con los diagnósticos ocurren cosas parecidas, te lo enseñan en la facultad. La explicación más fácil es la que acaba por imponerse.

Escalona, que da por terminada la entrevista, se pone en pie. Al apoyar la mano en la silla, siente un dolor intenso en el hombro y exhala un gemido completamente involuntario.

Cecilia Boisgontier, abstraída, no parece haberlo oído.

—Adiós, doctora —se despide el subinspector adelantando su mano.

Le hubiera gustado añadir que había sido un placer hablar con ella, pero no hubiera sido sincero; hablar con Cecilia Boisgontier se parece demasiado a superar un examen.

—Pobre Alberto. ¿Sabe inspector? Mi hermano nunca tuvo suerte. Él hubiera preferido mil veces morir por una causa.

En sus ojos, dolorosamente azules, Escalona descubre un rastro de ternura.

En la cárcel Modelo prosiguen las obras de desmantelamiento. Algunas dependencias han sido ya clausuradas y otras funcionan a

medio gas. Las galerías, cerradas mediante rejas, parecen desiertas, pero el sordo rumor que las habita desmiente la primera impresión. La enorme prisión tiene los días contados y el futuro entre dos aguas. Hay bultos, funcionarios y operarios por todas partes. De los presos, ni rastro.

Ricard Siurana fuma sentado junto a la ventana cuando un agente les indica que pueden pasar. Se diría que se pasa las horas con la vista clavada en el cielo más allá de los muros, como si el reo fuera él. Viste traje negro, como en la anterior ocasión, pero esta vez lo combina con camisa gris paloma y una corbata que Escalona calificaría sin dudarlo de escarlata episcopal. No se levanta para recibirlos, se limita a comprobar con un gesto de fastidio que están allí, a pocos pasos, delante de su mesa. El subinspector no le tiende la mano y Guerao, con cara de pocos amigos, se queda junto a la puerta. Las manos cruzadas sobre los riñones, los pies levemente separados y la vista al frente por si hay que cubrir la retirada, el guardaespaldas perfecto.

—Supongo que no esperaba vernos. Al menos no esperaba verme a mí —señala Escalona antes de desprenderse del abrigo, dejar, con determinación y más ruido del estrictamente necesario, una carpeta sobre la mesa y tomar asiento sin mediar invitación, por iniciativa propia.

—Se equivoca, Escalona; de hecho le esperaba esta misma mañana, pero he oído que ha sufrido usted un accidente.

Siurana mira el brazo rígido de Escalona y adelanta su sillón rodante hasta situarlo detrás de su mesa.

—Nada grave, espero.

Escalona no se molesta en contestar.

—En ese caso ya está al corriente de la suerte del capitán Brnovic. Creo que se conocían.

—Sí, he oído que murió anoche en el puerto. Brnovic pasó por aquí. En este oficio, como en el suyo, conoce uno a mucha gente. Los hombres como él, ya se sabe, un día u otro siempre acaban mal —añade con una sorna impostada que resulta algo patética mientras con las yemas de los dedos se acaricia la vistosa corbata.

Es evidente que hace un gran esfuerzo por aparentar sangre fría, también es más que evidente que no acaba de conseguirlo.

—Pero antes de morir pudo darnos alguna información.

—No creo que pueda usted hacer mucho con eso. La palabra de un muerto. ¿Qué valor tiene, Escalona, la palabra de un muerto? ¿Qué piensa usted hacer con lo que pudiera decirle Brnovic? ¿Llamar a una médium? Además, estamos ha- blando de un criminal, de un sicario…

—Ante los tribunales probablemente nada, tiene usted razón. Pero hay muchos asuntos que no pasan por los tribunales, como sabe usted muy bien. Asuntos que se deciden en los despachos, frente a la televisión o en la mesa de un bar. Dejémonos de tonterías, Siurana. Aquí tengo una copia de un escrito en el que explico todo lo que he averiguado y lo que ha sucedido después.

Escalona abre la carpeta, saca unas hojas y hace ademán de plantarlas ante los ojos de su interlocutor. Ricard Siurana no baja la vista, aparenta no sentir el menor interés.

—He dispuesto unas cuantas cosas y, en caso de que me pase algo, otro accidente, un imprevisto, una copia llegará inmediatamente a manos de un juez y a dos o tres personas a las que puede interesarle. Sinceramente, no creo que le convenga.

Ricard Siurana sonríe con aparente despreocupación y aplasta el cigarrillo en un cenicero de cristal que guarda después en el primer cajón de su mesa.

—¿Y qué...?

—Cállese, Siurana. Quizás no haya nada determinante para una acusación formal, pero sí lo suficiente para acabar con su carrera, lo suficiente para hundirle. Puede usted poner la mano en el fuego. La palabra de un muerto no vale mucho, pero mi palabra servirá de algo. No lo dude usted. No tengo pruebas de nada, pero no siempre son necesarias. Y tengo algún testigo que corroborará lo que dice aquí. He atado cuatro cabos y me bastará con enviar la historia al secretario general de su partido. Ah, y a la prensa, no lo olvide. Los periodistas no siempre contrastan, ya lo sabe usted, que no haya pruebas no es un impedimento. Algo así son mu- chas páginas, muchas sombras sobre el pasado de un hombre público.

Demasiadas, no le conviene a nadie. La semana pasada un colega suyo, de menor rango, saltó por menos, por tener pornografía infantil en el disco duro. Imagínese si la sospecha es de delación y de intento de asesinato previo pago.

Escalona piensa en Helena Moon. La periodista haría maravillas con algo así. Ricard Siurana no volvería a levantar cabeza.

—Se le ha acabado la profesión, el cargo, el sueldo y el prestigio. Así que, señor Siurana, ahora me toca a mí.

—¡Usted delira! Solo es su palabra, la suya contra la mía. La suya y la de Brnovic, un asesino. ¿Por qué iban a creerle? ¿Quién es usted para merecer tanto crédito?

—No soy nadie, tiene usted razón, pero en cuanto entiendan que lo dicho puede ser cierto, le dejarán solo, Siurana. Estas cosas son así. Un partido depende de la opinión pública, no corre riesgos. No puede permitirse perder votos por falta de confianza. Por mucho que usted haya trabajado, aunque se haya ganado la consideración de los demás... Si te he visto... ¡Ah! Me olvidaba. Tengo una copia para Natalia y otra para Cecilia Boisgontier.

Siurana golpea su mesa con el puño cerrado.

—¿Por qué tiene que mezclarlas otra vez en todo esto? ¿Por qué va a hacerles más daño? ¿Qué gana usted?

—Olvida usted muy pronto que me hizo seguir y que ordenó matarme. Olvida que de ser por usted a estas horas bien podría estar en el depósito con un cartel con mi nombre en el dedo gordo del pie.

Escalona se lleva la mano al hombro que no ha dejado de dolerle. Intenta no gemir.

—Voy a por usted, Siurana. Es mi turno. Y no necesito asesinos a sueldo. Además creo que a Natalia le conviene saber quién estuvo detrás de todo desde el principio. La información nunca está de más. Y una mujer como ella sabrá aprovecharla.

—Detrás de todo, dice usted... Yo estaba fuera de Barcelona cuando murió. ¿Lo ha olvidado? Detrás de todo...

—Usted habló con el padre de Natalia, le explicó quién era Alberto y a qué se dedicaba. No tuvo que hacer nada más, fue así de simple, el resto...

—¿Y qué delito es ese, según el código? Todo eso prescribió, está olvidado. Se ha pasado página sobre un montón de crímenes, gente que torturó, que asesinó y que anda por la calle sin más cargas y con la cabeza alta... Usted es un madero, algo habrá oído de lo que pasaba en las comisarías. Y va a salir ahora con un chivatazo. No me haga reír.

—Efectivamente, con un chivatazo con resultado de muerte y con un par de intentos de asesinato.

—Está bien, Escalona, hablemos.

La voz de Siurana es la de un hombre que está punto de derrumbarse. Apoyado sobre sus antebrazos, la espalda inclinada, el rostro bajo, Ricard Siurana ha abandonado su fingida frialdad. Se ha venido abajo

—Por favor, Guerao, espérame fuera —ordena el subinspector, que sabe, experiencia obliga, que la intimidad estimula la confidencia—. Será un momento.

Escalona hace un gesto a Guerao, que aparenta no haber oído nada y se resiste durante unos instantes a dejarlo solo. Guerao sale a regañadientes. Escalona sabe que no se moverá de la puerta y que permanecerá atento al menor ruido.

—¿Por qué lo hizo, Siurana? ¿Quería usted dirigir el partido? ¿Tan ambicioso es usted?

—Usted no lo entiende. Yo solo quería... Yo quería a Natalia, la quería de ver- dad. Desde que la conocí. Alberto era un héroe para todo el mundo, lo tenía todo. Pero había por aquel entonces tantos valientes de boquilla... No sé si usted tuvo ocasión de...

Escalona le indica con un gesto que prosiga.

—Muchos se achantaban al primer guantazo. A Alberto no le habían leído nunca la cartilla, ni una triste bofetada, ni un golpe de porra. Había salido bien parado de todo. Yo solo lo quería fuera de circulación unos días, un par de semanas. Quería que la familia de Natalia los separara, demostrar que Alberto era capaz de dejarla después de una paliza, que Natalia no le importaba tanto como para.... Pensé que se acojonaría, que se apartaría de ella, que los demás verían que... No sé... Él no la quería ¿sabe? Lo dijo en más de una ocasión. Me lo dijo a la cara más de una vez. Se la tiraba, eso sí, pero no la quería, no la quiso nunca. Así era él, era su manera de joder al régimen, tirarse a la hija de un ex ministro.

Siurana suspira con la vista baja.

—Como el que envía un paquete bomba o el que descubre un asunto feo. Se follaba a una chica de clase alta a la que deslumbró con cuatro utopías que no eran suyas, se la tiraba cuando quería, la paseaba entre sus colegas, Natalia era su trofeo, su cabeza colgada en la pared, Natalia era caza mayor. Quizás le cueste creer- lo, pero esa era su peculiar manera de joder al ministro, de joderlos a todos.

Siurana enciende otro cigarrillo y vuelve a sacar el cenicero del primer cajón. Necesita hacer algo mientras habla, aunque solo sea echar humo.

—Nunca pensé que todo acabaría como acabó, le juro que no lo planifiqué. Nadie sabía que Alberto se tiraba también a la mujer de un poli. Yo no tenía ni idea. Se lo aseguro, si yo hubiera sabido... Ni se me pasó por la cabeza. ¿Pero cómo podía imaginar que Alberto...? ¿Y a quién se le ocurre decírselo a la cara? Carrión era un cafre....

Escalona no abre la boca ni rinde la mirada.

—El asunto se me fue de las manos, eso es lo que pasó. Cuando supe que había muerto... Tiempo después Carrión vino a verme, me habló en los términos en que acaba de hacerlo usted, lo había averiguado todo, sabía lo del padre de Natalia, lo de que había sido yo el que había forzado... Lo sabía todo o casi todo.

Quería dinero, como todos, ahora lo llaman extorsión. Las cosas me iban bien y pagué durante un tiempo, años... Después...

—Después ordenó que le mataran. Y esa vez lo hizo bien. Nadie pensó que...

—Carrión era un hijo de puta. Uno de los peores, especialista en la bañera, aunque tocaba todas las teclas. La cigüeña... Todo. Un experto.

Escalona recuerda haber leído que la bañera era una de las torturas más aplicadas en las comisarías, una de las que daba mejores resultados. También recuerda que Cecilia Boisgontier le habló de ella, Alberto, descalzo, desnudo y esposado había sido sometido a lo que tiempo atrás se llamaba así, la bañera y que consistía en sumergir la cabeza del individuo varias veces en el agua hasta alcanzar el punto en que al torturado le faltaba el aire y creía morir.

La cigüeña, no era mucho mejor.

—Su nombre todavía hace temblar a más de uno, hay quién sueña con su voz, con su puño en la nariz, con sus patadas en los huevos. No crea que me arrepiento. De eso sí que no. Carrión era una mala bestia. Pero de Alberto... ¿Sabe Escalona? En el partido el trabajo lo hacía yo. Alberto asistía a las reuniones, daba la cara, largaba alguna arenga, y eso era todo. Yo escribía los panfletos, leía todo lo que caía en mis manos y se lo explicaba, le resumía lo que le convenía saber. Yo marcaba el camino, él buscaba adeptos, enardecía a los acólitos, ese era Alberto Boisgontier, un conductor de masas, un sprinter. Una cara, una voz, unos gestos... No sé cómo decirlo, es difícil de explicar y quizás usted no me crea. Cuando Alberto no asistía a clase, yo le cedía mis apuntes, llegué a presentarme a algún examen por él. Con barba y melenas todos tenemos una retirada. Yo era su hombre de confianza, su bastón, su... Lo mío eran las carreras de fondo. Tengo aguante y ganas de trabajar, no he hecho otra cosa. Aquí dónde me ve, yo le recordaba las reuniones a las que debía asistir, lo que debía decir en cada una, buscaba los talleres en los que imprimir las octavillas, redactaba cada texto. Nadie sabía nada. Quedaba entre los dos, era como un pacto. Yo no hablé nunca, no dije nada. Y él, como usted comprenderá...

Escalona se levanta, no se despide. Sabe lo que necesitaba saber. No necesita más explicaciones. No puede evitar pensar que una cosa es dar un chivatazo, delatar a un amigo al que uno le tiene ganas para que vuelva a casa con unos cuantos palos, y otra muy distinta ordenar un par de asesinatos. La fatalidad juega malas pasadas, y lo de Alberto Boisgontier era imprevisible. Es difícil asignar responsabilidades en un asunto así. Pero de ahí al asesinato premeditado, hay un largo trecho. Un camino oscuro y curvo en el que uno descuida la moral, prende fuego a sus principios, y se convierte en otra persona, en alguien peor, en mala gente.

Y Siurana lo ha recorrido en un par de ocasiones sin el menor escrúpulo.

Escalona abandona el despacho sabiendo que en rigor no tiene nada más que la palabra de un muerto y una confesión, a solas, que legalmente no le servirá de nada.

Al salir encuentra a Guerao arrimado a la puerta del despacho y ambos abandonan la cárcel Modelo. Antes de salir, Escalona tira la carpeta y su contenido, un puñado de hojas sin ningún valor, impresos en blanco cogidos al vuelo del mostrador del hospital, en la primera papelera que encuentra a su paso.

Todavía no ha decidido qué es lo que piensa hacer.

15

Jueves, 25 de enero

Afortunadamente amanece ya cuando Escalona, al volante del coche de Teresa, inicia el ascenso hacia Vallvidrera. Detesta conducir de noche. De día no le gusta mucho más, pero se siente más confiado. La llamada de Evaristo, poco antes de las 7, no solo le ha roto el sueño, ha acabado con las perspectivas de tener un buen día.

—Jefe, siento despertarle, pero es que acabo de saberlo y creo que le puede interesar. Un accidente en la carretera de Vallvidrera

a Barcelona, ya sabe, la de las curvas. El conductor ha muerto en el acto.

—¿Qué me quieres decir?

—Ha sido identificado. Es Ricard Siurana Cortés. El accidente, mortal de necesidad, ha ocurrido en el kilómetro 1; bajaba hacia Barcelona.

—Gracias, Evaristo. Voy para allá.

Cuando Escalona se aproxima, el municipio, encaramado a una de las estribaciones de Collserola, duerme todavía bajo las primeras luces. Un kilómetro antes de llegar a la entrada de la población, cuando ya casi puede vislumbrar la luz de sus farolas, ve a un par de guardias urbanos con chalecos reflectantes y cara de frío que dan paso alternativo, una ambulancia, un coche de bomberos, dos coches de los mossos y un puñado de vehículos que no logra identificar. La carretera no es muy ancha y todos ellos invaden parcialmente el carril que conduce a la localidad. Se produce una retención de cierta importancia, agravada por la inmediata aparición de un puñado de curiosos que, a pie de carretera, siguen la evolución de los acontecimientos. Las luces azuladas de los vehículos giran, parpadean y tienen la facultad de aturdir al subinspector que no ha conseguido acostumbrarse a ellas.

Escalona enseña su placa a los guardias y aparca como puede en el espacio que deja un vehículo que abandona el lugar: alguien que ya lo ha visto todo y se da por satisfecho. Un tramo de la valla quitamiedos ha sido arrancado de cuajo y apunta oblicuamente al cielo. Escalona comprueba que no hay marcas oscuras en la calzada. Cuando un conductor intenta frenar desesperadamente, el rastro de las ruedas acostumbra a quedar registrado en el asfalto como si se tratara de una caja negra.

De nuevo muestra su placa a los mossos, que le franquean inmediatamente el paso. Salva la valla levantando la pierna y el gesto le provoca de inmediato un dolor agudo en el hombro. Consigue tragarse el gemido que le sube hasta los labios, se endereza y permanece allí unos instantes, esperando a que el dolor amaine. Un testigo del accidente proporciona los primeros datos a un agente de los mossos libreta en mano. Es un hombre joven que salta ligeramente sobre sus pies para conjurar el frío, lleva más de una hora en el lugar de los trágicos hechos.

—Sí, ya se lo he dicho a su compañero, unos doscientos metros más arriba me ha pasado a toda velocidad. En un tramo en el que no hay visibilidad y hay que ir tocando freno todo el rato. Además aún era de noche, completamente de noche. El tipo conducía a toda leche. Aunque con un coche así, ya se puede...

El joven indica con un gesto apreciativo el coche aplastado unos metros más abajo. Ha caído sobre el morro y se ha asentado sobre él de forma que la parte trasera ha quedado ligeramente levantada y con las ruedas en el aire. Por lo que Escalona puede ver, es un coche grande, plateado, un coche elegante, probablemente un Audi. Uno de esos vehículos que prefieren los profesionales más cualificados para refrendar su propia valía.

—El asunto es que, al llegar a esa curva, ha seguido todo recto, como si no la viera. Yo diría que no ha frenado y que no ha intentado girar, pero solo es lo que me ha parecido. Igual le han fallado los frenos, o la dirección, o se ha desmayado, eso ya... Y si no giras, te la das. Está cantado. Iba mamado o empastillado hasta las cejas, fijo. Y ha pasado lo que tenía que pasar, que ha saltado.

—¿Qué es lo que hizo usted?

—Y ¿qué iba a hacer? Pues lo que hace todo el mundo, bajar del coche, mirar, comprobar que la hostia era de las de no contarlo y llamarles a ustedes con el móvil —responde sin dudar el joven, que se sube la bufanda roja hasta la nariz y se cruza el abrigo oscuro sobre el pecho.

—¿Entonces fue usted el que llamó?

—Sí, fui yo —responde el testigo con un resoplido de frío y de impaciencia—. Pero todo eso ya se lo he dicho a su compañero. Oiga, mire, es tarde y me esperan en la oficina. ¿Puedo marcharme ya? ¿Qué más quieren que les diga? Yo a ese tipo no lo conozco de nada.

—Es cuestión de unos minutos. Más tarde tendrá que pasar usted por comisaría.

El hombre protesta en vano mientras continua saltando y dando palmas para entrar en calor. Resulta verdaderamente grotesco verlo danzar como un masai en las proximidades del coche accidentado.

Escalona saluda al subinspector encargado del caso y le explica someramente que había tratado al fallecido recientemente y que siente cierto interés.

—¿Te importa si echo un vistazo?

—No, tranquilo, mira lo que quieras. Ya ha pasado el forense y el juez acaba de llegar y ha autorizado el levantamiento. ¡Ah, Escalona! Y si ves algo que pueda ayudarnos...

—Descuida.

—No llevaba cinturón —añade el subinspector antes de que Escalona se aleje—. Lo hemos comprobado. Habrá que esperar a los análisis toxicológicos, no me extrañaría que diera positivo.

Ya es casi completamente de día cuando el policía empieza a bajar la ladera. La pendiente es mucha y los asideros, pocos. Las piedras ruedan bajo sus pies y en más de una ocasión se ve obligado a agarrarse al frágil tronco de un arbusto con el consiguiente dolor en el hombro. Encorvado y gimiendo lastimosamente en dirección a sus tripas, Escalona consigue acercarse al vehículo siniestrado. El coche está destrozado y vencido por completo sobre la parte delantera. Es imposible salir vivo de un coche totalmente aplastado.

El conductor tiene la cabeza ensangrentada y rendida sobre el volante, el rostro casi invisible y los brazos abatidos a ambos lados del cuerpo. Antes de sacar el cadáver del vehículo, los bomberos retiran algunos cristales que se le han clavado en el cuello, en las mejillas, en los hombros... El acelerador emerge de un charco rojizo. El conductor, que ha quedado atrapado, es arrastrado al exterior y colocado sobre una camilla de campaña. Los bomberos proceden sin palabras, como si cada uno de ellos supiera perfectamente qué es lo que debe hacer, e inician el penoso ascenso hasta la carretera.

A Escalona no le cabe la menor duda, se trata de Ricard Siurana. Todavía lleva al cuello la corbata de color púrpura que ya no es más que un trapo ensangrentado.

Cubren el cadáver cuidadosamente con un plástico dorado. Como si lo envasaran.

16

Viernes, 26 de enero

Necesita un café más que nunca. Un café amargo del que te revuelve las tripas, te llega al cerebro en menos de nada y te sacude a conciencia ambos hemisferios. Paco abre pronto, tiene mal dormir, y el subinspector prefiere esperar a Teresa en la semipenumbra del bar que se despereza. Con abrigo y bufanda gris al cuello, Escalona baja las escaleras a la luz desangelada de los rellanos.

En la calle la noche se retira con esfuerzo y el gris del asfalto rompe ya a morado. Paco ha levantado la persiana. Con algo de suerte habrá conectado la cafetera, piensa el subinspector. Desde que ha sonado el despertador Escalona no ha dejado de sentir una opresión en el estómago, una especie de gran nudo en el que han quedado atrapadas sus vísceras. Si se detiene a pensar, descubre las lágrimas a flor de párpados. No es fácil despedirse de un amigo, y todavía lo es menos cuando quedan asuntos pendientes.

En la puerta del bar observa algo distinto, ajeno, algo que no estaba allí días atrás. No sabría decir qué es, por eso se planta frente al cristal unos instantes, porque no soporta el desconcierto, el subinspector es hombre de asentadas rutinas. Junto al cartel amarillo que anuncia el partido del domingo del equipo del barrio, al blanco y rojo de una extracción de sangre voluntaria con destino al hospital de Sant Pau y al azul celeste de la celebración de una ballada de sardanes en una de las plazas cercanas, Escalona

observa un adhesivo grande colocado directamente sobre el vidrio que reza en letras negras:

Este establecimiento está protegido mediante cámara de seguridad

El subinspector recuerda de inmediato el episodio de la tapa del retrete y el pro- fundo disgusto de Paco, el propietario. En el interior, Escalona ve a Leo trastear detrás de la barra. La mujer le saluda con una sonrisa cordial.

A su espalda Sadam Hussein pende por enésima vez de una soga en la pantalla del televisor.

Leo es como Teresa, siempre sonríe. Apenas le cuesta ningún esfuerzo, sonríe como respira o como coloca un pie delante de otro para caminar. Parece recién levantada y con el sueño todavía en los ojos. No se ha recogido el pelo en el moño alto que le da el aspecto de una bailarina clásica, ni se ha pintado los labios ni dibujado en negro las cejas. Tampoco hay sombra en sus párpados ni anillos en sus dedos. Escalona ha oído decir que en su juventud fue corista, que apareció más de una vez sobre las tablas del El Molino y que acompañó durante años a un faquir. Dicen que la Leo, envueltos los hombros en un marabú, quitaba el hipo. Le gustaría saber qué hay de cierto en todo ello, también le gustaría saber qué hizo Paco para enamorar a una mujer como Leo, pero hasta el día de hoy no se ha atrevido a preguntar.

La mujer se ha limitado a sujetarse el pelo en una cola, a calzarse unas zapatillas y a bajar al bar con la bata gruesa que lleva en casa.

Escalona se aproxima a la barra, el bar está desierto y en silencio. Mejor así, piensa el policía, que no tiene humor para nada.

—¿Un café? —pregunta Leo por preguntar, con los ojos adormilados.

—Sí, pero tú a lo tuyo, Leo, no tengo prisa.

Mientras espera, el subinspector comprueba las paredes, los rincones más allá de las mesas, el techo, los espacios entre las botellas y las proximidades de la caja registradora. Repasa la puerta del retrete, la televisión, la máquina de tabaco... No hay

cámara a la vista ni el necesario tendido eléctrico. Quizás Paco la haya disimulado a la perfección y resulte imposible saber dónde se encuentra.

Leo le planta la taza justo debajo de su nariz mientras repasa el mostrador con un trapo húmedo.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Leo?

—Faltaría... —responde la mujer, que se detiene de inmediato como si en lugar de una pregunta fueran a hacerle una foto.

—¿Dónde está la cámara? —inquiere Escalona mientras señala con un gesto el adhesivo de la entrada. Leo se inclina sobre el mostrador, lo golpea repetidamente con el trapo y rompe a reír. Hay lágrimas en sus ojos, como en los del subinspector, pero son de regocijo.

Leo parece divertida y feliz. Tarda en poder contestar al policía y, cuando lo hace, sus palabras emergen entrecortadas por la risa.

—La cámara, dice. No hay cámara, comisario. No hay cámara, solo lo que usted ve, una calcomanía, un adhesivo —la mujer ríe de nuevo. No puede evitarlo—. Como un cromo, comisario, es como un cromo. Es lo que salía más barato. Enganchas el cromo en la puerta y...

Escalona asiente. Una medida disuasoria y barata que crea una duda razonable. Y de cara al posible ladrón, siempre resulta mejor no arriesgar. Nunca se sabe.

—Se me ocurrió a mí, pero no me lo inventé yo, no crea. Había oído decir que algunos lo hacían, que comprabas un adhesivo, lo enganchabas y... El caso es que pregunté, se lo expliqué a Paco, y ya ve. Mi marido quería marcharse de aquí, dejar el bar, traspasarlo... Qué sé yo. Dejar el bar... ¿A quién se le ocurre? ¡A nuestra edad! Si no sabemos hacer otra cosa. Lo traspasamos y... ¿Y qué hacemos, comisario? Cuando se acabe el dinero que hemos ahorrado, nos tiramos por un puente. No podía ser, comisario, de ninguna manera. ¿Qué vamos a aprender ya? Si no tenemos ni carnet de conducir. ¿Quién nos iba a dar trabajo? Y si nos lo dan, ¿qué cree que nos iban a pagar? Yo para salir a un escenario ya no estoy y Paco no sabe hacer otra cosa.

El subinspector calla. Quizás no esté para salir a un escenario, pero recursos no le faltan a la mujer, que le mira con ojos limpios y risueños y una sonrisa que vale un imperio. Le hubiera gustado verla bajando una escalera con la mirada al frente, el cuerpo entero casi a la vista y enmarcado el rostro por unas plumas enormes. Leo podría hacerlo, piensa, de hecho podría hacer cualquier cosa que se propusiera.

—Esto nos va bien, es sacrificado, ya lo sabe usted, pero nos va bien. Yo hasta he aprendido a cocinar.

—Ya lo puedes decir —asegura Escalona, que adora sus tortillas acompañadas por un copa de rioja.

—¡Hola, Leo! Buenos días. ¿Y Paco? —pregunta Teresa desde la puerta.

—Lleva unos cuantos días sin dormir y no le he despertado. Mejor que descanse, le irá bien. Lo necesita. Ya te contará el comisario —contesta Leo, divertida.

Escalona abandona el café y se aleja del mostrador a su pesar en dirección a la calle. En el estómago tiene una piedra de molino.

A falta de parientes cercanos, Santiago Escalona y Teresa toman asiento justo detrás de Ángela. Junto a ella, en el primer banco, su hermana, que se le parece extraordinariamente, un par de sobrinas que también la recuerdan y la hermana mayor del inspector fallecido. Son mujeres las que despiden a Garrido, las que le lloran amargamente durante la ceremonia como lo hace Ángela desde que ha entrado en la sala. Y mucho antes. Preside la sala una luz blanca, despiadada, unos techos muy altos y una cruz desnuda y muy grande suspendida sobre un altar de mármol. Hace frío y la mañana es cruda, como la vida. Detrás de ellos, un puñado de compañeros del policía con los rostros marchitos y graves. Los mayores, viejos policías jubilados ya, reprimen las lágrimas con esfuerzo. Los más jóvenes, en activo, visten uniforme y miran el reloj de vez en cuando. Pocos son los que lloran.

Los policías raramente lloran en público.

Los asistentes esperan en silencio la llegada del oficiante, algunos comentan entre ellos la larga enfermedad de Garrido y sus días finales, otros asienten con un gesto de la cabeza, el aire dolorido, los ojos bajos. En Sancho de Ávila, el lóbrego edificio de

hormigón en el que cada día se celebran varias decenas de despedidas, los empleados reparten ya sencillos recordatorios entre los presentes con las caras pesarosas por pura rutina. Vecinos, conocidos de la pareja y algún familiar lejano, acaban de llenar la sala en la que quedan ya pocos lugares vacíos.

El sacerdote, con casulla blanca, las gafas casi en la punta de la nariz y los ojos de sueño, se acerca a Ángela y le estrecha la mano antes de situarse delante del altar. Apenas la mira, sabe lo que va a ver. Lo ha visto otras veces. Muchas. Siem- pre es igual.

Los asistentes se ponen en pie y él les autoriza con un gesto calmo a sentarse de nuevo.

Escalona tiene el pensamiento lejos de la sala en la que el sacerdote carraspea ligeramente para fortalecer su voz. No puede dejar de darle vueltas a lo sucedido. Han pasado tantas cosas en pocos días que le falta tiempo para acabar de entender, de asimilar. Intenta, por unos momentos, dejar de repasar mentalmente cuanto ha ocurrido. Sabe que debería despedir a Garrido como corresponde a un amigo, con el pensamiento anclado en su recuerdo, con la tristeza derivada de su ausencia, pero no lo consigue.

Lo intenta, pero no lo consigue.

—...Estamos aquí para acompañar a los deudos de Simón Garrido en su infinito dolor, para acompañar a sus familiares, a sus amigos, a cuantos le conocieron y gozaron de su compañía, a....

Las palabras del religioso le llegan desde muy lejos, como desde otro mundo. Aisladas, sin sentido, flotando en torno a su cabeza enmarañada. Son las mismas de siempre. No logra evitar pensar que Garrido murió sin saber cómo habían ido las cosas, sin poderse liberarse del peso de no saber... Sin el último y verdadero consuelo.

—...en nombre de todos ellos les pido a los presentes una oración para rogar al Señor que acoja a Simón en su reino y que a sus allegados les conceda la gracia del consuelo y de la paz...

El único interesado en alcanzar la verdad, el único de los implicados al que le hubiera supuesto un alivio, ha dejado este mundo como era de esperar. Demasiado pronto y sin recuperar la conciencia. No ha podido hablar con él, no ha vuelto a verlo con

vida. Los riesgos corridos han servido de bien poco. A Garrido no le han servido para nada, a Escalona para arriesgar la vida y provocar, en defensa propia, la muerte de Brnovic. Muerte, dolor, secretos de mal guardar... Y todo, ¿para qué? Ni a Cecilia, ni a su madre anciana, ni a Natalia, ni mucho menos a Marisa que no logrará perdonarse... A nadie le habrán servido las horas invertidas, tanto dolor revivido, recordado...

—...quiero que todos recuerden que Simón Garrido, un buen hombre, ha muerto, acaba de dejarnos y por eso estamos hoy aquí, pero solo ha muerto a una dimensión de la vida. El creyente sabe que Simón Garrido, ha entrado en la vida definitiva, en la plena e infinitamente profunda...

La vida definitiva. Garrido no era creyente, no lo fue nunca. De hecho era un hombre con pocas certezas, y la vida eterna más allá de la muerte no era una de ellas. Todo lo sucedido, incluido el nada terrenal discurso del religioso, forma parte de una trágica paradoja, de un sinsentido. De tenerlo, a Escalona se le escapa por completo. Acostumbrado como está a que la investigación tenga un final, generalmente poco feliz, ni tan siquiera sabe si puede darla por acabada. Si puede dar el caso cerrado sin haberlo abierto, no al menos oficialmente. El informe, que no deja de dirigirse a sí mismo, le angustia y no puede pensar en otra cosa.

—...recordad sus palabras, hermanos, hallad consuelo en ellas: Quien crea en mí, aunque muera, vivirá...

Habiendo llegado a todas partes, se halla en tierra de nadie. Sabiendo cosas que ya a nadie conciernen. Escalona no logra olvidar el salto al vacío de Ricard Siurana, ni al capitán Brnovic, que murió a sus pies, por su causa, si bien se mira, ni el dolor de Marisa que no hallará tregua ni consuelo. No puede ni debe olvidar a Borisa, al que a su modo le debe la vida, ni a Natalia López, ni a Cecilia, la doctora del láser en los ojos...

El sacerdote insiste en hablar de la vida después de la muerte, del coro de ángeles y de arcángeles que esperarán a Garrido a las puertas del cielo, exhorta a los fieles, que son bien pocos, a encontrar alivio a tanta pena en la fe en Cristo redentor. La pena infinita que consume a la viuda, a la hermana. La tristeza que devora a Escalona que no puede ni quiere dejar de pensar en todo lo acontecido.

Con las gafas a punto de saltar de la nariz, el sacerdote se inclina ahora para leer un libro que acaba de abrir sobre un atril:

—...porque tal y cómo San Juan lo explica en su primera carta: Amigos míos, ya somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que seremos. Nos consta que cuando aparezca seremos semejantes a él y lo veremos como él es...

Ángela solloza justo delante de Escalona y se lleva el pañuelo hasta los ojos. Todo su cuerpo se estremece. Parece más menuda, mucho más frágil e infinitamente más sola. Escalona sabe que por muchos años que Ángela viva, por largo que sea el tiempo que le resta, no habrá consuelo para ella. Ni ahora ni nunca. El sacerdote parece ignorarlo.

—...si no creyéramos en la vida después de la muerte, no seríamos diferentes de los perros que corren por las calles...

Teresa se revuelve en su asiento.

—Este hombre se ha equivocado de siglo. Parece mentira —comenta indignada.

Escalona, que apenas ha escuchado lo que dice, asiente. Le duele la cabeza, el hombro, la espalda y el pecho. Parece sostener medio mundo. Siente que se ahoga, que necesita aire, aunque en la gran sala de paredes blancas no parece haber otra cosa.

—...en pie. Rezaremos juntos al Padre para que nuestro hermano Simón Garrido tenga cobijo en su seno...

El sacerdote se calza las gafas con el índice algo más arriba e indica a los presentes que deben levantarse. Todos lo hacen, incluso aquellos que raramente asisten a un oficio. Obedecen.

Como en todas partes, basta con fijarse en los demás para no desentonar, siempre hay alguien que sabe lo que se debe hacer. Teresa se pone en pie, Escalona lo hace poco después con intenso dolor, no solo espiritual. Ángela, ajena a cuanto el religioso dice, es ayudada a alzarse por su hermana que con determinación la coge de un brazo y estira de ella.

—Va, mujer. Hazlo por él —le susurra.

Ángela obedece con la cabeza baja, desecha en llanto. Por él lo

hace, por él y por sí misma. ¿Qué no hubiera hecho por él? Por el marido muerto hace horas que Ángela llora amargamente. Y por la soledad que le espera. Larga, intensa, como una muerte lenta.

—...Padre nuestro que estás en los cielos...

En la sala son pocos los que rezan y muchos los que mantienen la vista clavada en sus manos o en el respaldo de madera de los bancos. Algunos releen el recordatorio, otros piensan en sus cosas.

—...Podéis iros. Los allegados recibirán vuestras condolencias a la salida. Los que deseen acompañar el cuerpo deben saber que recibirá sepultura dentro de un rato en el cementerio de Montjuïc

—Amén.

Es Teresa la que, a su manera, acaba de dar por terminada la ceremonia y se di- rige hacia el pasillo central por el que avanza ya el ataúd de Garrido empujado por dos empleados muy jóvenes. Uno de ellos luce en la solapa un escudo diminuto del Barça, el otro, que viste traje gris y calza deportivas negras, lleva colgando de un bolsillo un par de auriculares que se balancean con insolencia a su paso.

Escalona y Teresa caminan muy despacio, inmediatamente detrás de Ángela que se apoya en su hermana para andar. Parece incapaz de hacerlo por sí misma. Teresa la ha sujetado momentáneamente por el brazo libre, pensando que por un instante a la viuda le fallaban las piernas.

—Gracias. Ya puedo —ha respondido Ángela por pura educación. A la vista está que no puede con la vida que le espera.

Suena una música de duelo a través de la megafonía, una de tantas. Escalona alarga la mano, tantea en el aire un instante y encuentra los dedos de Teresa, los aprieta con fuerza. La agente se gira, sorprendida, el subinspector no acostumbra a mostrar su afecto en público. Escalona intenta corresponder a su mirada, pretende ofrecerle algo parecido a una sonrisa pero un tirón a la altura del hombro le re- cuerda que su herida es reciente. El policía, urgido por el dolor, retira involuntariamente su mano y se recoge algo más sobre sí mismo. Ahoga como puede el gemido prolongado que le sube hasta la boca.

No hay sonrisa.

En su lugar un rictus de dolor le cruza el rostro.

Sobre los autores

Empar Fernández Gómez nació en Barcelona en 1962; alterna la docencia con la escritura, tanto de ficción como de no ficción.

Con su primera novela, Horacio en la memoria obtiene el XXV Premio Cáceres 2000.

En 2004 comienza su colaboración literaria con Pablo Bonell Goytisolo y publican Cienfuegos, 17 agosto adentrándose en el mundo de la novela de intriga; juntos crean al inspector Santiago Escalona, protagonista de las tres novelas siguientes que escriben juntos: Las cosas de la muerte, Mala sangre y Un mal día para morir.

Resulta finalista del IX Premio Unicaja de Novela Fernando Quiñones con El loco de las muñecas, la historia de un mendigo

que es desgranada a partir de su muerte.

En 2008 publica Hijos de la derrota, una novela que parte del fin de la guerra civil para contar cómo afecta a la vida de tres niños la manera en que sus padres se enfrentan al comienzo de la dictadura.

Consigue el Premio Rejadorada de Novela Breve por La cicatriz en 2009 y al año siguiente publica Mentiras capitales, una historia ambientada en la posguerra, en la que nos adentraremos en la vida de unos personajes que, a bordo de un barco, huyen a Veracruz de sus vidas.

En 2011 publica su última novela: Sin causa aparente.

Colabora ocasionalmente en prensa, como columnista, y como guionista en la producción de documentales históricos.

Pablo Bonell Goytisolo nació en Barcelona en 1961. Licenciado en Geografía e Historia, es profesor de secundaria en un centro de formación de adultos. También imparte clases de español en la universidad IESE. Es autor de diversos materiales para la enseñanza del español a extranjeros.

Junto con Empar Fernández ha publicado las ya mencionadas novelas Cienfuegos 17 de agosto, Las cosas de la muerte, Mala sangre y Un mal día.